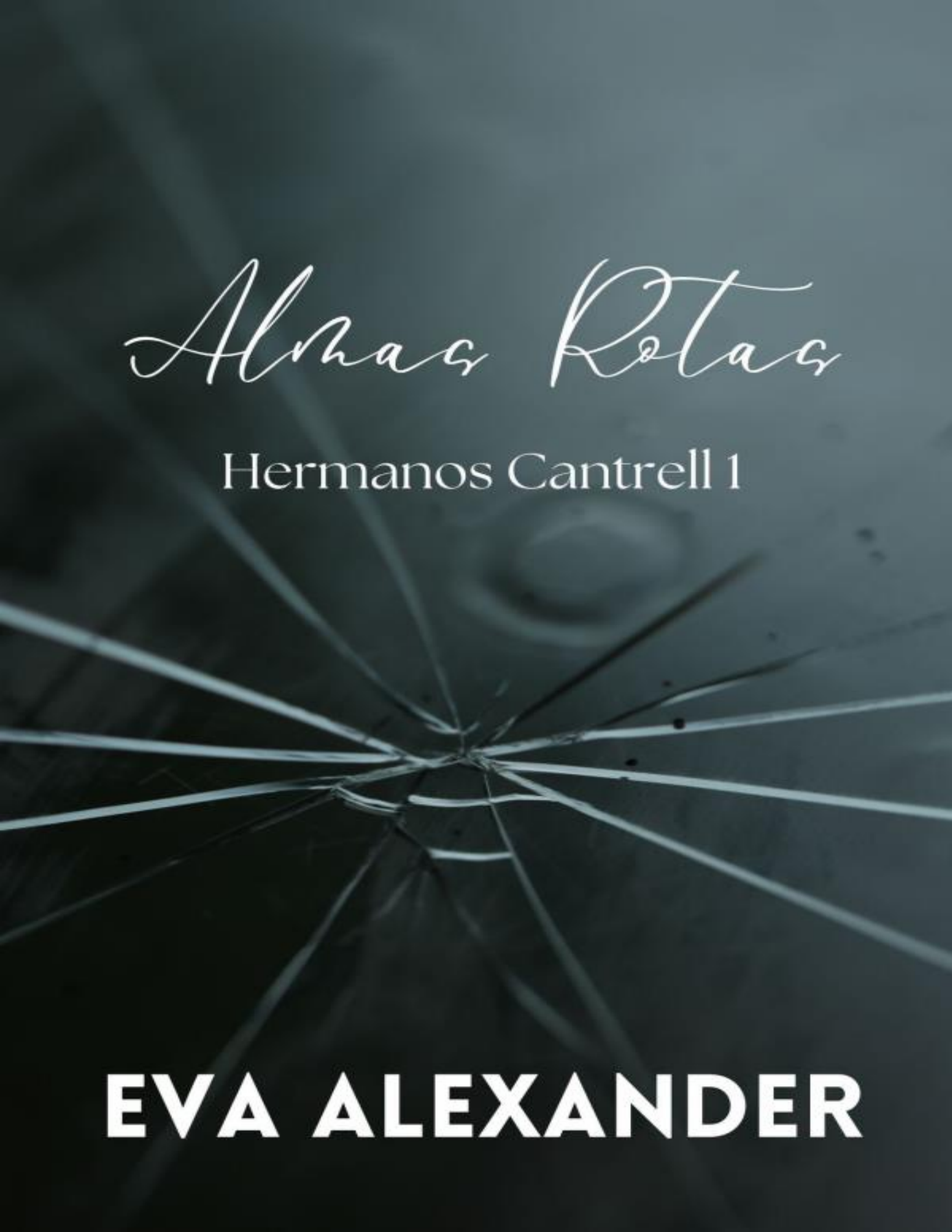

Almas Rotas
Hermanos Cantrell 1
EVA ALEXANDER

Almas Rotas

Hermanos Cantrell 1

Eva Alexander

Derechos de autor © 2025 Eva Alexander

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Eva Alexander

La vida, con todas sus pruebas, siempre tiene algo hermoso que ofrecer.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Capítulo 1

Margot

Me advirtió, pero yo pensé que era una tontería como todo lo demás que salía de la boca de mi amiga. Rose era una bruja o eso decía ella porque yo creía que era solo un pasatiempo.

La semana pasada mi cafetera fue invadida por gusanos y según Rose eso era un mal presagio. Algo terrífico iba a ocurrir. La verdad es que acepté el regalo de un cliente, un paquete de café que trajeron de unas vacaciones a no sé dónde, y aparentemente, estaba infestado con bichos.

Ni mal presagio ni nada. Quizás un poco de pereza de mi parte a la hora de limpiar la cafetera. Ahora estaba en la basura y otra nueva, y sin gusanos, le había reemplazado.

Me arrepentía de mis pensamientos, de no haberle hecho caso. Quizá todo esto se pudiera haber prevenido. Quizá ahora no estaría haciendo la maleta para ir al funeral. Ir era mala idea.

Había pasado los últimos diez años corriendo, escondiéndome y ahora iba a presentarme ahí como si nada. Pero no podía faltar, nunca me lo perdonaría. Así que, en realidad, no tenía elección, simplemente estaba retrasando el momento de marcharme porque tenía miedo.

Llevaba una hora sentada en la mesa de mi cocina, el desayuno sin tocar, el café frío y el mensaje brillando en la pantalla de mi teléfono móvil. Tenía que ponerme en marcha, poner las cosas que había ido añadiendo a mi lista mental en la maleta real.

El único vestido negro que era adecuado para un funeral también era una compra reciente. Era bonito, ajustado a la parte de arriba de mi cuerpo, la falda larga hasta los tobillos, las mangas hasta los codos que terminaban con tres botones de madera hechos a mano.

Era más que bonito, era caro y nunca me lo hubiera comprado si no fuese por la maldad de una persona y la bondad de otra. Estaba en una tienda buscando una nueva camisa para el trabajo cuando presencié una discusión entre una clienta y la vendedora.

La clienta quería devolver un vestido que tenía marcas visibles de haber sido usado más de una vez. Pedía un reemplazo porque, según ella, este tenía un agujero en la manga. La vendedora se negó. Discutieron y la clienta se marchó prometiendo volver con su abogado.

Fui a pagar mi compra cuando vi el vestido problemático que la vendedora había recogido el vestido y le estaba modificando el precio. No rebajó, Dios, lo dejó en menos del diez por ciento, y a ese precio ya encontraría yo la manera de ponérmelo para ir a trabajar.

¿Coincidencia? Ya no estaba tan segura.

Zapatos de tacón obvio, unos vaqueros y una camiseta, un camisón por si acaso, ropa interior. Tardaba menos de cinco minutos en hacer la maleta, pero el tiempo pasaba y yo seguía

sentada en la silla.

¡Maldita sea mi suerte!

Claro, solo yo podía maldecir mi suerte cuando me estaba preparando para ir a un funeral.

Era egoísta. Ya me lo habían dicho, llevaban diciéndomelo desde que tenía cinco años.

Cometí un error imperdonable a esa edad… me quejé de dolor de oídos. Tenía otitis, pero esa no fue una justificación suficiente para lo que sucedió después.

El accidente.

Estaba con mis padres en un restaurante celebrando el aniversario de bodas de mis abuelos paternos. Cuarenta años de matrimonio era algo que merecía una celebración importante y el abuelo había alquilado un restaurante entero para nuestra familia.

Cuando empecé a quejarme del dolor, mis padres decidieron llevarme a casa y la abuela quiso acompañarnos. Ella tampoco se sentía muy bien, pero al abuelo le pareció más importante quedarse y seguir celebrando con el resto de la familia.

Estaba lloviendo mucho y el coche en el que íbamos todos chocó con otro coche. Había dos personas en el otro auto, los dos sobrevivieron.

En el nuestro iban cuatro personas, una falleció mientras esperaba a que los bomberos la sacaran y las otras dos personas horas después en el hospital.

En el coche que venía justo detrás iban dos personas que fallecieron al instante.

Yo sobreviví y la verdad es que muy a menudo deseaba no haberlo hecho. Igual que el resto del mundo. No sé por qué todos me odiaban. Lo normal era sentir pena y tristeza para la persona que había perdido a sus padres y algo de alegría por haber sobrevivido a un accidente horrible.

A mí me odiaban.

Me odiaba el abuelo que perdió a su esposa y a su único hijo.

Me odiaba la familia de los pasajeros del otro coche.

Sí, porque la vida es tan graciosa que hizo que nuestros caminos se cruzaran y de una manera nada divertida.

Esas dos personas, una mujer y un hombre, estaban casadas, eran padres de tres niños que se quedaron al cuidado de su abuela materna. Abuela que era viuda igual que mi abuelo.

¿A qué sabes a dónde voy?

El abuelo que era la persona más cruel del mundo consiguió enamorar a la pobre mujer y se casó con ella poco después de la muerte de la abuela.

Yo era una niña normal, feliz, antes de la tragedia. Después fui una niña triste y callada. La boda del abuelo con esa mujer fue el principio de mi infierno, algo peor que la muerte de mis padres.

Y ahora estaba a punto de volver a ese infierno.

A veces pensaba que me había golpeado la cabeza en el accidente y eso me llevaba a

tomar las decisiones equivocadas. Tomaba muchas de esas y era la única justificación porque, en serio, lo mío no era normal.

Conseguí salir de ese infierno hace diez años y ahora volvía. Yo sola. Nadie me estaba obligando. ¿A qué no era normal?

Suspirando me puse de pie y caminé despacio hasta mi dormitorio, el único de mi pequeño apartamento. Rose lo llamaba caja de zapatos y lo era en comparación con su casa de cuatro dormitorios, cinco cuartos de baño, piscina y gimnasio.

Pero era mío.

Pagaba el alquiler con el dinero que yo ganaba en el trabajo, un trabajo que me gustaba. Lo había decorado a mi gusto, bueno o malo.

Mío. Para disfrutarlo. Para estar a salvo.

Y ahora estaba poniendo en peligro todo lo que había construido. Mi trabajo, mis amigos, mi vida.

¿Por qué lo hacía? No lo entendía, pero algo en mi mente me decía que debía ir al funeral. Quizás era para dar por terminada esa parte de mi vida. Para ver con mis propios ojos como enterraban a mi último familiar.

Ya no quedaba ningún Coleman en el mundo, excepto yo y yo no pensaba tener hijos. No, señor.

Para conseguirlo tenía que existir un hombre en mi vida y no había ninguna maldita posibilidad de permitirle a alguno acercarse tanto como para enamorarme. Podía acudir a un centro, elegir un donante de esperma, pero ¿qué vida le daría a un niño? Estaría solo en el mundo, solo como yo, y no, no pensaba hacerle eso a una criatura inocente.

Mi vida vista desde fuera parecía normal, pero desde dentro podías darte cuenta de que era un desastre que pronto iba a ser peor porque yo no aprendía de mis errores.

Tres minutos tardé en preparar la maleta, mejor dicho, la bolsa de viaje y un poco más en reservar un vuelo que iba a disminuir bastante el saldo de mi cuenta bancaria.

Llegué a Boise, Idaho en coche, conduciendo durante cuatro horas y parando más de tres porque el motor se calentaba demasiado. Tardé más de tres días en llegar y fue el viaje más difícil de mi vida.

Ahora, como tonta, no solo ponía mi vida en peligro, también me gastaba el dinero que tanto me había costado ahorrar.

Estaba perdiendo el tiempo pensando y buscando en mi joyero los accesorios perfectos para el vestido negro. No quería ir, quería, pero no.

Afortunadamente, llamaron al timbre y fui a abrir. No podía ser otra persona que Rose. Era mi mejor amiga, la única persona que conocía mi dirección y se pasaba por aquí día sí y día también.

—¡Tengo una idea genial! —exclamó ella en el instante en el que abrí la puerta.

Entró como un torbellino, dejando caer su pesado y colorido bolso sobre mi sofá antes de darse la vuelta y mirarme sonriendo como nunca la había visto sonreír.

Me preparé mentalmente porque, la amaba, era mi mejor amiga, pero Rose era un peligro. Podía proponer un viaje a Las Vegas o una visita a un cementerio en Nueva Orleans para comprobar si su tía había cruzado al otro lado.

No estaba loca. Solo en contacto con la espiritualidad, o eso decía ella. Aprendí a no hacer muchas preguntas y simplemente dejarme llevar.

—¿Cuál es la idea? —pregunté.

—Te acompañaré a la boda —dijo.

—Funeral —le corregí y enseguida se le borró la sonrisa de la cara.

—Lo sé —murmuró ella preocupada.

Verás, Rose era una mujer alegre, siempre dispuesta a divertirse, a probar cosas nuevas, a ayudar a cualquier persona, conocido o desconocido. Ella nunca se preocupa, ni siquiera cuando nos quedamos atrapadas en una cueva durante más de un día.

—Ahora aún más tengo que ir contigo. No estarás segura sola —dijo Rose.

Asentí sonriendo porque no quería confesarlo, pero tenía miedo, mucho miedo, y con Rose a mi lado, pues, me sentiría mejor. Además, así ellos verán que no estoy sola, que alguien notará mi desaparición.

Rose no vino preparada y tuvimos que buscar en mi armario algo adecuado para el funeral. Encontramos un vestido camisero que no recordaba haber comprado y lo metimos en mi bolsa.

Mientras yo pedía un taxi, Rose estaba comprando su billete de avión y en menos de diez minutos estábamos de camino al aeropuerto.

Tuvimos suerte, había asientos disponibles en avión, no había tráfico y llegamos a tiempo. Incluso nos invitaron a comer porque el vuelo tenía un pequeño retraso.

Rose siempre veía la parte buena en todo lo que sucedía, pero hoy no. Hoy debería pensar que ir a Chicago era una buena idea, pero, en cambio, se estaba comportando como si al otro lado nos estuviera esperando un ejército de demonios.

Ni tocó su comida. Ni siquiera respondió a las miradas del tío guapo que llevaba un cuarto de hora intentando llamar su atención.

Mi amiga no era una mujer muy guapa (ella decía eso), pero tenía algo especial, algo que atraía a los hombres como la miel a las moscas. Era morena, sus ojos eran de un verde extraño, más oscuro cuando estaba enfadada y claro cuando estaba feliz.

Era bajita de estatura y las horas que pasaba en el gimnasio eran horas perdidas porque los kilogramos de los que quería deshacer se empeñaban en seguir ahí donde estaban. En sus caderas.

Rose era así, se reía de sus defectos, de sus errores, pero era la primera en animar a los otros. También era la primera en ligar, y que hoy dejaba pasar una oportunidad era preocupante.

—Todo estará bien —le dije.

Me miró y sacudió la cabeza. Luego cogió su bolso y empezó a buscar algo.

—Quería regalártelo en tu cumpleaños, pero lo necesitas ahora —dijo poniendo sobre la mesa una pequeña caja de color negro.

Faltaban tres semanas para mi cumpleaños, algo que no me gustaba celebrar, pero Rose siempre, siempre, me regalaba algo.

—Gracias —dije sonriendo e inclinándome sobre la mesa para darle un abrazo corto.

Luego abrí la caja y vi el colgante. Suspirando miré a mi amiga.

—Lo sé, pero no es para ti, es para mí, ¿vale? Necesito saber que estarás protegida.

Cogí el colgante y lo miré. El metal se sentía frío y pesado en mi mano, no quería ni imaginármelo alrededor de mí cuello, sobre mi piel.

Rose llevaba uno igual, aunque el suyo era de plata y el mío dorado. Intentaba convencerme de comprarme uno desde el día que nos conocimos hace siete años. El nudo de bruja era un símbolo ancestral utilizado como protección contra malas energías y hechizos.

La verdad es que a donde íbamos ahora nos vamos a encontrar con un montón de mala energía. Hechizos no tanto, porque eran malos hasta los huesos, pero la magia no era lo suyo.

—Ok, Rose.

No creía en nada de eso, ni en Dios, ni en magia, pero no me costaba nada llevar ese colgante si eso ayudaba a Rose.

Embarcamos y nos pasamos las tres horas leyendo. Por lo menos Rose leyó su novela paranormal y yo fingí hacerlo. No conseguía concentrarme en las palabras y cada pocos minutos debía tomar una respiración profunda para calmarme.

No le había dicho toda la verdad a Rose. Ella sabía sobre el accidente, sobre la nueva esposa de mi abuelo y los nietos de ella. Había tanto que me guardé. No sé si fue por miedo, no, fue por miedo.

Esa emoción que era la única que fue constante en mi vida desde el accidente. Miedo de no perder al abuelo, miedo de sus ataques de furia, miedo de todos los demás. Ahora seguía sintiendo lo mismo. Miedo a que me encontrarán, a que cumplieran con su promesa.

No tenía mucho, ni fortuna, ni amigos, ni alegrías, pero no quería morir.

Aterrizamos en Chicago a las cinco de la tarde y Rose propuso coger una habitación en un hotel. Yo había pensado ir directamente a casa, pero su idea era mejor. Después de dejar las cosas en el hotel salimos a dar una vuelta, ya que Rose nunca había ido a Chicago.

Paseamos, comimos una pizza y tomamos una copa en el bar del hotel. Intenté divertirme, pero mi mente se empeñaba en recordarme a lo que había venido aquí. Por lo menos, Rose se lo pasó bien.

Conoció a un hombre que le invitó a una copa, luego a bailar y finalmente a su casa. Rose aceptó lo que era sorprendente para ella. Solía tener más cuidado.

—No sé, Rose —le dijo cuando se acercó para decirme que se iba con él.

—Confía en mí, ¿vale? Este tío no es peligroso, solo para mi corazón, pero no pasaré tanto tiempo con él como para enamorarme. Solo algunas horas, las suficientes para conseguirme un par de orgasmos —dijo sonriendo.

—Tu vibrador es más rápido y menos peligroso —espeté.

Yo se lo había regalado, así que sabía de lo que hablaba.

—Te enviaré un mensaje con su nombre, dirección y número de seguridad social —dijo ella sonriendo.

Me dio un abrazo y luego la seguí con la mirada hasta que salió del bar. Pagué la cuenta y subí a la habitación.

Durante dos horas me entretuve tomando un baño de burbujas, viendo una película y encargando un ramo de flores para mañana. Confieso que también me abrí una cuenta en Instagram para buscarlos.

Los encontré.

Archer, Beau y Dean Cantrell.

Cuando los conocí eran unos chicos altos, normales. Ni guapos ni feos, tampoco es que me hubiera interesado el tema en ese momento. Acababa de perder a mis padres, además tenía cinco años y lo único que me importaba eran mis muñecas.

Ahora, bueno, habían crecido.

Los tres eran altos, morenos, fuertes y guapos. En la foto que encontré en el perfil de Beau los tres llevaban traje de diferentes tonos de azul. Eran guapos y eso es lo que la gente veía cuando los miraba, pero yo sabía la verdad.

Eran malvados hasta los huesos. Tenían el corazón de hielo y eran crueles como los demonios del infierno.

Archer era el mayor y había cumplido treinta años el mes pasado, el trece de mayo. Dean era el mediano, un año menor que Archer y Beau era el pequeño.

Lo recordaba todo de ellos, fechas de nacimientos, gustos y aficiones. Recordaba cuanto tardaba uno u otro en bajar las escaleras, cuál era el más silencioso y cuál podía asustarme más.

Cuando me metí en la cama, Rose no había llegado y la preocupación me mantuvo despierta durante mucho rato. Conseguí dormir menos de dos horas porque cada vez que cerraba los ojos los recuerdos me invadían.

Los malos recuerdos porque eran los únicos que tenía.

A las siete de la mañana estaba duchada, vestida y me tomaba el primer café del día cuando se abrió la puerta de la habitación.

—Buenos días —saludó Rose.

Entró y se tumbó sobre la cama solo por un segundo. Se levantó y se acercó a robarme la taza de café.

—Yo la necesito más —dijo.

—Lo dudo —murmuré.

Rose tomó un sorbo de mi café y después me miró fijamente. Ella tenía ojeras después de pasar la noche en la cama con un hombre, pasándolo bien. Yo también tenía, pero las mías eran de haber pasado una noche en compañía de los malos recuerdos y la preocupación.

Ella me frunció el ceño.

—Margot, nena, el collar lo tienes que llevar todo el tiempo. ¿Cómo te va a proteger si lo guardas en la mesita de noche?

Miré hacia la mesita donde había colocado el collar antes de tomar el baño.

—¿No debería protegerme de la mala energía de la gente? —pregunté.

—Toda la mala energía, nena, incluso la tuya.

Me puse de pie y fui a recogerlo. Pero no, no sentí una tranquilidad instantánea y tampoco protección. Empezaba a pensar que todo esto era un timo, mentira, ya sabía que era un timo, pero quería creer que era verdad porque lo necesitaba.

Necesitaba magia.

Necesitaba protección.

Capítulo 2

Margot

—No quiero entrar —dije en voz baja, mirando la iglesia.

—Yo tampoco —murmuró Rose.

Eran las diez menos siete de la mañana. Llevábamos cinco minutos frente a la iglesia esperando un milagro que me diera el valor suficiente para entrar.

Llevaba el vestido negro que no había pensado en probar antes y ahora me apretaba demasiado en la zona del torso. Los zapatos eran incómodos. Había tomado la decisión equivocada de dejarme el cabello suelto y ahora me estaba muriendo de calor.

Quería regresar al hotel, quitarme la ropa, tumbarme en la cama y comer una tonelada de helado viendo una comedia romántica.

No obstante, había llegado hasta aquí, así que tomé una respiración profunda y di el primer paso. Los siguientes fueron más fáciles.

La puerta de la iglesia estaba abierta, y no porque hacía calor, porque estaba llena. Todos los bancos estaban ocupados y alrededor había gente de pie. Solo había un camino pequeño despejado en la entrada y en el pasillo.

Mentira. Había un banco libre al frente.

Y verás, no sé si es que además de cabezota era tonta o el colgante de Rose me estaba dando un poder insospechado, pero mis pies me llevaron hacia ese banco.

Me dije a mí misma que de todos modos iban a verme en el cementerio. No tenía ninguna posibilidad de pasar desapercibida, así que por qué sufrir de pie. No es que me iba a echar a llorar, no. Simplemente, los zapatos me estaban matando.

Mentira. Me había mirado bien en el espejo antes de marcharme y yo también había crecido.

Fui una niña gordita de cabello rojo como el fuego y ojos verdes de un tono insípido y poco interesante, una mezcla entre verde y amarillo deslucida y poco armoniosa. Fui torpe y callada. Asustadiza.

Ahora era una mujer alta y delgada. El color de cabello no había cambiado y no es que no pudiera hacerlo, es que no quería. Era único. Mi peluquera no me cobraba nada cuando iba porque aprovechaba para hacerme todo tipo de cortes y peinados para luego tomar mil fotos para sus redes sociales.

Los ojos no cambiaron o quizás lo hicieron. Eran como un bosque sereno iluminado por la luz del sol. Eran intensos como si guardaran secretos y sueños esperando para la persona

adecuada para descubrirlos.

A ver, para mí siempre fueron verdes. Lo primero me lo dijeron ellos, me lo repitieron cada día durante muchos años. Lo segundo me lo escribió un compañero de trabajo que se había enamorado de mí. Solía dejarme notas en el despacho hasta que pasó a acosarme en la calle y tuve que denunciarlo.

La torpeza había desaparecido y aunque no me había convertido en una persona muy habladora tampoco me quedaba callada todo el tiempo.

El miedo seguía en mi corazón, pero había mejorado muchísimo y ahora podía fingir.

Era una mujer que se había apañado sola. Me fui una adolescente con cien dólares en el bolsillo y volvía una mujer con un trabajo decente, un apartamento a mi nombre y una amiga que iría conmigo hasta las puertas del infierno.

Ya no podían empujarme al suelo y machacarme. Podían intentarlo, pero resistiré y lucharé. Ahora golpearé de vuelta. Ahora no mantendré la boca cerrada.

Iba por el pasillo, sintiéndome fuerte e invencible hasta que miré hacia el otro banco, el de la derecha. Fueron los primeros que noté. Cuatro cabezas, tres hombres morenos y una mujer de cabello blanco.

Eran ellos, obviamente.

Pero solo uno se giró y me fijó con su mirada.

Su mirada me atravesó como una flecha como si el simple hecho de verme despertara en él un torbellino de emociones contradictorias.

Había odio en sus ojos, un odio crudo, palpable, como el de antes. Pero en medio también brillaba una chispa de esperanza, tenue, pero imposible de ocultar. Me miraba con una intensidad feroz, como si deseara destruirme y salvarme al mismo tiempo, como si mi destino dependiera de esa mirada.

De él.

Fui cobarde y aparté la mirada mientras me sentaba en el banco. Después fijé los ojos al frente con la mala suerte de tener justo ahí el féretro. Casi, casi prefería volver a encontrarme con los ojos negros de Archer Cantrell.

El hombre que juró convertir mi vida en un infierno y lo consiguió durante once años. Desgraciadamente, también juró hacerlo hasta el fin de mi vida y yo como tonta me estaba entregando en bandeja para que pudiera seguir con su promesa.

Rose se sentó a mi lado y se inclinó para susurrarme: —Tú y yo vamos a tener una conversación después.

Asentí.

Rose continuó: —Me pido al de ojos grises.

Beau Cantrell. Un cabrón como su hermano mayor, pero una pizca menos cruel.

Sacudí la cabeza.

—Está caliente como el infierno —continuó ella.

Estaba segura de que Rose no le estaba quitando los ojos de encima al hombre con el que ya planeaba pasar la noche.

—Y te hará sufrir como si estuvieras en el infierno, Rose.

En ese momento llegó el sacerdote y los murmullos de la gente cesaron. Durante diez minutos lo escuché hablar sobre lo buena persona que fue John Coleman. Su vida fue un ejemplo de generosidad, un refugio para los demás, honesto y humilde. La empatía, la bondad y la compasión lo guiaron durante su vida.

En ese momento recordé por qué no creía en Dios, porque sus servidores eran unos mentirosos. Es que no había otra opción. El abuelo fue una persona cruel, malvada. A lo mejor antes de la tragedia fue esa persona ejemplar, pero después no. Yo no lo recordaba así y me parecía un crimen de parte de ese sacerdote decir que fue de otra manera.

—No se habla mal de los muertos —me susurró Rose—. Ya sabes, olvidar y perdonar.

—Lo haría si no tuviera las marcas del cinturón con el que me pegó después de la muerte de mis padres como recuerdo.

La exclamación de sorpresa de Rose llamó la atención del sacerdote que nos amonestó con la mirada.

—Tal vez deberíamos marcharnos —propuso mi amiga.

—No, pero si sabes algún hechizo de protección contra el fuego eterno no sería mala idea usarlo.

Otra exclamación de asombro interrumpió al sacerdote, pero esta vez no nos regañó a nosotros sino a la mujer de atrás que estaba muy enfadada por mi conversación con Rose.

—Deberíamos dejar de hablar —susurré.

—U otros deberían dejar de poner la oreja en las conversaciones ajenas.

Nos callamos porque el sacerdote bajó del pódium y un hombre que hizo suspirar a Rose tomó su lugar.

Beau. Era guapo, de eso no había ninguna duda y si no recordaba mal, también era muy bueno con las palabras.

—Hoy nos reunimos para despedir a John, una persona muy especial cuya vida estuvo llena de amor, dedicación y sabiduría. Aunque no compartíamos los lazos de sangre, John siempre me trató como a un nieto propio. Él fue más que un marido para mi abuela; fue su compañero, su apoyo, su amigo. Fue el mejor para todos los que tuvimos la suerte de conocerlo. Siempre tenía una palabra amable, un consejo sabio, o incluso un chiste para alegrarnos el día. Lo admiré por su fortaleza, por su capacidad de mantenerse sereno incluso en los momentos más difíciles. A través de su ejemplo, aprendí mucho sobre lo que significa ser una persona íntegra, una persona que, sin necesidad de grandes palabras, deja una huella profunda en todos los que lo rodean.

Lo que yo decía. Beau era bueno con las palabras, tan bueno que incluso yo empezaba a dudar de mis recuerdos del abuelo.

—Aunque hoy nos invade la tristeza por su partida, también sabemos que su legado de

amor y de bondad perdurará en nosotros. En cada uno de nosotros, en las historias que contaremos, en los momentos compartidos, él seguirá presente. Le agradezco por haber sido un modelo que seguir, por habernos mostrado la importancia de la familia, la lealtad y el respeto. No solo fue un pilar para mi abuela, sino para todos los que tuvimos el privilegio de conocerlo. Descansa en paz, John. Te recordaremos siempre con cariño y gratitud.

Miré a Rose. Ella me miró a mí.

—O hemos viajado a otra dimensión o alguien está tomando medicación de la buena —dijo Rose.

Rompí a reír y lo hice en el peor momento, bueno, ya estaba en la iglesia en el funeral del abuelo, pero justo entonces se acercó ella.

Debería haber saludado y darle el pésame al llegar, pero no sabía qué decir. Las palabras habituales no eran las adecuadas en nuestra situación.

Eliza Cantrell.

La esposa del abuelo. La abuela de los chicos Cantrell.

Tragué en seco al encontrar su mirada y ver que no había nada de lo que esperaba ahí. Obviamente, había tristeza por su marido, pero nada más. Ni rencor ni odio.

Cariño.

Eliza me estaba mirando con cariño, igual que la primera vez que me vio o la última vez. Y no solo eso. Abrió los brazos y no lo dudé. Me puse de pie y la abracé. No había cambiado su perfume, llevaba el mismo de siempre, ese aroma de lirios que te envolvía y te hacía sentir seguro, a salvo.

Aunque sus ojos no cambiaron, su cuerpo sí. Eliza era una mujer alta y fuerte, ahora se veía muy delgada. Débil, algo que nunca pensé que pasaría. No obstante, ella no era tonta, no podía creer que se había dejado engañar durante tanto tiempo por el abuelo.

Vivir con ese tipo de persona al final pasaba factura.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo Eliza alejándose lo suficiente para poner las manos sobre mis mejillas y mirarme a los ojos—. Eres tan bonita, mi niña.

Verás, al averiguar que el abuelo había fallecido, no lloré. Ni ayer ni hoy al saber que lo iban a enterrar. Nada, ningún sentimiento de pena o tristeza. Dolor ninguno.

Pero las lágrimas llegaron ahora al recordar todo lo que he perdido, todo lo que me ha quitado ese hombre.

—Abuela, tenemos que irnos.

No aparté la mirada del rostro de Eliza y no solo porque no quería mirar al hombre que había hablado. No, simplemente quería alargar un poco más ese momento. No sabía cuándo tendría la oportunidad de estar con la única persona del mundo que me amaba de verdad.

Bueno, Rose también me tenía mucho cariño, pero no sabía yo sí daría la vida por mí como estaba segura de que sería capaz de hacer Eliza.

—Margot viene con nosotros —declaró Eliza.

Ignorando la tos fingida de mi amiga miré al hombre que llevaba medio minuto parado a menos de un metro de nosotros.

Archer. Cuando digo que no estaba feliz de verme con su abuela quiero decir que estaba enfadado, su rostro oscurecido y con los ojos negros parecía un demonio llegado desde el infierno para cobrar la deuda. Mi alma.

—Tienes que contármelo todo —dijo Eliza y sin esperar, me agarró de la mano y empezó a caminar.

No tuve otra opción. Caminé con ella mientras sentía en la nuca la mirada de Archer. Mirada asesina, no había duda ninguna de que deseaba que estuviera yo en el féretro a punto de ser enterrada.

Afortunadamente, por ahora, no iba a ver su deseo cumplido.

Salimos de la iglesia y Eliza se encaminó hacia una limusina al lado de la que ya estaban esperando los otros dos hermanos Cantrell.

—Fue el destino —susurró Rose a mis espaldas.

No me giré a ver a donde estaba mirando mi amiga, ya lo intuía. Ella tenía una debilidad para los hombres guapos, si llevaban traje y tenían pinta de haber nacido con una cuchara de plata en la mano ya estaba totalmente perdida.

La parte buena es que no le duraba mucho el capricho.

La parte mala es que con Beau iba a terminar con el corazón hecho pedazos y si era solo esa parte del cuerpo debería considerarse afortunada.

—Chicos, Margot nos acompañará —anunció Eliza a lo que Beau me miró por solo un segundo antes de fijar su mirada en mi amiga.

Dean, por otra parte, quiso decir algo, pero después de mirar a mi espalda, seguramente a Archer, cerró la boca y abrió la puerta de la limusina. Eliza insistió en que yo subiera primero, quizá por miedo a no echar a correr y no la culpaba, el pensamiento se me había cruzado por la mente.

Luego subió ella y Rose justo después. Pensaba que estaba a salvo, pero entonces se abrió la puerta al otro lado del coche y subió Archer. Fue mi día de suerte y se sentó frente y no a mi lado, pero no pude celebrar durante mucho tiempo porque él no apartó la mirada de mí.

Rose, como buena amiga que era, intentó ayudarme distrayendo a Archer. Alargó la mano hacia él diciendo:

—Yo soy Rose.

Archer me demostró que no había cambiado nada; seguía siendo un hombre que hacía lo que quería, al que no podían obligar a nada. Un borde.

—Archer —gruñó, ignorando la mano de mi amiga.

—¡Archer! —exclamó Eliza—. ¡Por Dios! Perdona a mi nieto, Rose, es un momento difícil para nosotros, aunque algunos no hemos olvidado los buenos modales.

Rose le sonrió a Eliza y Archer siguió mirándome. Finalmente, él habló.

—Un funeral no es el lugar ni el momento para invitar a desconocidos. Es un acto solemne, no un evento social ni una fiesta. Traer a esta mujer no solo es inapropiado, es una falta de respeto.

Lo que yo decía, un borde.

Abrí la boca, sorprendida por sus palabras. Es que Archer no era la persona que debía hablar de lo que era apropiado o no.

—¿Respeto? Pero ¿tú sabes qué es eso? —espeté, dejando que las palabras se colaran con veneno. Archer, como siempre, parecía tener una opinión, sobre todo, pero jamás sobre sí mismo.

Él soltó una risa sarcástica, cruzando los brazos con esa postura de superioridad que siempre me había sacado de quicio.

—¿Tú me vas a enseñar a mí lo que es el respeto? ¿Después de lo que hiciste? —su voz se llenó de desprecio, como si el aire a su alrededor se hubiera enfriado con cada sílaba.

¿Lo que hice yo?

Mis manos se apretaron en puños, clavando las uñas en las palmas. No iba a dejar que ese tipo me diera lecciones de moral.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú qué, Archer? ¿Vas a seguir haciéndome sentir culpable por algo que ni siquiera fue mi culpa? —le respondí, deseando infligir daño con mis palabras, pero sabiendo muy bien que este hombre tenía la piel dura como el acero y el corazón de hielo.

Quizá ni siquiera tenía uno latiendo en su pecho.

Archer no se movió, pero sus ojos brillaban con una furia contenida, un odio que siempre había estado latente entre nosotros, aunque tratáramos de esconderlo a los ojos de los demás.

—No hables de culpa como si tú no tuvieras un montón que cargar, ¿eh? —su tono se endureció aún más, y podía ver cómo su mandíbula se tensaba, como si luchara por no soltarse de nuevo. Por no terminar la conversación como siempre.

Haciéndome daño.

Ambos sabíamos que esta discusión no tenía un ganador, solo heridas abiertas.

—Chicos, ¿por qué no…? —empezó Rose, pero Archer giró la cabeza y la miró.

En ese momento, mi amiga se arrepintió de haber acompañado, y yo de haberlo permitido.

Pero ¿sabes qué? Ya no tenía cinco años, no tenía quince.

—Tienes un problema conmigo, Archer, ojos sobre mí, ¿vale?

Archer sonrió.

Sus labios se alzaron de manera sutil, pero sus ojos, esos ojos intensos, brillaron con una mezcla de triunfo y malicia. No era una sonrisa de alegría, sino de victoria silenciosa, como si acabara de destapar una debilidad secreta que nadie más había visto, y eso era justo lo que había pasado.

Antes había callado. Lo que me hacía, lo que ocurría entre nosotros. No se lo dije a nadie,

bueno, no se lo dije a Eliza porque era la única que podría haberme ayudado; era la única a la que le importaba lo que me pasaba.

Ella fue mi debilidad, y ahora Archer sabía que Rose también lo era.

Sabía que podía hacerme cualquier cosa, pedirme lo que fuera, y lo haría. Se lo daría simplemente por amenazar a mi mejor amiga.

Tonta. A veces era tan tonta.

Afortunadamente, llegamos al cementerio y el coche se detuvo. Dean abrió la puerta y ayudó a Eliza a bajar. Mi amiga se apresuró detrás de ella en un abrir y cerrar de ojos. No la culpaba; Archer tenía ese efecto sobre la mayoría de las personas.

Alargué la mano para abrir la puerta y Archer también, solo que sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo.

—No, no tenemos nada de qué hablar.

Entrecerró los ojos al mismo tiempo que sus dedos me apretaban. Iba a llevarme las marcas sobre mi muñeca de recuerdo durante una semana. Mi piel era así: un golpe que ni siquiera dolía me dejaba marca por mucho tiempo, y él lo sabía.

Y no solo eso, se aprovechaba y disfrutaba de ello.

—Tú y yo, después del funeral, y que te entre bien en la cabeza, Margot, te buscaré. Esta vez no te permitiré marcharte como la última vez —amenazó.

—¿Permitirme? Tienes serios problemas con la memoria porque me fui porque yo quería, y haré lo mismo ahora. Tú no mandas en mi vida. Ya no.

Sonrió y se me heló la sangre en las venas.

Todas sus sonrisas, las que me regalaba a mí, no auguraban nada bueno. Las había clasificado en función del daño que me provocaba, y esta sonrisa solo la había visto una vez. Era la peor de todas.

Pero no, la que no iba a permitirlo sería yo.

—Oh, Margot, olvidas que yo no necesito tu permiso. Eres mía para hacer lo que me plazca, y prepárate… vamos a divertirnos de verdad.

Entonces soltó mi mano y abrió la puerta del coche. Bajó y, el muy cabrón, alargó la mano para ayudarme a salir. Obviamente, ignoré su mano, lo ignoré a él y el sonido de sus pasos al caminar detrás de mí.

Iba a ver cómo enterraban a mi abuelo y luego me encargaría de hacer lo mismo con esa parte de mi vida. Los Cantrell serían solo un mal recuerdo.

Y quién sabe, quizá cambiaría por fin el apellido.

Ya no quería llevar el del abuelo y definitivamente no lo quería escrito para mucho tiempo en mi tumba.

Margot Coleman iba a desaparecer para siempre.

Capítulo 3

Margot

El día era perfecto.

El sol brillaba intensamente en el cielo azul. Los árboles, altos y frondosos, se mecían suavemente con la brisa cálida del verano. El aroma a hierba fresca y a flores llenaba el aire, creando un contraste casi irreal con la solemnidad del momento.

Al acercarme al grupo, me sorprendió ver que había más gente de lo que esperaba, más de los que habían estado en la iglesia.

Todos con expresiones de tristeza y respeto.

¡Jesús! ¿De dónde había salido tanta gente? No teníamos familiares, éramos solo él y yo, bueno, solo yo. Amigos... no sé, el abuelo solía ir a jugar al golf con unos viejos compañeros de colegio.

¿Qué diablos había pasado en los últimos años? ¿El abuelo se había convertido en Señor Amable, Sociable, Altruista?

Me acerqué a Rose, que, por alguna razón desconocida, estaba justo a la derecha de Eliza. A la izquierda estaba Beau y a su lado, Dean. Y como si quisiera torturarme más, Archer se paró justo detrás de mí. Intenté ignorar su presencia y miré hacia delante.

El ataúd, adornado con flores blancas y lilas, se encontraba en el centro de un claro rodeado de árboles. Escuché sorprendida a los pájaros que cantaban alegremente escondidos entre las hojas, ajenos a lo que ocurría abajo.

La naturaleza parecía rendir homenaje a la vida de aquel hombre, que, a ojos de todos, había sido un pilar de la comunidad, un amigo leal y un vecino generoso. Nadie sospechaba que detrás de esa fachada se ocultaba una persona cruel, cuyas acciones habían dejado cicatrices en mi corazón y sobre mi piel.

Me preparé para escuchar otro discurso sobre su altruismo, pero el sacerdote fue breve.

—Queridos hermanos y hermanas... Hoy nos reunimos aquí para despedir a nuestro querido hermano John, quien, después de una larga vida, ha sido llamado por el Señor a su descanso eterno. El Señor nos ha dado el don de la vida, y John vivió esa vida con dignidad, amor y trabajo. Su vida fue un testimonio de fe y de servicio, y por eso damos gracias a Dios por haberle permitido ser parte de nuestras vidas. Pidamos al Señor que nos dé consuelo en nuestro dolor, que nos ayude a vivir con la misma fe y esperanza que John vivió, y que nos fortalezca en este momento de despedida. Que su alma repose en paz, y que su recuerdo nos inspire a seguir adelante en el camino de la fe y el amor. Que el Señor lo reciba en su gloria, y a todos nosotros nos conceda su paz. Amén.

Menos mal que el Dios en el que creía el abuelo era lleno de misericordia, porque de otra manera ese hombre estaría abajo sufriendo en el fuego eterno. Me bullía la sangre viendo todos esos rostros tristes, escuchando las palabras bonitas que decían sobre él.

Rose me agarró de la mano y me detuvo. No me había dado cuenta de que estaba caminando hacia el féretro. No quería despedirme del abuelo, inconscientemente quería asegurarme de que lo enterraban.

Uno de mis verdugos estará pronto bajo tierra.

Faltaban tres más.

—Margot, vendrás a casa, ¿sí? —preguntó Eliza.

Ni muerta.

Las palabras se murieron antes de poder pronunciarlas. Había aguantado muchas cosas por Eliza. Una visita de una hora era nada en comparación con los diez años que viví bajo su techo.

Por Eliza.

Asentí, y en cuanto ella se dio la vuelta, Rose me miró.

—No es buena idea —susurró.

—Estaré bien —dije sonriendo brevemente.

—No estaba hablando de ti —murmuró ella, sus ojos buscando entre el mar de personas que iban hacia sus coches ahora que el funeral había terminado.

Algunos irán a dar el pésame, una vez más, a la abuela en su casa, y otros, más afortunados, ya se iban a sus casas, a seguir con sus vidas.

Beau se paró al lado de la limusina y miró hacia atrás. Sus ojos encontraron a los de Rose.

¡Oh, Dios!

—Es muy mala idea —dije.

Rose se encogió de hombros.

—Malísima, pero yo voy igual —declaró ella.

Archer se había alejado, pero no demasiado. Estaba a unos pocos pasos de nosotros, conversando con un hombre mayor que me sonrió al darse cuenta de que los estaba mirando.

—Señorita Coleman, me alegro mucho de verla, aunque sea en estas circunstancias. Mi más sentido pésame por la pérdida de su abuelo —dijo el hombre.

—Gracias.

El hombre se acercó con la mano alargada:

—Frank Smith a su disposición, señorita. Nos veremos después para la lectura del testamento.

De ninguna manera.

Que mi nombre apareciera en el testamento era una sorpresa, pero me daba igual. No

quería nada de ese hombre.

Le sonreí a Frank y me encaminé hacia la limusina, donde Beau nos esperaba con la puerta abierta. No apartó la mirada de Rose mientras caminábamos y luego, cuando ella subió al coche.

Me quedé a su lado hasta que se dio cuenta de que no me movía.

—Sube —ordenó.

—Toca a mi amiga y será lo último que hagas —susurré.

Beau me miró con las cejas levantadas y con una sonrisa que me dio ganas de borrársela de un puñetazo. Subí al coche y enseguida nos marchamos. Sin Archer.

Aproveché el viaje para contarle un poco a Eliza sobre mi vida, aunque sin muchos detalles porque pronto iba a marcharme y no quería tenerlos en la puerta de mi casa para continuar lo que no pudieron terminar hace diez años.

Le conté que me gustaba mi trabajo y no era ninguna mentira. Era asistente personal en el hospital. Raro, ¿verdad?

Me escapé de casa sin graduarme y, como no tenía dinero, tuve que buscarme un trabajo. El único que encontré fue el de repartidora en una floristería, y mi suerte fue que solo repartía en el hospital que estaba a dos pasos.

Al principio me pasaba la mayoría del tiempo en el hospital y empecé a conocer a la gente. Yo era una chica nada sociable y solía quedarme en las sombras, escuchando, viendo cosas que no debería, averiguando secretos.

Me encantaba porque había drama y, de alguna manera, me reconfortaba saber que otros lo pasaban peor que yo. No me refiero a los pacientes, sino al personal. Los médicos eran criaturas extrañas.

Eran inteligentes, a diario salvaban vidas, pero el resto de su vida era un desastre. Olvidaban el aniversario de su boda y necesitaban un regalo en menos de dos horas. No tenían un vestido o zapatos para la fiesta de Navidad. No encontraban ese robot que le habían prometido al niño para el cumpleaños.

Una cosa llevó a otra y, de repente, me ofrecieron el trabajo. Fácil no era, había días que terminaba agotada, pero me encantaba resolver los problemas de los demás. El sueldo no estaba nada mal y las propinas impresionantes.

Me permitió graduarme y tomar algunos cursos de administración, marketing y todo lo que encontraba interesante en ese momento. Entre el trabajo y los estudios no tenía ningún momento libre, y era justo como me gustaba.

Sin tiempo para pensar, para recordar el pasado, para hacer planes de futuro.

No tenía ningún plan más allá de tener un trabajo, un techo y algo de dinero para caprichos. Una relación seria, matrimonio o hijos... No, nada de eso entraba en mis planes. De eso no le hablé a Eliza.

Solo le dije que no estaba saliendo con nadie, y su rostro se iluminó al escucharlo. Rose me lanzó una mirada de advertencia, pero no hacía falta. Conocía a Eliza y sabía que iba a usar

ese pequeño detalle en mi contra.

O sea, algo estaba planeando, y no es que fuera necesariamente malo para mí, solo algo que yo no había pedido.

Afortunadamente, el coche giró en el sendero sinuoso que llevaba hacia la casa de Eliza. Estaba flanqueado por altos cipreses y conducía directamente hacia la entrada principal. El interrogatorio terminó, y pude respirar aliviada.

Bajamos del coche, y Eliza se llevó a Rose dentro, mientras yo me quedaba un momento más afuera.

Cuando el abuelo se casó con Eliza, nos mudamos aquí, y desde el primer momento me enamoré de la casa.

Era una mansión que se alzaba majestuosa, y el sol de la tarde bañaba su fachada de piedra grisácea, dándole un resplandor suave y misterioso, mientras las ventanas, grandes y llenas de historias, reflejaban los destellos dorados del día.

Solía imaginarme que una princesa vivía aquí, mirando por la ventana, esperando a su príncipe azul, porque, obviamente, ella era una prisionera. Los muros, cubiertos de hiedra que trepaba y se enredaba en sus esquinas, eran tan altos que no podía escapar.

Pobre princesa.

Triste historia, pero no podía ser prisionera en un lugar tan bonito. Hasta el aire era diferente aquí, más fresco y lleno del aroma de las flores del jardín trasero. No tenía ninguna duda de que seguiría igual de precioso porque las flores eran la debilidad de Eliza.

Me prometí buscar un momento para mostrárselo a Rose antes de marcharnos, pero antes tenía que entrar y poner buena cara para todas esas personas que pensaban que el abuelo había sido una buena persona.

Al cruzar el umbral, descubrí que Eliza no había cambiado nada. El interior seguía siendo un ejemplo de elegancia y misterio. Seguí el pasillo amplio, decorado con tapices como en una mansión inglesa, y llegué a la sala de estar con sus paredes de madera oscura.

Era mi estancia favorita de toda la casa, y solo porque en el centro había una chimenea de mármol que ahora mismo estaba encendida y emitía un resplandor cálido que se reflejaba en los espejos dorados y en los muebles antiguos.

Era verano y hacía calor, pero en algún momento Eliza había ordenado que la encendieran porque sabía que me gustaba. Había pasado horas enteras acurrucada frente a la chimenea, mirando las llamas danzar y soñando con los ojos abiertos.

Ella solía bromear que estaba soñando con mi príncipe azul. Era mentira. Soñaba con escapar del infierno en el que estaba viviendo.

Atravesé las puertas dobles y entré en el salón principal. Las mismas cortinas de terciopelo rojo caían pesadas sobre los ventanales, dejando entrever el jardín, que era como un sueño.

Los muebles, de líneas clásicas y suaves, se disponían en un elegante desorden, invitando a la conversación y al encuentro. En el piano de cola, que reposaba en un rincón, no había ni una mota de polvo, pero abajo había unas marcas.

Sí, mi pequeña venganza.

Archer solía sentarse allí y practicar. El piano era su pasión, y yo, con mis diez años, enfadada y asustada, cogí un cuchillo de la cocina y escribí en la parte de abajo la palabra idiota. Cada vez que él me hacía sufrir, pensaba en esas seis letras.

La tentación de agacharme y mirar debajo del piano era grande, pero me abstuve y me senté en el sofá. Tuve un momento de respiro antes de la llegada de los invitados. ¿Eran invitados?

Bueno, las personas que vinieron a dar el pésame una vez más, conversar y tomar algo. Recordar los buenos momentos vividos con el abuelo. Como yo no tenía de esos, me pasé todo el tiempo en mi cabeza.

Hice la lista de la compra, repasé una vez más los planes para las vacaciones que quería pasar en alguna playa, pero Rose se empeñaba en ir a visitar la tierra de los vikingos.

Y hablando de mi amiga, llevaba un tiempo desaparecida. Eliza estaba conmigo, a mi lado, no se alejó en ningún momento, como si supiera que yo estaba esperando el momento para marcharme.

Entonces, ¿dónde estaba Rose?

No tuve la suerte de mi parte; ni encontré a mi amiga ni pude marcharme antes de la llegada de Frank.

Me invitó a pasar a la biblioteca y, obviamente, empecé a sacudir la cabeza. Archer, que no me había quitado la mirada de encima en todo este tiempo, se materializó a mi lado y me susurró al oído:

—Si quieres lo mejor para la abuela, me acompañarás ahora.

—¿O qué? ¿Serás capaz de hacerle daño a tu propia abuela? —le pregunté.

—Yo no, pero no puedo decir lo mismo de John.

O sea, el abuelo era un lobo con los suyos y, de cara a otros, se ponía la piel de oveja para engañarlos.

Asentí y, de repente, me encontré caminando hacia la biblioteca, y no solo eso. ¡Dios! Archer caminaba a mi lado y su mano estaba en la parte baja de mi espalda.

Estaba demasiado asombrada para reaccionar. Archer solía poner la mano sobre mí, pero siempre acababa gritando de dolor.

Ahora no podía hacerlo porque estábamos en una casa llena de personas y… ¿y qué, Margot? Quizá había llegado el momento para Eliza de averiguar la verdad sobre sus nietos.

Me detuvo en seco y, sin girarme hacia él, hablé con voz tensa, cortante, casi venenosa:

—No te he dado permiso para tocarme.

Mi tono fue claro, y creía que Archer no tenía más opción que retirar la mano al instante. La mirada en sus ojos era la de un hombre que no esperaba esa reacción. Después de todo, él sabía cómo funcionaba yo, lo que sentía, lo que pensaba.

Pero eso fue antes.

—¿Crees que necesito tu permiso? —dijo él, con la tranquilidad en su voz que me puso aún más nerviosa.

Y me puse más nerviosa cuando usó esa mano para acercarme.

El miedo en mis ojos era evidente.

No podía soportarlo. Su cuerpo tan cerca del mío... la sola idea de estar ahí, a su lado, a su merced, me hacía sentir como si me ahogara. El rencor que había acumulado durante todo el tiempo que vivimos juntos, el miedo, la desesperación. Todo era demasiado.

Pero ya no era una niña.

—¿Qué esperabas, Archer? —dije con una sonrisa amarga, casi despectiva—. ¿Qué te iba a perdonar todo lo que hiciste? No te quiero cerca, no te quiero en mi vida. Y ni siquiera me importa lo que pase después de esta reunión. De hecho, no me importa nada. Eliza es tu abuela, es tu responsabilidad, y si el abuelo hizo algo, tendrás que buscar una solución. Mientras tanto, por favor, quítame las manos de encima.

Me observó en silencio, su rostro impenetrable, pero luego algo cambió.

—Te crees tan lista, ¿verdad? —dijo, su voz baja, cargada de veneno—. Pero no tienes ni idea de lo que está por venir. Todo lo que has hecho, todo lo que crees que tienes bajo control, se va a desmoronar en un instante.

Lo miré, curiosa por el cambio en su tono, en su expresión. La rabia se filtraba en sus palabras, en su mirada. He de confesar que tenía una pequeña esperanza de que se le hubiera olvidado, de que hubiera madurado.

Ya no era un niño que se dejaba engañar por las palabras de un adulto. Al parecer, estaba equivocada. Archer tenía algo en mente. Algo retorcido. Algo que yo no averiguaría hasta que fuera demasiado tarde.

—¿Qué estás insinuando? —pregunté con voz temblorosa, aunque intenté que no se notara.

Fallé.

Archer soltó una risa baja, como si hubiera contado el chiste más gracioso del mundo.

—No te preocupes, lo descubrirás pronto. En cuanto entres en la biblioteca, te darás cuenta de que toda tu vida, todo lo que creías seguro, ya no es lo que pensabas. Y entonces no necesitaré tu permiso.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies, y en mi interior, un grito sordo pedía respuestas, pedía que me fuera corriendo. Lo único que sabía con certeza era que me había equivocado.

No debería haber venido.

—¿Qué has hecho? —mi voz fue casi un susurro, la amenaza en sus palabras haciendo difícil que pudiera sacar las palabras más allá del nudo en mi garganta.

—Pronto lo averiguarás —respondió él, sin titubear—. Pronto.

Los dos caminamos en silencio hasta la biblioteca.

Me enamoré de la casa en el primer instante, pero lo que realmente me cautivó, lo que daba vida a esa mansión, fue la sensación de que cada rincón guardaba un secreto. Había más de uno entre las sombras de la biblioteca, donde las estanterías rebosaban de libros encuadernados en cuero.

Si no estaba frente a la chimenea, me encontrabas allí, sentada en el sillón de terciopelo, leyendo alguno de los libros, fingiendo entender lo que estaba escrito en las páginas de aquellos libros antiguos.

Frank nos esperaba sentado detrás del escritorio, lo que siempre había sido la silla de Eliza. Recordaba que el abuelo nunca entraba en esta habitación, nunca supe la razón, pero me venía bien cuando quería esconderme de su rabia.

Beau y Dean también estaban. El primero estaba sentado en un sillón, y el segundo, de pie, miraba hacia abajo mientras movía el líquido de la copa que llevaba en la mano.

Si Beau estaba allí, significaba que Rose no estaba con él, y esa era la mejor noticia del día.

La mala era que Archer seguía tocándome y, en ese momento, me guiaba hacia las dos sillas frente al escritorio. Tenía la impresión de que iba hacia la guillotina, es decir, hacia una muerte segura.

¿Qué podría haber hecho el abuelo?

Dinero tenía, y más de lo que le correspondía. Mi madre fue hija única de una familia adinerada, y yo fui su heredera. Mi padre era abogado en su propio bufete, que seguía funcionando como si nada.

Yo no he visto ni un céntimo de mi herencia. Cuando fallecieron mis padres, era demasiado pequeña para saber de qué iba la cosa, pero ahora era diferente. De todos modos, no quería su dinero. Quizá me gustaría recuperar algunas joyas de mi madre.

Solo tenía una foto de mis padres, la de su boda, en la que mi madre llevaba un collar de perlas. Eso era lo único que quería.

Capítulo 4

Margot

—Yo, John Coleman, en pleno uso de mis facultades mentales, redacto este testamento para dejar constancia de mi voluntad.

A mi querida y única nieta, Margot Coleman, le dejo todos mis bienes, propiedades, ahorros y posesiones materiales, incluyendo Cantrell Manor, mis colecciones de arte y libros, así como cualquier inversión que haya logrado reunir a lo largo de mi vida. Todo lo que tengo será tuyo, querida Margot, y todo lo que debía haberte pertenecido desde hace mucho tiempo.

Sin embargo, hay una condición que deseo que cumplas: cuando recibas este legado, deberás, antes que nada, casarte con uno de los hermanos Cantrell. Mi preferido es Archer, porque sé que cuidará bien de ti, pero si prefieres a otro, no habrá inconveniente.

Luego, deberás regresar a la casa de la familia y vivir allí hasta el fallecimiento de mi querida esposa, Eliza Cantrell. Durante ese tiempo, no podrás vender ni donar nada de lo que te dejé. Solo podrás hacer uso de mis bienes. El matrimonio también deberá durar hasta el final de la vida de Eliza. Una vez cumplas con esta condición, serás libre de hacer lo que desees con lo que te dejo y vivir como consideres mejor.

El abogado tenía el cabello blanco, más abundante que el de otros hombres de su edad. Parecía suave, y me pregunté si se ofendería si le pedía permiso para tocarlo. También tenía dificultades para hablar durante largos períodos, lo cual me hacía pensar que necesitaba una consulta médica.

—Esto es todo. Si me necesitan, pueden llamar a mi despacho y concertar una cita. Estaré a su disposición para lo que haga falta —continuó Frank mientras recogía los papeles del escritorio.

—¿Puede repetirlo, por favor? —le pedí.

Frank levantó la cabeza y me miró. Luego, dirigió la vista hacia Archer, quien dijo:

—Yo me encargo, Frank.

El abogado asintió.

—Muy bien, pero recuerda que la señorita puede elegir a cualquiera de vosotros. No puedes y no debes influenciarla de ninguna manera.

—Tranquilo, Frank. Margot es familia, cuidaremos bien de ella.

Me eché a reír, y Frank me miró con tristeza. Seguramente pensaba que reía por el dolor, y bueno, lo hacía, pero no por el de haber perdido al abuelo. Era por el dolor que iba a sufrir a

partir de ese momento.

—¿Qué pasa si muero antes que Eliza? —pregunté, y Frank, que ya había recogido sus cosas y estaba de pie, tuvo que sentarse de nuevo.

—Lo que tú dejes escrito en tu testamento se cumplirá. En caso de que no hayas hecho uno, tu marido será tu heredero —explicó él—. Aquí tienes una copia de los deseos de tu abuelo y mi tarjeta. Llámame o escríbeme en cualquier momento, y te ayudaré con cualquier duda.

Miré los papeles que había deslizado sobre el escritorio, pero no los tomé. Le agradecí al hombre que me acababa de dar la peor noticia de mi vida. Bueno, fue la segunda peor, porque la primera fue la muerte de mis padres, y en ese momento empecé a dudar.

¿Qué parte de mi vida sería peor? ¿La de una niña huérfana o la de la esposa de un hombre que había jurado acabar conmigo?

Frank se fue y me quedé en la biblioteca con los tres hombres que me habían hecho sufrir más que nadie en mi vida. Sentía sus miradas y los observé. Primero a Beau, quien sostuvo mi mirada durante un segundo antes de apartarla y fijarla en Archer. Dean hizo lo mismo, como si esperara una señal de su hermano mayor.

Bueno, yo los imité porque tenía preguntas, y solo él podía darme las respuestas.

—¿Cómo lo hiciste? —le pregunté a Archer.

—¿Hacer qué?

—Cantrell Manor es vuestra, de tu familia. ¿Cómo es que me la puede dejar a mí en su testamento?

Su expresión cambió. Parecía que se estaba aguantando las ganas de asesinar a alguien. Adivina a quién.

—John engañó a la abuela, le hizo firmar los papeles de donación diciendo que era para comprar una cabaña en la montaña —explicó él.

—Ok, prueba con otra excusa, que esta es demasiado floja —dije, sonriendo tristemente.

—Es verdad, Margot. Lo descubrimos hace seis meses e intentamos arreglarlo, pero John ya estaba en el hospicio y no pudimos hacer nada —explicó Beau.

¿Hospicio?

No pregunté, pero ellos debieron verlo en mi rostro. Fue Dean quien me explicó:

—Fue cáncer. Lo descubrieron demasiado tarde.

—Sufrió mucho —añadió Archer.

Y en ese momento me di cuenta de que yo era una mala persona. En serio, ni empatía ni tristeza, nada. No sentí nada al enterarme de que el abuelo había sufrido.

En mi defensa, puedo decir que, excepto por la sangre que corría por mis venas, no me ataba nada a ese hombre. Fue un déspota conmigo: las bofetadas, las miradas de desprecio, las palabras despectivas.

No podía olvidar todo eso. No podía perdonarlo solo porque había muerto.

—Bueno —dije, poniéndome de pie—. Yo no quiero nada de John Coleman, así que, si

me disculpan…

Archer se puso frente a mí e impidió que me fuera.

—La abuela le cedió todo a John. Todo, ¿entiendes? Si tú no cumples con las condiciones, el dinero será donado a una iglesia y la casa vendida a una empresa que la va a derribar para construir un edificio de lujo. Lo perderás todo —dijo Archer, con la voz grave y cortante.

Cada palabra que salía de su boca expresaba la ira que sentía. Además, estaba reflejada en su rostro: los labios tensos, la mandíbula apretada y los ojos brillando con odio.

No sabía cuánto de ese odio era para mí y cuánto para el abuelo.

—Yo no soy responsable por lo que él hizo —empecé.

—Lo eres, y lo sabes —gruñó Archer.

—¡Oh, vamos! ¿Tienes cerebro en esa cabeza tuya? Porque puedo entender que el dolor hizo que creyeras en las estupideces que dijo el abuelo, pero ahora eres un adulto, por Dios. ¡Yo era una niña! Tenía cinco años y me dolía el oído. ¿Qué culpa tengo yo de que la carretera estuviera mojada, de que mi padre perdiera el control del coche y chocara con...?

—No lo digas —gruñó Archer, mirándome furioso.

Pues sí, como una tonta pensaba que quizás los hermanos hubieran madurado y ya no me consideraban culpable de la muerte de sus padres. Pues no.

—Como decía, no tuve la culpa del accidente, así como tampoco la tengo ahora por lo que hizo el abuelo. Me fui de esta casa, de su vida, hace más de diez años. ¿Lo entiendes? No es mi responsabilidad, y no quiero nada…

—Desgraciadamente para ti, lo que tú quieras no importa —declaró Archer—. Mi abuela no se va a quedar sin la mansión familiar solo porque tuvo la mala suerte de confiar en el cabrón de tu abuelo.

—Ah, ¿pero no era ese ejemplo de hombre, empático, solidario y tan buena persona, que creías que los ángeles iban a bajarlo del cielo? Es lo que dijo Beau, ¿verdad?

—No es… —empezó Beau, pero Archer no le dejó continuar.

—Fuera los dos —gruñó.

Sus hermanos no dudaron en dirigirse hacia la puerta.

—Hey, espera, si vas a intentar convencerme de cumplir las condiciones del testamento, ellos deberían quedarse. Ya sabes, tengo que elegir a uno de vosotros —dije.

Beau y Dean se detuvieron en la puerta y me miraron sorprendidos. Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Dean antes de que sacudiera la cabeza y abriera la puerta.

Luego me encontré sola con mi verdugo.

¿Era mi verdugo? O al menos creo que así se llamaban las personas que debían quitarte la vida.

Quería ser fuerte y seguir adelante, pensar que Archer ya no tenía poder sobre mí. Lo quería, pero temía que iba a conseguirlo de todas maneras.

—Será en vano, así que no lo intentes —dije, decidida a mostrarle que no le tenía miedo.

Archer dio un paso hacia mí y entonces noté su aroma. Era como madera quemada y tierra mojada, una mezcla que te hacía pensar en tormentas a punto de estallar. Cada vez que se acercaba, el aire parecía volverse más denso, como si toda su energía estuviera absorbiendo el espacio a su alrededor. Como si quisiera ahogarme.

—No tienes muchas opciones aquí. Puedes intentar resistir, pero ya sabes cómo funcionan las cosas en mi mundo. Tengo los medios y la influencia para hacer que tu vida se complique mucho más de lo que imaginas, y no, no me importan tus deseos. Al final, lo que te estoy pidiendo no es ni tan difícil ni tan grande, solo cumplir con el testamento. Casarte conmigo. Si no lo haces, ya sabes lo que viene: perderás todo lo que te importa, y será mi culpa... o la tuya, por no hacer lo que debías.

Me eché a reír, porque era mi única opción. ¿Llorar? Ya no tenía lágrimas después de todo lo que lloré por su culpa. ¿Me estaba amenazando? Ok, ¿qué podía hacerme?

—¿Así que ahora crees que puedes controlarme, Archer? No te bastó con destrozarme cuando era una niña, ¿verdad? Y ahora vienes con tus amenazas, obligándome a hacer algo que no quiero, solo porque te conviene. Pues bien, no lo haré, y no puedes obligarme.

Archer había aprendido a no mostrar sus emociones, y yo aprendí a no fiarme nunca de su expresión impasible.

Se acercó a mí, su mirada nunca se apartó de la mía, y la dureza de su voz fue un sutil recordatorio de que era capaz de todo para conseguir lo que deseaba.

—Te lo voy a decir una vez, Margot. No estoy pidiendo que te cases conmigo por mí, por el dinero. Estoy pidiendo que lo hagas por la abuela. Porque si no lo haces, te aseguro que no habrá nada que me detenga para asegurarme de que ella sufra lo menos posible. Y no olvides que tengo los medios para hacer de tu vida un infierno.

Ya sabía que Archer no estaba jugando, que sus palabras llevaban el peso de todos los años en los que me atormentó. Y cuando mencionó a Eliza, el aire se tensó. Él haría lo imposible por ella, mataría por su abuela.

Yo también lo hice por ella, aguanté durante muchos años solo para no causarle sufrimiento. Pero no, ya no podía seguir. No podía hacerlo otra vez.

Aceptar casarme con Archer era tan imposible como pedirle a un vampiro que diera un paseo y disfrutara del sol.

Él tomó mi silencio exactamente como pensaba, como era: una negación.

—Sabes que la abuela es la única persona que me importa en este mundo y me obligas a tomar una decisión que no quiero. No quiero verla atrapada en esto, y creo que tú tampoco quieres ver a tu amiga sufrir lo mismo.

Fue imposible detener el miedo que se reflejó en mis ojos. Lo sentía y lo sabía por la expresión de Archer. La conocía bien, no era júbilo, era algo que nunca fui capaz de descifrar. Era una combinación de placer al verme sufrir, de poder, de tristeza, de desprecio.

Archer se acercó aún más, su presencia envolvente y casi opresiva obligándome a dar un paso atrás, luego otro, hasta quedar atrapada entre su cuerpo y la estantería repleta de libros.

—Y sé exactamente cómo usar a tu amiga. No dudaría en hacerlo si me fuerzas a dar el siguiente paso. Piénsalo bien. Sé lo que significa ella para ti, Margot. Tu amiga, la mujer que te ha apoyado en cada paso en los últimos años, la que ha sido tu familia en todo este tiempo. La que tú crees que es intocable. Yo puedo hacerle daño, y te aseguro que ella no verá venir lo que tengo preparado. Elige bien.

Estaba equivocada. Pensaba que ellos no sabían dónde estaba, pero ahora veía que solo me permitieron vivir creyendo que estaba a salvo, disfrutar de la vida solo para que este momento fuera más duro. Más duro para mí, mejor para ellos.

Ahora tenía una debilidad (una más que antes), sabía cómo era la vida fuera de esta mansión, fuera de su control.

Archer no solo me amenazaba, también me daba la posibilidad de decidir, como si pudiera hacerlo.

Estaba realmente atrapada, sin salida. Podía rechazar la herencia, no cumplir con las condiciones, y entonces las dos mujeres que significaban algo para mí, dos mujeres inocentes, iban a sufrir.

No físicamente, al menos Eliza estaría a salvo de eso porque Archer no le haría daño, pero la traición del abuelo, del hombre que ella amó, que permitió entrar en la vida de sus nietos, podría ser demasiado. Total, ella tenía más de setenta años.

Luego estaba Rose.

Ella sí que no se merecía nada de eso. ¿Qué error cometió? Ninguno, simplemente tuvo la mala suerte de acompañar a su abuela al hospital un día. Nos conocimos cuando yo iba corriendo para entregar un peluche y ella iba distraída con el teléfono móvil.

Chocamos, caímos de culo las dos, haciendo reír a un grupo de niños de la planta de oncología y a sus acompañantes. El peluche no sufrió daños, el teléfono tampoco, pero no se podía decir lo mismo de mi trasero. Tuve un moretón durante semanas.

Nos disculpamos una con la otra, Rose hizo una reverencia a los niños que la aplaudieron y nos despedimos. Dos días después me había olvidado del incidente hasta que ella me paró en la entrada del hospital.

Verás, ella iba distraída, a punto de enviarle un mensaje de texto a un chico, declarando su amor eterno, pero con el choque y todo ya no pudo. Al día siguiente averiguó que era una broma, que el chico salía con ella y luego lo compartía todo con sus amigos, compañeros de instituto de Rose.

Fue una broma estúpida. Rose fue el hazmerreír de todos, pero por lo menos podía mentir y decir que solo fue un capricho. Una declaración de amor hubiera sido imposible de olvidar.

La adolescencia era una etapa muy dura en la vida de las personas. Yo, por lo menos, me libré de esa parte: la de los compañeros y amigos del instituto. En primer lugar, porque nunca fui al colegio, me educaron en casa; y en segundo, cuando por fin pude ir, ya sabía cómo iba la cosa y pude protegerme.

En fin, Rose vino a darme las gracias por chocar con ella. Fue el destino, o eso pensaba ella. Nos hicimos amigas ese mismo día y aquí estábamos, casi diez años después.

¿El destino?

Su vida corría peligro por conocerme. Si eso era lo que el destino quería, es que alguien debería ir a darle una charla sobre cómo debía hacer su trabajo.

Por mi culpa, ella estaba en esta situación y no tenía otra opción que ceder a Archer. Eso sería una traición en toda regla hacia mí misma, pero ¿qué otra solución había?

—Casarme contigo será lo que tenga que hacer para salvar a mi amiga, pero que no te equivoques: lo hago por ella, por tu abuela. Y que no se te olvide que esto no tiene nada que ver contigo. Cada vez que me mires, recuerda que ya no soy una niña y te voy a devolver los golpes.

Por un momento, Archer se quedó dónde estaba, mirándome, pensativo. Luego se encaminó hacia mí, y la intensidad de sus pasos era casi como una advertencia, indicándome que lo que iba a decirme no me iba a gustar.

—Tienes la impresión de que eres tú la que toma las decisiones aquí, pero no es verdad, querida Margot. Eres mía. Fuiste mía desde que pusiste un pie dentro de esta casa. Serás mía hasta que yo lo diga, y lo único que ha conseguido John es darme el poder legal de hacer contigo lo que me plazca. Serás mi esposa ante los ojos de Dios y ante los de la ley, y recuerda, querida, que nadie puede salvarte.

El aire estaba cargado de una tensión palpable que amenazaba con envolverme, con quitarme el poco control que me quedaba.

Archer, con su presencia arrolladora, se acercó lentamente, sin prisa, pero sin duda decidido a demostrarme lo que había dicho pocos segundos antes.

Las condiciones del testamento me ponían en su casa, me dejaban a su merced, y no podía correr, aunque lo quisiera.

Me mantuve erguida, con los labios sellados y el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, como si la sola proximidad de él pudiera desatar el infierno.

Estaba segura de que, por más que intentaba mirarlo desafiante, era imposible ocultar el destello de inseguridad que titilaba en mis ojos. Intentaba aferrarme a la coraza que había ido creando y fortaleciendo en los últimos años, pero sabía que todo podía romperse en ese momento.

Todo lo que tenía que hacer era acercarse un poco más.

Y lo hizo.

Me observó por un instante, su mirada oscura, casi como si estuviera evaluando sus varias opciones. Por un segundo, creí que él no lo haría, que dejaría pasar la oportunidad de jugar conmigo.

Pero luego dio un paso, el último hacia mí, y con un gesto casi imperceptible, sus dedos se posaron sobre mi mejilla. Eran tan fríos como su presencia. Deslizó la otra mano a mi alrededor y me atrajo hacia él.

¿Por qué se lo permití? No sabría decir.

No me moví. No es que tuviera cómo o a dónde. Tenía a Archer delante y la pared detrás. Y no sé qué me pasó, lo vi inclinar la cabeza, acercar su rostro al mío y no dije nada. No dije no.

No grité.

Esperé.

El primer roce de sus labios fue ligero, breve, pero electrizante, como si el aire entre nosotros se hubiera encendido.

La sorpresa me paralizó por un instante, pero pronto algo en mí se rompió y me encontré respondiendo. Mis labios se encontraron con los suyos de una manera más firme, como si ambos supiéramos que esto no era un gesto de cariño, ni siquiera química.

Era una guerra silenciosa.

El beso se alargó durante unos segundos que parecieron una eternidad, llenos de frialdad calculada de parte de Archer, mientras yo, aunque lo deseaba más de lo que quería admitir, luchaba por no dejarme llevar por lo que sentía, por no ceder ante ese magnetismo oscuro que emanaba de él.

Finalmente, cuando sus labios se separaron, el silencio se hizo aún más pesado. Nos miramos mientras él daba un paso atrás y yo trataba de recuperar la compostura.

Sabía que no debía abrir la boca y hablar, pero lo hice de todos modos, como si me gustara sufrir.

—No has mejorado nada, Archer. Tus besos siguen siendo malos.

En un instante, Archer se acercó de nuevo, rodeándome con sus brazos y acercándome a él. Sentí que mi respiración se cortaba, el aire se volvía aún más denso entre nosotros.

—Y tú sigues siendo la misma chica inexperta —gruñó, con un tono que me hizo estremecer.

Luego bajó la cabeza y me besó de nuevo, el contacto más firme esta vez. El calor de su boca me hizo temblar, y sentí cómo la atmósfera a nuestro alrededor se volvía aún más densa. El beso no fue suave, pero tampoco violento; era como si me estuviera probando, midiendo hasta dónde llegaría.

Mi corazón comenzó a latir más rápido, y el roce de su lengua sobre mis labios despertó una sensación que no pude identificar del todo. ¿Era el deseo? No quería ceder a eso, no en esa situación.

El beso se alargó, y aunque su proximidad me alteraba, algo en mí luchaba por mantenerme firme, por no perder el control.

Cuando finalmente se separó, mis labios se sentían sensibles, casi hinchados. No quería admitirlo, pero no deseaba que se apartara.

La tensión seguía flotando entre nosotros, como una corriente eléctrica, pero con algo más profundo que no sabía cómo manejar.

¿Qué diablos estaba haciendo?

Archer era el enemigo que acababa de usar a mi amiga para obligarme a casarme con él. ¿Y qué hice yo? Me perdí en sus besos.

¡Maldita sea! ¿Por qué no simplemente me quitaba el corazón y se lo entregaba en bandeja? Ahora tenía tres armas en mi contra: Rose, Eliza y mi propia debilidad.

¿Cómo podía sentirme atraída por Archer? Era un misterio mayor que la Atlántida.

—¿Decías? —preguntó Archer.

No desperdicié la oportunidad de restregárselo. Lo que no sabía Archer era que, es cierto, no tenía experiencia, pero era muy buena en teoría. Podía intentarlo, pero era difícil ocultar cómo su cuerpo reaccionó al beso.

No dije nada. Simplemente bajé la mirada hacia su entrepierna y eso fue suficiente.

—Tienes doce horas para decidir qué tipo de boda quieres, en el juzgado o por todo lo alto —dijo, antes de girarse y marcharse de la biblioteca.

Estaba en un buen lío.

Capítulo 5

Margot

No.

No había pasado.

Estaba en mi cama, teniendo una pesadilla, y en cualquier momento me despertaría para ir a trabajar. Pero cerré los ojos, los abrí, y todavía estaba en la biblioteca. El colgante de Rose se reflejaba en el cristal del armario. Mis labios se sentían extraños y, al tocarlos con los dedos, los noté más sensibles.

O sea, que no fue una pesadilla.

Archer me besó, y no solo eso, yo se lo permití y había algo peor. Me había gustado.

¿Lo entiendes? Si esto no es un síndrome de Estocolmo, no sé qué más podría ser. ¿Cómo es posible que disfrute de su beso después de todo lo que me hizo?

Me asusté cuando se abrió la puerta y Archer volvió a entrar. Su mirada bajó hacia mis labios, donde mis dedos aún los acariciaban, y no sé qué pasó por su mente, pero la intensidad en sus ojos me hizo sentir incómoda.

—Ni una palabra de esto a la abuela —dijo con voz grave.

—Claro, no le voy a decir que me has besado.

—Del testamento, Margot. Besos habrá más, porque nos vamos a casar, y ella no es tonta. Tendrás que fingir bien para demostrarle que me amas.

—¿Qué? No, no, y mil veces no. Me voy a casar contigo para salvar a Rose y Cantrell Manor, pero no voy a fingir nada. Es un matrimonio de convivencia, de toda la vida, sin besos, sin amor, sin nada de nada.

—¿Sin amor, Margot? ¿Estás segura de eso? —preguntó Archer, su voz llena de algo que no supe identificar.

La sorpresa me dejó sin palabras. Tardé un poco en recuperar mi voz:

—¿Estás insinuando que siento algo por ti?

—Oh, sí, querida Margot, sientes mucho por mí —dijo Archer, con una sonrisa que no me gustó en lo más mínimo.

—Odio, eso es lo que siento por ti, por tus hermanos. ¿Cómo podría sentir otra cosa por ti después de todo? ¿Acaso has olvidado lo que me hiciste? —exclamé, mi voz cargada de rabia.

—¿Qué le has hecho a Margot, Archer? —preguntó Eliza desde la puerta, que alguien había dejado abierta. Por alguien quiero decir, claro, Archer.

Su error, su boca grande, su problema.

Me crucé de brazos y esperé, expectante, a ver qué explicación le daba a su abuela.

—Margot se marchó por mi culpa. Se enamoró de mí, y confieso que yo también sentía algo por ella, pero la diferencia de edad, nuestra situación, todo eso, me llevó a rechazarla —dijo Archer, su tono grave.

¡Dios! Lo había subestimado. La historia era tan convincente que seguramente alguien de Hollywood ya la estaba buscando para convertirla en guion.

—¡Oh, Dios, Margot! —exclamó Eliza, con lágrimas en los ojos, mientras se acercaba y tomaba mis manos con las suyas, como si hubiera sufrido alguna revelación.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó, preocupada.

Bueno, porque sentía algo por tu nieto… pero no era amor. Los dos sentíamos lo mismo el uno por el otro. Odio.

No obstante, al abrir la boca y hablar, otras palabras salieron:

—Era una niña, Eliza. Tenía miedo.

No era mentira. Tenía miedo de lo que me haría Archer si hablaba.

Miré a Archer, y juro que no entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Sabes cómo me estaba mirando? Con orgullo, como si hubiera hecho un descubrimiento que iba a cambiar el futuro de la humanidad.

¿Qué demonios estaba pensando este hombre?

—Pero ahora Margot ha vuelto y —empezó él, pero Eliza giró la cabeza hacia su nieto.

Pude ver la esperanza y la alegría en su rostro. Maldije en silencio, porque el muy cabrón sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Eliza era una romántica, y si tomabas en cuenta que amaba a su nieto y yo la quería a ella, la combinación de ambos parecía un cuento hecho realidad.

Menudo lío había armado el abuelo, esperaba que se estuviera calentando bien ahí abajo.

—Y ahora podéis estar juntos —dijo Eliza, con una sonrisa radiante.

¡Maldita sea! Ella ya nos estaba planeando la boda, el bautizo de los niños, y yo, una vez más, atrapada.

Eliza me abrazaba, me animaba cada vez que me encontraba llorando a solas, en silencio. Ella pensaba que era por la pérdida de mis padres, pero la verdad era otra, y nunca fui lo suficientemente valiente como para contarle lo que realmente sucedía en mi corazón.

Y ahora tampoco lo haría.

—Oh, voy a decir que preparen las habitaciones —dijo Eliza, apresurándose hacia la puerta.

—¿Habitaciones? —pregunté, confusa.

—Sí, cielo. Rose me comentó que habéis pasado la noche en una habitación de hotel y tú sabes muy bien lo que pienso de eso.

—Eliza, el trabajo —empecé, pero ella no me dejó continuar.

—Rose dice que no trabaja el fin de semana, y tú tampoco. No veo por qué no os podéis quedar aquí.

Para siempre. No lo dijo, pero lo pensó, y eso se reflejó claramente en su rostro. Se marchó feliz, sin saber que yo me estaba ahogando, que en ese preciso momento me sentía como si estuviera sumergida en un pozo oscuro.

No podía volver. Quería proteger a Rose, salvar Cantrell Manor para Eliza, pero no podía regresar aquí y vivir ese infierno nuevamente. Era mayor, más fuerte, pero también conocía el daño que Archer podía infligirme.

—¿Estás bien? —me preguntó él.

—¿Te importa? Oh, sí, porque si muero antes de la boda no podrás heredarlo todo —respondí, con desdén.

De repente, Archer se acercó.

Eliza me mantenía aquí, me animaba, me daba fuerzas, pero a veces no era suficiente. A veces me aferraba a otros pensamientos para aguantar un poco más. A veces me imaginaba una vida diferente. Imaginaba que uno de los enfrentamientos con Archer me tiraba por las escaleras y no me levantaba.

Me moría.

Luego empezaba de nuevo. Una vida nueva, con los mismos padres, sin tragedias, sin sufrimiento, solo felicidad.

Las personas sufrían ataques de ansiedad, por miedo o estrés. Podría sucederme a mí y entonces sería libre.

—Hey, Margot, vuelve aquí —ordenó Archer, su tono autoritario.

Lo miré. Estaba más cerca de lo que esperaba, justo frente a mí, y sus manos frías se posaron sobre mis mejillas.

—¿Volver? No me he ido.

—Estabas pensando en algo —dijo, enfatizando las últimas palabras.

—¿Eso? —respondí, con sarcasmo.

—¡Dios! No entiendo qué diablos hiciste todos estos años —gruñó.

—He vivido, Archer, eso hice.

—Ya. Has crecido, pero no has madurado nada. Veo que tendré que estar pendiente de ti como si tuvieras cinco años. Por ahora, sube a tu habitación. Le diré a la abuela que querías descansar antes de la cena.

Un nudo se formó en mi estómago y un escalofrío recorrió mi columna cuando él me agarró de la mano. No como lo haría con una pareja, no. Me sujetó de la muñeca, como si fuera una prisionera.

Lo era, ¿no?

Salimos de la biblioteca y me condujo por el largo pasillo de la casa hacia las escaleras.

Sus pasos resonaban firmes y autoritarios en las paredes de la mansión. Caminaba como si fuera el dueño, y algún día lo sería.

La luz suave de la tarde se filtraba por las ventanas, tiñendo el primer piso de un aire onírico, casi de cuento. Sus hombros anchos, su mandíbula tensa, su forma de caminar, tan segura, me hizo desear estar en cualquier otro lugar.

Cualquier otro lugar. Incluso iría al infierno si eso significara escapar de él.

Finalmente se detuvo frente a lo que una vez fue mi habitación.

—Vendré a recogerte antes de la cena —dijo, con un tono que no admitía discusión.

No contesté.

¿Qué podía decir? ¿No, gracias? ¿Quiero que la tierra se abra y me trague?

Mis palabras quedaron atrapadas en mi garganta, ahogadas por la nueva situación, por la desesperanza que se apoderaba de mí. Yo, que había pasado diez años intentando olvidar lo que había sucedido en esta casa, intentaba procesar todo lo que había ocurrido ese día.

Pero, de todo lo que había pasado, mi mente no dejaba de dar vueltas a una sola frase.

No has madurado nada.

Algo en sus palabras me dejó helada. Estaba tan seguro. Lo decía con tal desdén, como si no fuera capaz de cambiar, de madurar. Parecía que me veía como la misma persona ingenua que se había marchado.

Solté su mano, abrí la puerta y me detuve en el umbral. Archer me miró y sonrió de esa manera suya que tanto odiaba. Como si no notara mi desconfianza, mi incomodidad, mi impotencia, mi pena.

¿Cómo podía ser tan arrogante? ¿Tan distante?

Me encogí de hombros, con los puños apretados a los lados, el corazón acelerado y la respiración casi contenida. Era inútil hablar en ese momento. Sabía que cualquier cosa que dijera ahora solo sería un pequeño, insignificante detalle para él.

La decisión estaba tomada y, conociéndolo como lo conocía, ya lo tenía todo planeado. No había espacio para mi opinión, no había espacio para lo que yo pensara o sintiera. Porque en su mundo, solo él importaba, y todo lo demás era secundario.

Yo solo era su juguete, una pieza más en su juego.

El silencio entre nosotros se hizo denso. Él, de pie en el pasillo, y yo, al borde de esa habitación que alguna vez fue un refugio, pero que ahora era una prisión. Cerré los ojos un instante, intentando calmar la rabia que me burbujeaba en el pecho, deseando que mi voz pudiera escapar de mis labios y estrellarse contra su indiferencia.

—No pierdas la fe, querida Margot. Quizá en diez años más encuentres la manera de madurar —dijo con una sonrisa que me hizo hervir la sangre.

Y entonces lo hice. Encontré mi valor y di un paso hacia él. Lo hice rápido, igual de rápido levanté la mano y lo abofeteé.

Oh, y se sintió tan bien.

No tenía la fuerza suficiente para hacerle daño, mi mano ni siquiera dejó marcas en su mejilla, pero el sonido, el sonido de la bofetada, fue como música para mis oídos.

¿Y la sorpresa en sus ojos? Increíble. Iba a recordar esa mirada durante el resto de mi vida, que podría ser muy larga o corta dependiendo de cómo reaccionara Archer a este golpe.

Su mirada se volvió dura y fría, atravesándome con tal intensidad que me hizo vacilar. Archer no se movió, ni siquiera se tocó la mejilla. Solo sus labios se curvaron en una sonrisa torcida, cargada de desafío y algo que en los años pasados no supe identificar. Ahora tampoco lo sabía, pero sentía que era peligroso.

En sus ojos brillaba una furia contenida y, a pesar de la fachada de arrogancia, yo sabía que la bofetada había tenido un impacto. Un ataque que Archer no iba a olvidar fácilmente, uno por el que, sin duda, iba a pagar muy caro.

Me arrepentí, claro. También me sentí culpable porque había roto una promesa. Juré nunca hacerle daño a nadie, ni siquiera a los que lo merecían. Me negaba a ser como ellos, una persona cruel, violenta, sin empatía.

Pero ahora veía lo que había pasado. Medio día en su presencia y había sacado lo peor de mí. No quería pensar en qué tipo de persona me estaba convirtiendo. ¿Qué quedaría de mí en unos años?

—Descansa —dijo, con su tono frío y distante.

Si él pensaba que yo no valía nada, que no había madurado, que era la misma persona de hace diez años, entonces que lo pensara. Yo sabía que había cambiado. Había crecido, me había vuelto más fuerte, más valiente. Ya no era la niña que se escondía, que temía su sombra, que apenas respiraba sin mirar alrededor por si molestaba a alguien. No, no otra vez.

Yo era yo. Y no me quedaría allí para ser su sombra, para convertirme nuevamente en esa persona que se sentía invisible, indefensa, como si no tuviera derecho a existir. No otra vez.

Finalmente, me adelanté, cruzando la puerta sin decir palabra alguna. Ya no quería pensar. Estaba cansada de analizar lo que sentía, lo que había hecho, lo que podría hacer. Sólo quería estar sola.

Al entrar en la habitación, me di cuenta de que Eliza había redecorado. Mi habitación, la misma que había sido testigo de tantas transformaciones, estaba ahora diferente. Estaba ubicada en el segundo piso de Cantrell Manor, y había sido el refugio que me vio crecer, desde la niña rota de dolor por la pérdida de mis padres hasta la adolescente que buscaba un lugar seguro en medio del caos. Estaba segura de que las paredes guardaban los secretos de mi infancia y de mi adolescencia, esos años que parecían lejanos, pero que aún me pesaban.

En un primer vistazo, la habitación parecía un refugio de ensueño. Grandes ventanales dejaban que la luz del sol inundara el espacio, creando una atmósfera cálida y acogedora. Las cortinas de lino en tonos pastel caían suavemente hasta el suelo, enmarcando la vista de un jardín perfectamente cuidado, como siempre. El aire fresco y limpio que entraba por la ventana hacía que el lugar pareciera ajeno a todo lo que había sucedido fuera de esas paredes.

El papel tapiz, que antes era de un alegre diseño floral, había sido reemplazado por uno

más sofisticado, con un patrón sutil de hojas doradas sobre un fondo marfil. Me gustaba, pero no pude evitar que una punzada de tristeza me recorriera al darme cuenta de que Eliza me conocía mejor de lo que pensaba. Sabía lo que necesitaba sin que yo le dijera nada.

En una esquina había colocado un antiguo escritorio de madera oscura, con intrincados tallados. Había pertenecido a la madre de Eliza, y lo había visto muchas veces en una de las habitaciones de arriba, siempre deseando que fuera mío. Eliza nunca me lo ofreció, pero siempre me decía que algún día sería mío. Me acerqué a echar un vistazo a los libros que descansaban sobre el escritorio. Poesía, novelas clásicas, y en la parte inferior, una novela romántica. Un leve suspiro se escapó de mis labios al ver el título, tan familiar.

También habían traído una pluma y un tintero, recuerdos de aquellos momentos en los que me sentaba con Eliza, maravillada por su paciencia, viéndola escribir con la calma que yo nunca había tenido. Ella me enseñó a leer y a escribir, me mostró la belleza de las palabras cuando todo lo demás en mi vida parecía oscuro.

¡Dios! ¿Cómo pude marcharme, cómo pude hacerle eso a Eliza después de todo lo que hizo por mí?

Tenía que descansar. Lo sabía, pero mi mente no dejaba de dar vueltas. Miré la cama. También había sido reemplazada. Cuando vine a vivir aquí, tenía una cama rosa, como de una casita de muñecas, hasta que Eliza me llevó a comprar una más adecuada para una niña de diez años. Esa fue la cama que tuve hasta que me marché.

Ahora, en lugar de aquello, había una majestuosa estructura de hierro forjado pintada de blanco, vestida con sábanas de algodón egipcio y una colcha de seda en tonos suaves. Sobre la cama, un dosel de gasa blanca añadía un toque de romanticismo. Los cojines, de diferentes texturas y colores, aportaban un aire acogedor, cálido y personal.

Me quité los zapatos, sentí el suelo frío bajo los pies, y me tumbé en la cama, tratando de encontrar algo de paz. Pero entonces vi el sillón.

En el lugar donde antes había un rincón de juegos, ahora se encontraba un elegante sillón tapizado en terciopelo azul marino, acompañado de una pequeña mesa de café. Este mismo espacio lo tenía Eliza en su dormitorio, y yo siempre había sentido una extraña fascinación por ese rincón. Era un refugio para la lectura y la contemplación, donde encontraba revistas de moda, libros y una taza de té verde. A veces, me sentaba allí, simplemente observando cómo Eliza disfrutaba de su tiempo en silencio, como si el mundo exterior no existiera.

Me acerqué al sillón, me dejé caer en él y miré alrededor. Cantrell Manor seguía siendo lo mismo, pero ahora todo parecía diferente. La sensación de estar atrapada, de estar obligada a enfrentar un pasado que no había terminado de entender, seguía en mis venas. Pero también había algo de esperanza. Algo en mi interior me decía que tal vez aún pudiera encontrar mi propio camino. O al menos, eso quería creer.

¡Jesús!

¿Qué había hecho?

Capítulo 6

Archer

La risa de mis hermanos resonó en la biblioteca, y no podía culparles.

Margot se había atrevido a abofetearme. Todavía me tenía miedo, y, siendo honesto, no la culpaba. La había tratado mal, y lo cierto era que iba a seguir haciéndolo. No podía simplemente cerrar los ojos a lo que estaba pasando y dejarla marchar sin más.

No podía perder Cantrell Manor.

—Quizás deberíamos decirle la verdad —propuso Beau, como si fuera lo más sencillo del mundo.

—Sí, es una buena idea. Margot es una mujer con la cabeza bien puesta sobre los hombros. Nos ayudará —dijo Dean, confiado, como siempre.

—¿Eso crees? —respondí, mis palabras cargadas de escepticismo

—Sí, hombre, la has amenazado con hacerle daño a su amiga y ahora Margot te odia más que antes. Sigo creyendo que hubiera sido mejor decirle la verdad en lugar de obligarla a casarse contigo —continuó Dean.

—No podíamos arriesgarnos —dije, con firmeza.

Era la verdad. No podíamos dejar nuestra herencia en las manos de Margot, no después de todo lo que le habíamos hecho.

—¿Cómo te fue con Harley? —preguntó Beau.

Harley Craig. Un cabrón avaro como ninguno que había conocido en mi vida.

En otros tiempos, el apellido Cantrell significaba algo. Había una fortuna atada al nombre, pero ya no tanto y a pesar de todos mis esfuerzos no pude recuperarlo todo. Pero no iba a descansar hasta devolverle a mi familia todo lo que le pertenecía.

Los bisabuelos, Fred y Vivian, tuvieron una sola hija, a Eliza. La mala suerte siguió a la abuela desde que era una niña pequeña, cuando su padre falleció en un accidente estúpido. Se cayó del caballo, quiso hacerse el duro, no dejó que nadie le atendiera la pierna herida, que se infectó. Al final, murió.

Su madre, Vivian, dejó la fortuna en manos de abogados que no sabían nada de dinero, pero aún quedaba suficiente cuando ella falleció tres días después de que la abuela cumpliera dieciocho años.

Entonces, Eliza conoció al hijo del abogado que se encargaba de todos los asuntos legales. Se enamoraron y se comprometieron. Daniel, el prometido, falleció tres días antes de la

boda al derrumbarse el tejado de su casa.

Dejó a la abuela desconsolada y embarazada. Ella tuvo a mi padre, a pesar de las habladurías de la gente, y al final todo salió bien. O eso pensaban ellos. La vida, una vez más, le demostró a la abuela que su sufrimiento no había terminado.

Mis padres murieron en un accidente y lo único que le quedaba a la abuela de su único hijo éramos nosotros, sus tres nietos.

Por más que intenté descubrir qué le hizo aceptar la propuesta de matrimonio de John, fue en vano. No lo entendía. El hombre era encantador, la abuela lo trató con mucho cariño y nunca, nunca la vi enfadada o triste por su culpa.

Pero nos la coló bien. La engañó para quitarle lo último de los Cantrell, la mansión. Y todo para dejársela a su nieta. Lo peor no era eso. Podía encargarme de Margot, pero no podía con lo que pasaría con la mansión si ella se negaba a cumplir con las condiciones del testamento.

Harley Craig, el dueño de la empresa que heredaría Cantrell Manor. Y no solo eso, era el hombre que luchó por el amor de la abuela antes de Daniel y después de su muerte. El hombre se casó, tuvo dos hijos, pero cuando me encontré con él lo primero que hizo fue preguntar por la abuela.

Mi secretaria llevaba semanas intentando conseguir una cita con él y finalmente la consiguió el día después de la muerte de John. No era una coincidencia y tenía la impresión de que, de alguna manera, Harley ya sabía sobre las condiciones del testamento.

El despacho de Harley era un santuario de opulencia decadente, algo que no había visto antes y que no quería ver de nuevo.

La luz amarillenta de una lámpara de araña de cristal brillaba sobre su escritorio de roble tallado a mano. En las paredes, cuadros de paisajes clásicos, todos firmados por artistas de renombre. Un gran reloj de péndulo marcaba el paso de los segundos con una sonoridad monótona, y el aire estaba cargado del suave aroma de un habano que Harley sostenía entre sus dedos.

A pesar de su avanzada edad, tenía una gran melena canosa y una mirada penetrante. Estaba sentado en su sillón de cuero, con una sonrisa cruel dibujada en su rostro. Su atuendo, un traje de tres piezas oscuro, dejaba claro su riqueza, aunque su rostro, marcado por arrugas y cicatrices de una vida llena de manipulaciones y traiciones, lo delataba como un hombre que había dejado su alma en el camino hacia la acumulación de poder.

No había nada que Harley no hiciera para conseguir sus propósitos, y ahí podía decir que teníamos algo en común.

Yo llevaba un impecable traje de diseñador, que costaba más de lo que hubiera querido admitir. Era suave y elegante, aunque lo que más me gustaba en ese momento era que conseguía ocultar el sudor frío que recorría mi espalda.

A mis treinta años, ya había conocido a muchos hombres, dignos adversarios contra los que luché, no literalmente, claro, aunque ahora me encontraba ante un hombre que no iba a ceder fácilmente.

Harley levantó una copa de vino desde su escritorio y la agitó lentamente, observando el

brillo rojo del líquido como si contemplara la sangre de una futura víctima. O sea, la mía.

Con una sonrisa amarga, levantó la mirada hacia mí.

—¿Qué te trae por aquí, Archer? —dijo, dejando escapar una risa baja, casi burlona—. ¿Acaso estás buscando un reemplazo para ese viejo tonto? Estoy segura de que Eliza lo sabrá apreciar.

Tragué saliva, con la mandíbula apretada. Sabía que mi misión no sería fácil y que el reloj ya estaba corriendo, pero romperle la nariz a un anciano no iba a conseguirme lo que deseaba.

—No vine aquí a hablar de mi abuela, Harley —respondí con tono frío, sin dejar que la provocación me afectara—. Vine por algo mucho más interesante. Estoy dispuesto a hacerte una oferta que no podrás rechazar.

Harley me miró fijamente, con una expresión que indicaba que no esperaba nada bueno. A lo lejos, el sonido de un teléfono vibrando en su escritorio fue el único indicio de que el tiempo avanzaba.

—¿Qué tipo de oferta? —preguntó, sin moverse de su lugar, pero con un leve resplandor de interés en sus ojos—. Ya sabes que no tengo necesidad de ninguno de tus negocios. ¿Qué me vas a ofrecer? ¿El viñedo? No me impresiona. Lo que busco es algo mucho más grande, más interesante.

Me acerqué al escritorio y apoyé una mano sobre la madera pulida, mis dedos tamborileando levemente sobre su superficie.

—No se trata de dinero, Harley. Es sobre la solidaridad. Quiero hacerte una oferta para el Centro Puppy.

Harley se tensó de inmediato, el vaso de vino casi resbalando de su mano. Su mirada se endureció y su respiración se volvió más pesada.

¡Maldita sea! El viejo lo sabía.

—¿Qué estás sugiriendo? —su voz se volvió más baja, casi un susurro amenazante—. El centro es de Della. Es su proyecto especial.

Respiré hondo, observando cómo la avaricia se reflejaba en los ojos de Harley. Sí, avaricia..

El Centro Puppy era un refugio para animales y no podía salir adelante sin las donaciones. Harley no donaba ni un céntimo de su fortuna al centro, solo iba a las fiestas que organizaban para hacerse unas fotos y fingir que le importaba. Le jodía mucho no tener ningún control sobre la vida de su hija.

John nos había jodido bien. Si Margot no se casaba conmigo, entonces Cantrell Manor se vendería a una empresa hotelera que pertenecía a Harley Craig. Pensaba ofrecerle un porcentaje del centro.

Nuestro plan no tenía muchas oportunidades de éxito, pero había que intentarlo.

—Te ofrezco la oportunidad de invertir en el centro Puppy. Cincuenta por ciento de las

acciones.

Harley me miró en silencio durante un largo momento. La oferta era buena, pero no era tan tonto como para no darse cuenta de que algo no encajaba. El Centro tenía ningún valor económico, pero eso a Harley le importaba poco.

Él quería el control.

—¿Por qué ahora? —preguntó Harley, con desconfianza. Su voz se llenó de suspicacia —. ¿Qué ganas tú con este trato? No eres tan generoso. ¿Qué escondes detrás de esa oferta?

Le devolví la mirada sin inmutarme y decidí jugar mi última carta.

—Lo que escondo es tiempo, Harley. Sabes muy bien que llevo mucho años intentando recuperar el dinero y todas las propiedades de la familia. El centro trae beneficios, no te voy a mentir, pero necesita demasiado tiempo y eso es algo que yo no me puedo permitir perder ahora.

Harley se reclinó en su sillón, sus dedos acariciando el borde de la copa mientras pensaba. La tentación de poner sus manos sobre el centro era demasiado fuerte para resistir. Lo veía en sus ojos.

—Buena oferta —murmuró finalmente, casi para sí mismo, pero con una sonrisa que se formaba lentamente en su rostro—. Pero no estoy interesado, excepto si aceptas mi oferta. Diez dólares.

Con esas palabras, Harley se levantó lentamente y sonrió.

Diez dólares.

Era una broma de oferta y eso significaba que Harley sabía que no iba en serio con el trato, que nunca le vendería ni siquiera un centímetro del centro.

—Interesante oferta, pero no, gracias.

∞∞∞

Después de la reunión, volví a casa y pasé el resto de la noche acompañando a la abuela. No durmió en absoluto, ni lloró por la muerte de su marido. Simplemente pasó la noche entera sentada en el sofá, mirando fijamente hacia la ventana.

Si hubiera sabido lo que estaba pensando, lo que estaba planeando hacerle a Margot, me habría tirado de las orejas y castigado, o algo peor. Pero es que no tenía otra opción, y no es que no hubiera intentado encontrar una alternativa.

La buscamos desde el primer momento en que Dean encontró una copia del testamento en el despacho de John. Era demasiado tarde para forzarlo a cambiar algo, y la vía legal era demasiado larga y complicada. Podría ir a juicio, pero demostrar que John había engañado a la abuela y que Cantrell Manor no era realmente suyo solo causaría más daño del que ya habíamos sufrido.

Casarme con Margot era la única opción en la que la abuela no sufriría. De hecho, a ella le traería algo de alegría. La abuela había sufrido mucho cuando Margot se escapó de casa, dejando atrás unas pocas palabras escritas en un papel rosa:

Quiero ver el mundo. Eliza, te llevaré siempre en mi corazón.

Nada para su abuelo, nada para nosotros. No esperaba que Margot dijera algo tan emotivo como que a mí también me amaría para siempre, no. Pero tenía miedo de que le dijera la verdad a la abuela. Pero ahora… Margot podía intentarlo, pero nadie creería sus palabras, no después de tantos años.

A mí también me costaba creer que había sido capaz de comportarme de esa manera. Era un niño asustado, que sufría por la pérdida de sus padres, que solo quería ayudar, esa era mi excusa, pero ahora me parecía una justificación débil.

Lo peor de todo es que tenía que hacerlo de nuevo.

Capítulo 7

Margot

Me quedé dormida, no quería, pero pasó.

Me despertaron los golpes en la puerta, y después de gritar que entrara, volví a tumbarme. No estaba preparada para un nuevo encuentro con Archer; no tuve tiempo de poner orden en mis pensamientos.

Afortunadamente, escuché la exclamación de asombro de mi amiga. Rose había entrado en la habitación y estaba mirando, con los ojos grandes, a todas partes.

—¡Me encanta! ¿Qué tengo que hacer para quedarme a vivir aquí? —preguntó.

—Renunciar a tu trabajo, a tu casa y mudarte —respondí.

Entonces entendí que mi inconsciente ya había tomado la decisión: iba a casarme con Archer.

—¿Cómo? —preguntó Rose.

Ella se sentó en la cama y esperó mi explicación. Nunca le había mentido, pero había cosas importantes que había guardado para mí misma. No sabía si decirle toda la verdad o solo una pequeña parte.

Al final, decidí compartir lo justo.

—El abuelo le quitó Cantrell Manor a Eliza. Para recuperarla, tengo que casarme y vivir aquí con Archer —le expliqué.

Ella me miró fijamente, como si intentara leerme entre líneas, pero no dijo nada al principio. El silencio se hizo pesado, como si cada palabra no pronunciada pesara más que cualquier otra.

Sentí una extraña mezcla de alivio y culpa. Al menos había sido honesta, pero había algo en la forma en que sus ojos brillaban que me decía que ella ya sospechaba que había algo más. De hecho, siempre tuve la impresión de que Rose veía más de lo que dejaba ver.

—¿Y qué más? —preguntó finalmente. Su voz era suave, casi imperceptible, pero la firmeza en sus palabras era inconfundible.

Respiré hondo, mirando la colcha que cubría la cama antes de alzar la vista hacia ella. No quería seguir ocultando, pero sabía que aún no estaba lista para contarle todo. No podía decir en voz alta lo que había vivido en esta casa.

—Es todo —mentí, aunque mi voz tembló un poco, y ella lo notó. Incluso yo lo noté.

Ella se quedó en silencio, observándome con atención, sin pronunciar palabra. Unos

segundos después, se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Desde allí, observó el jardín, como si la vista pudiera darle alguna respuesta a la inquietud que había empezado a instalarse entre nosotras.

—¿Y no hay otra manera? —me dijo sin mirarme, su tono cargado de preocupación.

La preocupación en su voz era tan clara que casi me hizo perder la compostura. Rose había decidido recientemente que ser bruja era genial. Seguía un montón de perfiles en redes sociales, leía libros, gastaba mucho dinero en artículos de brujería e incluso tomó un curso en Nueva Orleans durante dos semanas.

Ella decía que era fascinante, y por eso quería ser bruja. Yo pensaba que por sus venas corría la sangre de bruja. No era la primera vez que lo notaba en ella; su intuición era fuerte y más de una vez nos sacó de problemas.

Y si ella estaba preocupada ahora, solo significaba que casarme con Archer no era buena idea. Bueno, ya lo sabía, pero lo que estaba por averiguar era cuánto sufrimiento me esperaba. No podía confesarle lo que realmente sentía: que quizás, en el fondo, no solo estaba luchando por recuperar Cantrell Manor para Eliza, sino por algo mucho más complicado.

Un futuro mejor.

—No, creo que no —respondí.

Se dio la vuelta y declaró:

—Me quedo.

Sonreí débilmente porque tenerla conmigo iba a ser mejor para mí, pero la mantenía a ella en peligro. No obstante, tenía un plan.
—Tenemos que llamar a tu hermana —dije.

—¿Seguro? Ya sabes cómo es —se quejó Rose.

—Es exactamente por eso que quiero que sepa lo que está pasando.

—¿No puede hacer nada, o sí?

Me encogí de hombros. No podía, eso era verdad. No para prevenir nada, ni para arreglar la situación, pero Scarlet era mi único as.

Yo no era su persona favorita, quizás porque tenía un don para las personas y sabía que yo tenía mis secretos, mis demonios. No obstante, haría lo que fuera por su hermana pequeña.

Obviamente, no iba a decirle que Archer estaba amenazando a Rose, porque entonces él acabaría en la cárcel. Solo le diría que es algo que tengo que hacer y que debería venir a la boda.

Porque sí, Eliza no estaría contenta con una boda en el juzgado, y ya que estamos, yo tampoco. Archer menos, y esa era la principal razón por la que iba a organizar una gran boda.

Siempre fue así con Archer. Nunca pude hacer nada contra él, no pude defenderme, pero me vengaba a través de pequeñas cosas que nadie podía culparme por.

El perro se comió su tarea, pero solo porque yo le había untado mantequilla de cacahuete sobre los folios de papel. Sus jeans favoritos se encogieron en la lavadora, que supuestamente funcionó mal debido a un breve corte de energía. Podía o no tener algo que ver con el enchufe de mi cuarto de baño, que cada vez que lo usaba hacía saltar la luz.

Lo extraño es que fueron cientos de pequeñas cosas, y yo las recordaba todas. Lo mejor de todo era sentarme tranquila en el sofá o en la mesa y escuchar a Archer quejarse a su abuela sobre cada uno de esos desastres.

No sé cómo conseguí no delatarme, porque las primeras veces Archer me miró fijamente, como si supiera que fui yo. Pronto dejé de ser la sospechosa número uno y Archer aceptó su mala suerte. Cuidaba más sus tareas, lavaba su ropa favorita a mano, pero eso no significa que no encontrara otras maneras.

Oh, sí. No tenía nada que hacer durante el día o la noche.

Ahora iba a casarme con él a lo grande a pesar de mi odio a las multitudes, los ruidos. Archer odiaba a la gente en general y yo lo odiaba a él. De alguna manera, eso una boda grande tenía sentido para mí.

Y Scarlet era mi seguro de vida, por decirlo así. Ella se encargaría de proteger a Rose y de hacer justicia por si a mi prometido/pronto marido le entraba alguna idea en la cabeza y quería quedarse viudo antes de tiempo.

—Ok, entonces dime por qué debería cambiarme para cenar —dijo Rose.

Sonreí, pero luego recordé que no me había traído nada de ropa. En casa de Eliza, todos nos cambiábamos para cenar y nunca me pareció extraño ni incómodo. De hecho, era mi parte favorita del día cuando vivía aquí.

Y no, Eliza no era una de esas personas snobs que cenaban en el comedor grande con la buena vajilla. Sí tenía un comedor grande y uno pequeño que se usaba a diario. Las vajillas buenas eran cinco o seis, dependiendo de la ocasión, y si no me equivocaba, hoy iba a poner la blanca con flores rosas.

—Puedes culpar a Beau —le dije a Rose—. Solía jugar afuera hasta la hora de la cena, luego entraba y solo se lavaba las manos. Un día jugó en el barro, no con el barro, en el barro, ¿entiendes? Se sentó a la mesa completamente cubierto, salvo las manos y la mitad inferior de su cara, que estaban limpias. Fue entonces cuando Eliza impuso una nueva regla: no bastaba con tener las manos limpias, también había que estar limpia la ropa.

—Entonces Beau debería hacer aparecer un vestido en los próximos veinte minutos.

Oh, no… Rose tenía esa mirada.

Cuando se dirigió hacia la puerta, me di prisa y la seguí, porque esta mujer era un peligro. Lo era siempre, pero más cuando esa media sonrisa aparecía en su rostro, cuando sus ojos se oscurecían.

De hecho, creo que le tenía más miedo a la de Rose que a la de Archer.

Salimos de la habitación, Rose caminando con prisa y yo siguiéndola un paso atrás. De repente, ella chocó con algo y, sin poder evitarlo, me estampé contra su espalda.

—¿Qué mierda? —exclamó Rose.

—¡Joder! —gruñó Beau, y su tono de voz era tan bajo y cargado de irritación que hasta a mí me hizo sentir incómoda.

Di un paso a un lado para entender qué había pasado, pero ellos no.

Ambos se quedaron inmóviles, mirándose fijamente. Rose se frotaba la frente con una mueca de dolor, y Beau se pasaba la mano por la barbilla, sus ojos clavados en ella con una intensidad que me hizo dar un paso atrás.

Había algo en el aire, algo denso que hacía que la distancia entre ellos pareciera más pequeña de lo que era. Como si todo pudiera estallar en cualquier momento.

Las palabras no eran necesarias. Podía ver cómo se analizaban, como si pudieran destruirse con una mirada, pero a la vez había algo... algo raro, algo que no sabía cómo interpretar.

Quizá era la forma en que sus cuerpos se tensaban, como si pudieran saltar el uno hacia el otro en cualquier instante. O tal vez era esa mirada desafiante, como si ambos estuvieran al borde de un enfrentamiento, pero sin querer dar el primer paso.

No estaba segura de si querían luchar o follar y yo no quería estar aquí para ninguna de esas opciones. Además, me sentía como una intrusa. Me aparté discretamente, sin hacer ruido, y dejé que ese espacio tenso, ese campo de batalla invisible, siguiera su curso sin mí.

No llegué lejos.

—Margot —me llamó Beau, y aunque no quería, me di la vuelta—. La abuela dice que puedes coger algo de vestir de su armario.

Para mi vergüenza, tengo que decir que salté y solté un grito de alegría. Beau y Rose cambiaron una mirada inquisitiva que, en otro momento, me habría preocupado, pero no ahora.

Ahora tenía acceso a lo que era el sueño de cualquier mujer.

Me acerqué a Rose, le agarré la mano y eché a correr con ella.

—¡Margot! —exclamó ella.

No le contesté. Subimos corriendo las escaleras hacia la segunda planta y no paré, ni siquiera cuando ella me lo pidió.

Abrí la puerta que daba al pasillo, porque había otra que llevaba al dormitorio de Eliza, y una cosa era prestarme algo de ropa y otra invadir su habitación. Entré, cerré la puerta y solté la mano de Rose.

—Mira —dije.

El vestidor era amplio y luminoso, con paredes pintadas en un tono suave y cálido. En el centro, había una alfombra blanca y muy suave; lo sabía porque me había quedado dormida muchas veces sobre ella.

A la derecha, había un gran espejo de cuerpo entero, enmarcado en madera clara. El resto de las paredes de la habitación estaban cubiertas de estanterías de madera, de arriba abajo. En el interior, la ropa estaba cuidadosamente doblada, desde camisas delicadas hasta suéteres suaves.

Un armario de puertas correderas guardaba los abrigos y chaquetas más pesadas, la parte que menos me interesaba. Luego había una cómoda con cajones en los que Eliza guardaba las prendas más íntimas: lencería y pijamas, cómoda en la que solo había echado un vistazo. Una o dos veces.

En una esquina, estaba una pequeña mesa de tocador y, sobre ella, una bandeja con

algunos frascos de perfume y una caja con anillos y collares brillantes. La bisutería, la de todos los días, porque las perlas y las piedras preciosas se guardaban en la caja fuerte oculta en el armario de los abrigos.

El pequeño banco amarillo, con su cojín acolchonado, estaba junto a la estantería donde se guardaban cuidadosamente los zapatos: tacones de colores vivos, sandalias elegantes, botas de cuero y unas deportivas blancas, todas en perfecto orden.

Luego estaba mi parte favorita: en el centro, vestidos elegantes colgaban ordenadamente, pasando por toda la paleta de colores. Vestidos de cóctel, de fiesta, de boda. No faltaba nada aquí; de hecho, este sitio era mejor que cualquier tienda.

Solía escabullirme aquí arriba y tocaba, con dedos temblorosos, el bajo de los vestidos, la punta de los zapatos. Me sentaba en el banco amarillo e imaginaba cómo sería vestirme para ir a alguna fiesta con mi príncipe.

Oh, sí, hubo un momento en mi vida en el que creía que solo un príncipe podía rescatarme. Averiguar la verdad fue duro y traumático, pero sobreviví.

Me gustaba este espacio no solo por los vestidos, sino también por la atmósfera relajante, con el sutil aroma a madera y el perfume de Eliza flotando en el aire. Todo estaba dispuesto con un toque de delicadeza y elegancia, y Eliza decía que este lugar la hacía sentirse cómoda y especial.

Yo me sentía así también, y ahora le tocaba a Rose ser embrujada.

Para otros, podía ser solo ropa, o podían decir que era demasiado ostentoso, que en esta habitación podría vivir una familia de tres personas o que se podría comprar comida para seis meses si se vendía todo (más bien seis años). No obstante, para mí, era un sueño.

Era mi lugar seguro cuando era pequeña, el único, y juré que algún día tendría esto en mi propia casa. Estaba segura en mi apartamento, tenía mis caprichos en el armario, pero faltaba algo, y no era el perfume de Eliza.

No sabía lo que era.

Supe por la expresión de Rose que ella no sentía lo mismo. Ella era una obsesionada de la ropa bonita, como yo, pero no podía entender la esencia de este lugar. Quizás porque nunca se sintió amenazada, nunca necesitó un lugar al que esconderse del mundo.

No podía, porque yo nunca le conté toda la verdad.

Suspirando, borré todos los pensamientos de mi cabeza y me acerqué al armario donde colgaban los vestidos.

—¿Negro? —le pregunté.

—Obvio —contestó ella.

Durante cinco minutos, echamos un vistazo a los vestidos de Eliza, que eran suyos solo en teoría, porque nunca se los había puesto. Más de la mitad aún llevaban la etiqueta colgando.

Elegí uno de color azul marino, elegante y discreto. Rose no. Aunque el negro era el color predominante en su armario, hoy decidió elegir un vestido rojo. El problema no era el color, era todo.

Se ajustaba a sus curvas como una segunda piel, el escote era más que generoso, y de la abertura de su vestido, mejor no decir nada, excepto que a alguien iba a darle algo: un infarto, o las ganas de coger a Rose y encerrarla durante toda la noche en su dormitorio.

Ya. Lo sé. Veía demasiadas novelas y veía más de lo que debía, pero ¿puedes culparme? Esas telenovelas enganchan, es peor que las drogas.

Bajamos, y estuve un poco decepcionada al encontrar en el salón solo a Eliza. Necesitaba ver la expresión de Beau porque sí, se me había metido en la cabeza que Rose le gustaba. Sabía que mi amiga no iba a liarse con él, pero sí que le iba a dar una lección por cómo se comportó conmigo.

—¡Oh, Dios! Pero qué preciosas se ven, chicas. Unas verdaderas princesas —dijo Eliza.

—Margot es la princesa, yo soy la bruja —espetó Rose, sonriendo.

Eliza frunció el ceño, pensando un rato.

—Sí, sí, tienes toda la razón. Las princesas son criaturas maravillosas, y las brujas son duras por fuera, pero en el interior lo que merecen y quieren es ser tratadas como princesas.

Bueno, eso era extraño.

Eliza nos invitó a sentarnos y justo nos preguntaba qué queríamos tomar cuando llegaron los hombres. No quería mirarlos, así que miré a Eliza. Definitivamente, algo no estaba bien aquí.

Su mirada iba de Rose a ellos, de ellos a Rose, y luego a mí.

—¿Pasamos al comedor? La voz de Eliza me impidió seguir analizando lo que pudiera estar planeando. No es que tuviera alguna posibilidad de averiguar lo que le pasaba por la cabeza, pero podía intentarlo. No tener el control sobre lo que ocurría a mi alrededor era una tortura para mí.

—Sí —murmuró alguien, podía haber sido Dean o Beau.

No presté atención porque en ese momento Eliza se puso de pie. Siempre fue una mujer de porte elegante, con una eterna sonrisa en sus labios. Incluso ahora, a pesar de la tristeza que a veces se reflejaba en sus ojos, seguía sonriendo.

—Beau, acompaña a Rose —ordenó Eliza, acercándose a Dean y apoyándose en el brazo que él extendió al instante—. Archer.

Es todo lo que dijo Eliza. El nombre de su nieto mayor.

Lo que debía hacer yo era ponerme de pie y permitirle a Archer que me acompañara al comedor. Ni siquiera quería mirarlo, y me estaban pidiendo tocarlo.

¡Que sí! Que lo toqué antes. Cuando le di una bofetada y cuando nos besamos. Pero ya no quería, ¿vale?

Como siempre que me encontraba en Cantrell Manor, lo que yo quería no importaba.

Me puse de pie y, con la mirada fija en la corbata azul de Archer, deslicé la mano sobre su brazo. El camino hasta el comedor era corto, pero en ese momento parecía que nunca se iba a terminar.

Archer me ayudó a sentarme con una cortesía calculada, una cortesía que había aprendido

de Eliza, quien le enseñó a hacerlo a la perfección. La frialdad era su especialidad. Luego se sentó en la cabecera de la mesa, mientras Eliza ocupaba el otro extremo.

Dean estaba a mi derecha, y frente a mí, Beau y Rose. Estaba rodeada de enemigos. Con Dean no había nada de qué hablar, y con Archer, que se encontraba a mi izquierda, tampoco. Mis únicas aliadas, Rose y Eliza, estaban demasiado lejos.

Miré la mesa, que estaba dispuesta con la mejor vajilla: platos blancos con flores rosas, copas de cristal que reflejaban la luz, y servilletas de lino perfectamente dobladas. Todo parecía perfecto para la ocasión, el regreso de la nieta prodiga.

Bueno, si no fuera porque había vuelto para ver cómo enterraban al abuelo y porque estaba obligada a casarme, diría que era una ocasión especial.

Archer, sentado en su silla con una expresión seria, evitó mirarme. Beau y Dean intercambiaron miradas que dejaban claro que tampoco estaban muy contentos con la situación. La tensión era palpable, pero Rose, seguramente ignorando el clima, estaba charlando animadamente con la abuela sobre el cristal de las copas.

Esta era la primera cena de vuelta. La primera de muchas más.

Sentí que mi corazón se encogía.

—Esto se ve bonito, Eliza —dije, intentando romper la tensión que amenazaba con ahogarme. Tensión que se reflejó en mi voz.

—Gracias —respondió Eliza, con una sonrisa que no solo brillaba en sus labios, sino que también alcanzaba sus ojos—. Quiero que esta cena sea un momento especial para nosotros. Para recordar los buenos momentos y…

—¿Especial? ¿Cómo? ¿El entierro de John o el regreso de Margot después de tantos años?

La voz de Archer fue fría, y el ambiente se volvió aún más pesado. ¿Qué demonios le pasaba a este hombre? Había dicho claramente que debíamos fingir ser una pareja de enamorados que volvían a encontrarse después de mucho tiempo, fingir delante de Eliza para ocultar el hecho de que el abuelo fue un cabrón con ella, con todos.

—Archer, por favor —intercedió Eliza, pero la tensión ya estaba en el aire, y dudaba mucho de que sus palabras surtieran algún efecto.

Dean me miró con curiosidad, pero no se atrevió a preguntar qué pasaba. Beau, por su parte, parecía estar atrapado en un tira y afloja entre la actitud de su hermano y la conversación silenciosa que mantenía con Rose.

Bueno, más bien era un monólogo silencioso, porque Rose no le estaba haciendo caso. Estaba observando la escena con una mezcla de incomodidad y compasión. La cena se había convertido en un campo de batalla silencioso, donde las palabras no dichas pesaban más que cualquier discusión abierta.

Pues sí que empezábamos bien.

Tomé una respiración profunda, intentando encontrar algo que decir para aligerar la tensión. Solo eché un vistazo rápido a Archer antes de abrir la boca.

—Sé que no parece el momento adecuado, pero lo es —comencé, mi voz temblando un poco—. Es un día triste, el día en que hay que recordar que la vida sigue, que hay que disfrutarla, incluso empezar de nuevo.

Archer cruzó los brazos, su expresión dura.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Pretender que todo está bien después de diez años de silencio?

—Eso no es lo que quiero —respondí, sintiendo cómo la frustración comenzaba a burbujear en mi interior—. Solo quiero que sigamos adelante. Como una familia.

—¡Oh, Dios!

¿Por qué lo dije?

Era lo que quería, el secreto que había guardado en mi corazón desde que perdí a mis padres.

Beau, que había permanecido en silencio, finalmente habló:

—No es fácil para ninguno de nosotros, Margot. Todos hemos lidiado con tu ausencia a nuestra manera, y la abuela ha sido la que más ha sufrido. No podemos simplemente olvidar lo que pasó y empezar de nuevo.

—Lo sé —respondí, sintiendo que las lágrimas amenazaban con brotar. No eran lágrimas de tristeza, sino de furia.

¿Quién diablos se creían los hermanos Cantrell? Habían hecho un infierno de mi vida, y ahora me echaban la culpa a mí. No, señor, eso no.

Eliza, que había estado observando la conversación con atención, decidió intervenir.

—Margot tiene razón. Si algo he aprendido en mi vida es que hay que vivir cada día como si fuera el último. ¿Por qué no lo ponemos en práctica empezando por cenar en paz? Quizás a Margot le gustaría contarnos más sobre su vida.

Asentí, sonriendo agradecida por su apoyo, aunque no me apetecía nada compartir mi vida con los hermanos Cantrell.

Archer miró a su abuela y luego posó su mirada intensa sobre mí, su expresión suavizándose un poco.

—Claro, vamos a disfrutar de la vida —dijo, con un tono que intentaba sonar más relajado, pero que seguía sonando vacío.

—Gracias, Archer —respondió Eliza.

La tensión seguía presente, pero no tanto, y pude respirar aliviada.

Así, la cena continuó, y poco a poco, las conversaciones comenzaron a fluir. Rose y Eliza fueron las que más contribuyeron. Mi amiga contaba cada historia graciosa, divertida o vergonzosa que había vivido conmigo en los últimos años. Eliza escuchaba atenta y, de vez en cuando, me miraba como si estuviera viendo a otra persona en mi lugar.

Y es que lo era. La Margot que ella conocía era una chica asustadiza, tímida y callada. La Margot de Rose era sociable, divertida, dispuesta a acompañarla en sus locuras (aunque debo

admitir que mi amiga no le contó a Eliza que todos los líos en los que me metí fueron culpa de ella).

Dean intervino un par de veces, pidiendo más detalles, y Beau siguió atormentando a Rose con sus miradas.

Y Archer... bueno, Archer comió, bebió y prestó más atención a mi amiga que a mí. Y no, no eran celos. Estaba aliviada de no tener que sentir esos ojos intensos sobre mí.

Pude disfrutar de la comida exquisita que había preparado la cocinera de Eliza, del postre, que era mi favorito: tarta de chocolate y frambuesa.

¡Diablos!

Había echado tanto de menos a Eliza, la seguridad que sentía cuando ella estaba cerca, el calor de sus abrazos, la paz de sus sonrisas.

Y quizás, solo quizás, casarme con Archer no era tan mala idea.

∞∞∞

—Enviaré a alguien por tus cosas —dijo Archer, deteniéndose frente a la puerta.

—¿Al hotel? No, gracias. Ya las recogeremos mañana.

—A tu apartamento.

—¿Por qué? —pregunté, arqueando una ceja.

—¿Cómo por qué? Nos vamos a casar, Margot, lo antes posible. La abuela necesita ver que esto va en serio.

—Claro, y nada dice *voy en serio* como renunciar a mi independencia. Oh, mi señor, toma mi sueldo, mi hogar, mis amigos. Aquí tienes mi vida para hacer lo que te plazca con ella —espeté, cada palabra cargada de sarcasmo.

—Margot, si no trabajas, no puedes pagar el alquiler de tu apartamento. Lo sé, he mirado tus finanzas.

—Ah, ¿y acaso has mirado también en el cajón de mi mesita de noche? —pregunté, dejando que una sonrisa fugaz apareciera y desapareciera de mi rostro. Miré alrededor del pasillo, me incliné hacia él y susurré—. ¿O tal vez me vas a prohibir traer al mejor compañero que una mujer pueda tener? Veinte centímetros, ocho velocidades, once patrones de vibración, y es recargable por USB. Vamos, que también es bueno con el medio ambiente.

Podría decir que había llevado las cosas demasiado lejos, porque el rostro de Archer se transformó en una máscara dura e indescifrable. Parecía una estatua de algún dios cruel, de esas que ves en los museos.

La verdad, parecía que estaba a punto de golpearme con toda su fuerza divina. Bueno, no estaba completamente segura de si eso era lo que quería hacerme. ¿Tal vez callarme con un beso?

Sí, lo sé, se me cruzaron los cables. Aunque odiaba a Archer Cantrell con toda mi alma (y, por supuesto, le temía, no lo olvidemos), lo deseaba. ¿Lo más raro? No podía dejar de pensar

en ese maldito beso.

Y quería más.

¿Era una respuesta inconsciente de mi cuerpo al dolor? ¿Algún tipo de mecanismo de defensa contra la ansiedad y el drama de estos días?

—Hablaremos sobre eso en otro momento —dijo Archer, la voz tan fría como siempre.

—¡Joder, Margot! No tenemos unos días, solo tres. Si al cuarto día a medianoche no estamos casados, la abuela va a perder Cantrell Manor —gruñó Archer, su voz cargada de impaciencia.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —exploté, sintiendo cómo el enojo me subía por el cuello hasta la cabeza.

La revelación de Archer cayó sobre mí como un balde de agua fría. Tres días. Tres malditos días para tomar la decisión más grande de mi vida, para firmar el contrato que me ataría a un hombre que, en este preciso momento, me estaba sacando de quicio.

—¿En serio? ¿Tres días? —dije entre dientes, mirando a Archer con furia creciente. —¡Esto no es una película de mierda, Archer! ¿Dónde está el drama de *me enamoro de ti en tres días*? Porque, spoiler, no va a pasar.

Él me observó con esa mirada helada, como si nada de lo que decía tuviera impacto, como si no me estuviera incendiando por dentro. Era el rey de la indiferencia.

—Es la única forma en que podemos salvarlo, Margot —respondió, sin un ápice de remordimiento.

Mi cabeza daba vueltas, pero por alguna razón, la urgencia en su voz me había golpeado donde más dolía. No solo era el ultimátum, era que él estaba dispuesto a hacer lo que fuera por salvar Cantrell Manor, y yo solo era el peón en su juego.

—Bueno, perfecto —respondí, mi tono gélido—. Empecemos el maldito juego entonces.

—Tengo un amigo en el juzgado y nos podemos casar mañana a primera hora. Estate lista a las siete en punto.

Y se marchó.

Y yo corrí detrás de él.

—Archer, ¿qué le vamos a decir a Eliza? Ella quiere una gran boda y no podrás justificar una boda en el juzgado —dije.

—¿No? Te perdí una vez, Margot. Ahora que te tengo de vuelta en mi vida, estoy dispuesto a hacer lo que sea para no perderte otra vez. Poner un anillo en tu dedo, darte mi apellido, asegurarme de que estés embarazada y criando a nuestros hijos para el resto de nuestras vidas… ¿Sigo?

Ok, no, no hacía falta.

Sacudí la cabeza porque no podía hablar. No solo porque mi corazón dio un vuelco, sino porque mis piernas empezaron a temblar. No solo porque quería decir sí. Fue porque Archer dijo esas palabras y podían ser mentira, pero, joder, sus ojos no.

Lo estuve mirando a los ojos y podía meter la mano en el fuego y jurar que las palabras que salieron de su boca eran la verdad y nada más que la verdad.

Yo no estaba preparada para esta conversación o para analizar detenidamente lo que estaba pasando aquí.

No, señor.

Me iba a casar con Archer, amenazada por él y obligada por mi propia conciencia, y nada más.

—Informaré al abogado, pero la abuela no tiene por qué saberlo. Podrás organizar la boda que ella quiere después.

Asentí y esta vez fui yo la que se dio la vuelta. Caminé a mi habitación y cerré la puerta despacio. Luego me apoyé contra ella y, al cabo de dos segundos, me deslicé hasta el suelo.

Capítulo 8

Margot

No quería regresar a Cantrell Manor, ni renunciar a mi apartamento ni a mi trabajo, pero no tenía elección.

Archer seguía siendo un cabrón, igual que antes. No había cambiado nada, y mi vida no iba a ser precisamente buena siendo su esposa. Pero Eliza, ella seguía siendo la mujer que me acogió en su casa, la única que me dio cariño, y si estaba en mi poder protegerla, lo haría.

El chantaje y las amenazas de Archer también eran factores importantes en mi decisión, pero no iba a dejarme controlar. En eso estábamos juntos: nadie mandaba aquí, y Archer podía meter sus órdenes donde no le daba el sol.

La noche del funeral la pasé en mi antigua habitación, la que Eliza renovó para mí, y no dormí ni un instante. Pensé en la discusión que tuve con Archer cuando me acompañó a mi habitación, como si no supiera dónde estaba.

O quería asegurarse de que no me escapara, o mostrarle a Eliza que quería disfrutar de mi presencia todo el tiempo posible. Y eso me resultaba extraño después de su comportamiento durante la cena.

¿Qué hice?

¿Amor?

Tenía una idea sobre el amor verdadero, la que había visto en las películas y leído en los libros, bastante irreal. En la vida real, todo era de color de rosa al principio, eso sí, si tenías suerte y no te cruzabas con algún loco o maltratador. Luego, tras unos años, llegaban los problemas y el divorcio.

El amor era una ilusión, pero mi corazón lo añoraba. Quería el cuento de la Cenicienta y el príncipe. Quería un sueño, algo que no existía.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, en el suelo; solo sé que, en algún momento, me levanté y fui al cuarto de baño. Después de una ducha rápida, me puse el camisón que Eliza me había prestado y me metí en la cama.

No dormí.

A las siete de la mañana estaba lista, vestida con el mismo vestido con el que había ido al funeral del abuelo, esperando a Archer. Y él no me defraudó.

Desde el momento en que abrí la puerta de mi habitación y lo vi, algo en mi pecho dio un pequeño salto. Estaba allí, de pie frente a mí, con esa mirada fija que parecía atravesar cada rincón de mi ser. El traje negro, perfectamente ajustado a su figura, le quedaba como si hubiera

sido hecho especialmente para él, a lo mejor por encargo de Eliza, porque a Archer no solía interesarle mucho la moda.

Por lo menos, no el Archer que yo conocía.

No pude evitar notar cómo sus ojos, oscuros y penetrantes, me observaban, aunque su rostro permaneciera serio. Mi mente aún estaba nublada por la falta de sueño, pero había algo en su presencia que me desbordaba de sensaciones contradictorias. No quería admitirlo, pero la forma en que se veía me inquietaba de una manera que no debería.

Me pregunté si él también sentiría esa tensión, esa especie de electricidad en el aire que no podía ignorar.

No, seguramente no.

Supe que era su coche desde que me senté en el asiento y sentí el cuero suave bajo mis manos. No era solo un medio de transporte, sino una extensión de él mismo. El olor a madera pulida y el leve toque a cuero nuevo me envolvieron, y por un momento me sentí fuera de lugar, como si no perteneciera a ese espacio tan perfectamente cuidado, tan distante de todo lo que yo conocía.

Archer arrancó el motor con un suave zumbido y, sin decir palabra, comenzó a conducir. La carretera parecía desvanecerse bajo las ruedas, y el silencio que llenaba el coche era denso, pesado, como si ambos estuviéramos esperando que algo se dijera, que algo rompiera esa barrera invisible que había entre nosotros.

Lo miré de reojo, notando cómo su expresión se mantenía seria, concentrada en la carretera. Sin embargo, algo en su postura, en su forma de conducir tan segura y deliberada, me decía que no estaba tan distante como parecía. O eso esperaba yo.

Podría haber sido el cansancio, la desvelada de la noche anterior, o tal vez algo más, pero la sensación de que había algo entre nosotros que no estábamos diciendo me incomodaba y, al mismo tiempo, me cautivaba. Me mordí el labio, pensando en la ceremonia que nos esperaba, en lo que significaba realmente ese contrato, en lo que nos ataba, y en lo que, quizás, ninguno de los dos se atrevía a explorar.

¿Debíamos explorarlo después de lo que ocurrió en el pasado?

Él hizo una breve parada en un semáforo y se giró ligeramente hacia mí, como si en ese instante quisiera decir algo, pero sus labios permanecieron sellados. Sus ojos, sin embargo, se encontraron con los míos, y en esa fracción de segundo me pareció ver un destello de algo más, algo que no se podía descifrar fácilmente. Algo que no se decía, pero que flotaba en el aire, pesado y palpable.

Me imaginé que me declaraba su amor, que me pedía disculpas y una oportunidad para demostrarme cuánto significaba para él.

Archer no dijo nada. Continuó conduciendo cuando el semáforo cambió a verde. Pero esa mirada, ese breve intercambio, dejó una marca que no supe si era solo el cansancio o una fantasía que me acababa de inventar.

El silencio continuó envolviéndonos, incluso cuando Archer aparcó el coche frente al juzgado y me presentó a su amigo, Red.

Red era más o menos de la edad de Archer, pero su rostro reflejaba una actitud más divertida hacia la vida, hacia todo. Me sonrió, y esa pequeña sonrisa me calentó el corazón. El ramo de rosas blancas que me entregó hizo que mi corazón diera un vuelco.

Sentí la mirada de Archer sobre mí y, como boba, lo miré.

Bueno, ya estaba muy serio y distante. Ahora podía añadir a su estado de ánimo la furia de un demonio.

—Vámonos antes de perder nuestra cita —ordenó, poniendo la mano en la parte baja de mi espalda, dejándome sin otra opción que la de encaminarme hacia las escaleras.

Entramos, y el sonido de mis tacones retumbó en la sala vacía del juzgado, un eco inquietante. Mi corazón latía con fuerza, como si intentara escapar de la prisión que era ese lugar, de este matrimonio al que me veía arrastrada por las circunstancias.

Seguimos a través de los pasillos igualmente vacíos del juzgado hasta la oficina del juez. Era pequeña y austera, apenas un par de sillas y una mesa que, a esa hora de la mañana, parecía más una sala de interrogatorios que un sitio donde un par de vidas se unirían para siempre.

No había nadie, ni testigos, ni música... Solo el ramo de rosas que me regaló Red. Solo nosotros dos, Archer y yo, a punto de atarnos el uno al otro para una temporada indefinida.

Archer estaba de pie frente al juez, su presencia tan imponente que llenaba cada rincón. No miraba hacia mí. Yo no podía quitar los ojos de él, a pesar de que quería. La verdad era que, aunque mi cabeza me ordenara ignorarlo, algo me instaba a buscarlo.

—¿Estás lista?

La voz del juez me hizo saltar. Me volví lentamente hacia él, notando cómo los ojos de Archer me seguían con una intensidad que me desarmaba. No podía ver su rostro con claridad, pero lo sentía. Él me observaba, con esa mirada fría que siempre me había desconcertado, pero que en ese momento parecía penetrarme con una fuerza desconocida.

—Sí —dije en voz baja.

El juez asintió y comenzó a hablar, sus palabras un murmullo distante en mi mente, mientras la tensión entre Archer y yo crecía como una tormenta.

—Respira —murmuró Archer de repente, rompiendo el silencio. Su voz era baja, áspera, y su mirada, aunque tensa, se desvió por un instante hacia mí.

Me sentía atrapada, pero no pude evitar la oleada de calor que subió por mi cuerpo ante esas palabras.

—Estoy respirando —respondí, aunque mi tono no era más que un susurro. No quería que él viera lo que sus palabras provocaban en mí. No quería que supiera que, a pesar de todo, este momento significaba algo para mí.

—Bueno —continuó el juez, cortando nuestro intercambio—. Si ambos están de acuerdo…

Nos miró, esperando que dijéramos algo. Archer asintió sin decir una palabra, como si todo esto fuera una mera formalidad para él, como si no importara lo que sucediera. Claro, era lo que era, la única manera de obtener lo que deseaba.

Para él no importaba si era yo, Rose o cualquier otra mujer.

Oh, ¿quizás ya tenía a una mujer en su vida?

¡Dios! ¿Por qué no le pregunté antes?

Mi mente estaba en conflicto. ¿Y si al casarme con él le quitaba a otra mujer la oportunidad de ser su esposa, de estar con el hombre que amaba?

Los Cantrell tenían dinero. Si perdían la casa, Eliza no acabaría viviendo bajo un puente. Estaría bien. ¿Pero Rose? ¿Llevaría Archer a cabo sus amenazas?

El juez hizo una pausa, y el ambiente se cargó de una energía palpable. Como si el espacio se comprimiera aún más entre nosotros.

Me estaban mirando. El juez. Archer.

La tensión era insoportable.

—Archer —comencé a decir, pero me detuve. Las palabras no salían. Estaba nerviosa, pero sabía que no podía seguir adelante, no sin intentar una vez más—. ¿No hay otra opción?

—Ninguna en absoluto —respondió él, su voz fría, pero me miró con algo que me desconcertó, un destello en sus ojos que me hizo preguntarme si, tal vez, en el fondo, estaba pasando por lo mismo que yo.

El juez nos interrumpió nuevamente con la formalidad de su voz, pero en ese breve instante, algo había cambiado entre nosotros. Ya no éramos completamente enemigos, éramos socios. ¿No?

—¿Aceptas a Archer como tu esposo? —preguntó el juez, su voz grave, como si entendiera lo que estaba pasando.

—Sí —respondí sin dudar, aunque sabía que mis palabras eran vacías.

—Y tú, Archer —continuó—, ¿aceptas a Margot como tu esposa?

Archer permaneció en silencio por un largo segundo, su mirada fija en mí. Por fin, como si hubiera tomado una decisión, respondió con una palabra rota:

—Sí.

El juez sonrió levemente:

—Felicitaciones, ya están casados.

Luego se sentó y empezó a firmar documentos. Dos segundos después, levantó la mirada y nos observó:

—Hay algunas reglas que estoy dispuesto a romper, pero no os entregaré el acta de matrimonio sin vuestro primer beso.

Lo que siguió fue el silencio.

Ninguno de los dos dijo nada. Solo estaba el eco de nuestros pensamientos.

Un beso para oficializar nuestra boda. El comienzo de una nueva vida, de algo mucho más complicado de lo que podría haber anticipado.

El aire en la pequeña sala del juzgado, que antes estaba tenso, ahora parecía cargado de

una electricidad insoportable.

Archer estaba cerca, tan cerca que podía sentir la calidez de su presencia, aunque su expresión seguía siendo impasible, como si estuviera esperando algo. Me costaba mantener la boca cerrada y no gritarle que fue su idea. Si quería que este matrimonio fuera válido, él debía dar el primer paso.

El primer beso.

Y entonces, nuestros ojos se encontraron.

—Margot —su voz, baja.

Lo miré, pero no respondí de inmediato. En cambio, me limité a escuchar el silencio que se había formado entre nosotros. La distancia entre nosotros era cada vez menor, y, a pesar de mi esfuerzo por mantener la calma, mis manos temblaban ligeramente.

—Sé que esto no es fácil —dijo finalmente, su mirada fija en la mía. El tono de su voz estaba más suave de lo que esperaba, menos frío, más vulnerable.

—No lo es, pero los dos sabemos de quién es la culpa —dije, mi voz apenas un susurro.

No podía mentir. Todo esto me estaba superando. La situación, lo que me obligaban a hacer. No sabía cómo manejarlo.

En ese momento, él dio un paso hacia mí. Nuestros ojos se encontraron nuevamente, y esa mirada, aunque silenciosa, dijo más que mil palabras. Fue una conexión que no se podía ignorar, ni disimular.

Todo lo que pensaba que sabía sobre Archer era mentira. Algo estaba pasando aquí y ahora.

—Margot.

Mi nombre salió de sus labios de forma casi reflexiva, como si estuviera a punto de decir algo más, pero luego se detuvo.

Sus manos, firmes pero cautelosas, rozaron suavemente mis brazos, como si esperara una señal, como si todo dependiera de mi reacción.

Pero en ese instante, no podía moverme.

Estaba atrapada entre el deseo de apartarme y el deseo de no hacerlo, entre lo que sentía y lo que debía sentir. Finalmente, Archer se inclinó ligeramente hacia mí.

El gesto fue lento, como si buscara mi consentimiento en cada segundo. Nuestros rostros estaban tan cerca que podía sentir su respiración, la misma que aceleraba la mía.

El silencio me hizo cerrar los ojos y, casi sin pensarlo, incliné la cabeza, permitiendo que Archer me besara.

El roce de sus labios fue suave, pero lo sentí como un choque en mi pecho. No había prisa, no había urgencia, solo un toque ligero que, sin embargo, me dejó con la sensación de que las palabras ya no importaban.

Todo lo que podía oír era el latido de mi corazón, y todo lo que sentía era una mezcla de emociones que no lograba comprender. Mi corazón se dejó llevar por mi imaginación, y leí

demasiado en ese beso.

No obstante, Archer se separó después de un breve momento. La distancia entre nosotros siguió siendo mínima, como si ambos estuviéramos esperando que el otro dijera algo, que hiciera algo.

Pero ninguno de los dos lo hizo.

Las palabras podían delatarnos, aunque estaba segura de que todo lo que sentía se reflejaba en mi rostro.

—¿Y ahora qué? —susurré.

—Lo que tengamos que hacer —respondió con una suavidad que me sorprendió—. Lo correcto.

Estaba segura de que su concepto de lo que era *correcto* no coincidía con el mío, pero no dije nada.

El juez nos felicitó una vez más al entregarnos ese papel que me convertía en la señora de Archer Cantrell, y luego me encontré de nuevo en el pasillo del juzgado, caminando hacia la salida.

De repente, Archer se detuvo en seco, haciendo que casi me chocara con su espalda. Maldijo bajo y se pasó una mano por el cabello, visiblemente frustrado.

—¡Maldita sea! —exclamó de nuevo, mirando al suelo. Luego, con un suspiro profundo, metió la mano en su bolsillo y sacó una caja pequeña—. Lo olvidé.

Lo miré confundida mientras lo veía abrir la caja, sacar el anillo y deslizarlo en mi dedo. El brillo metálico reflejaba la luz del pasillo.

Lo olvidó, obviamente.

Debía habérmelo entregado antes, pero Archer no era de esos que se preocupan por detalles sentimentales, y olvidarse de eso me demostraba una vez más lo que esto significaba para él.

Nada.

—¿Eso es? —pregunté, mirando la joya.

El anillo era sencillo, pero bonito. La banda, fina y pulida, era de oro blanco. En el centro, brillaba una piedra redonda, un zafiro oscuro con destellos azules que cambiaban con la luz. No era ni grande ni pequeño. Era perfecto para mi mano.

No tan perfecto para mi corazón ni para mi mente.

Y no era la primera vez que ese anillo estaba en mi dedo.

Un día, Eliza olvidó guardar el joyero en la caja fuerte y, a mis nueve años, no pude resistirme a echar un vistazo al contenido. De todas las joyas, collares, pendientes y pulseras, este anillo fue el que más me llamó la atención.

Me fascinó, simplemente.

Era bonito, sí, pero no tanto. En ese momento, me dejé llevar por mi imaginación, que era lo único que me mantenía a salvo, y soñé.

Soñé con el príncipe que venía a rescatarme, con la vida llena de felicidad y risas que iba a vivir a su lado.

Lo que no soñé fue que iba a ser Archer quien me lo iba a regalar.

—Sí —respondió, con tono irritado—. La abuela insistió y hay que guardar las apariencias.

Le eché una mirada incrédula.

Una cosa era mi historia con el anillo y otra, muy distinta, era la verdadera.

El anillo había sido una herencia familiar, un tesoro transmitido por generaciones. La bisabuela de Eliza lo había llevado en su dedo durante su matrimonio. Eliza contaba que fue un regalo de su esposo, un gesto de amor y compromiso, un símbolo de lealtad y tradición.

—No me mires así —dijo, como si pudiera leer mi mente—. Tenemos que mantener la fachada por la abuela —añadió, mirando mi mano.

Apreté los labios, sabiendo que, aunque todo fuera una farsa, esa farsa se había vuelto más complicada con cada minuto que pasaba. No estaba segura de sí era lo suficientemente fuerte para salir bien de este matrimonio.

Por *bien* quiero decir viva y sin el corazón roto.

Porque sí, mi imaginación, todo lo que había soñado durante mi infancia, se había vuelto en mi contra. En algún momento, convirtió a mi torturador en un príncipe.

¡Maldita sea! Estaba en problemas y no había nadie que pudiera ayudarme.

Solo yo.

—Perfecto —dijo con una sonrisa fingida—. Ahora vamos a mostrarle a Eliza lo felices que somos.

Capítulo 9

Margot

Dimitir fue peor que marcharme de casa a los dieciséis años. Mi jefa no aceptó mi dimisión hasta que no le mostré mi anillo de boda y le conté la versión oficial de mi historia de amor con Archer.

Ese amor adolescente, prohibido, que resurgió años después con tal fuerza que nos llevó a cometer la locura de casarnos.

Me felicitó y prometió no contratar a otra persona, dijo que me iba a esperar. Luego se disculpó al darse cuenta de que, en realidad, esperaba que mi matrimonio no funcionara para poder volver a contratarme.

Mis compañeros organizaron una fiesta de despedida y estuve a punto de llamar a Archer para decirle que no iba a volver. Tenía una vida aquí, tenía amigos que, en mi necesidad de protegerme, no había dejado que se acercaran de verdad.

No lo llamé, pero no fue la última vez que deseé hacerlo.

Empacar mis cosas fue igual de horrible. Me llevaba pocas pertenencias, solo ropa, y nada más; el resto lo guardaría en el garaje de los padres de Rose. Debo confesar que lloré un poco al ver cuán pocas cosas tenía empacadas en cajas.

Eran tan pocas, tan insignificantes, que me di cuenta de que no había vivido realmente. Solo había sobrevivido, y ahora, adelante, eso era lo único que iba a hacer.

Sobrevivir durante el resto de la vida de Eliza.

Estaba sentada en el suelo, con las lágrimas secas sobre mis mejillas, cuando llamaron a la puerta. Pensé que era Rose, porque ella era la única que me visitaba, además había prometido ayudarme a bajar las cajas.

El apartamento estaba en una buena zona, el edificio limpio y seguro, pero el administrador era un idiota. Nos tenían prohibido usar el ascensor para mudanzas.

No me apetecía subir y bajar veinte veces las escaleras, pero al final era lo que había. Una empresa de mudanzas me cobraría demasiado.

Abrí la puerta y me encontré con el rostro serio de mi marido.

¡Oh, Dios!

Archer Cantrell era mi esposo.

Su mirada penetrante me recorrió de arriba abajo, como si estuviera evaluándome, y en ese momento deseé cerrar la puerta de golpe.

Estaba vestida con unos pantalones cortos de pijama, blancos y algo transparentes después de años de lavado, y una camisa de hombre arremangada hasta los codos y atada a la cintura. No era un atuendo bonito, sino uno perfecto para empacar mis cosas. Sola. Llorando.

Definitivamente no quería que me viera Archer así. Ni él ni nadie.

—¿Qué quieres, Archer? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Tenía miedo de que cambiara de opinión, de desaparecer otra vez sin dejar rastro. Le prometí que volvería, pero al verlo aquí, parecía claro que no confiaba mucho en mi palabra.

Él no respondió de inmediato. En su lugar, dio un paso al frente, haciendo crujir la madera bajo sus zapatos. Me observó durante un largo momento antes de hablar, como si buscara las palabras correctas.

—No quiero que cometas ningún error —dijo finalmente, su voz grave, pero controlada —. Esto no va a ser fácil.

—El error ya lo cometí cuando decidí ir al funeral del abuelo, pero creo que no te refieres a eso, ¿verdad?

—Mira, Margot, hay más de lo que te imaginas en este juego, y si alguien se da cuenta de que este matrimonio es falso, lo vamos a perder todo. Estoy aquí para asegurarme de que no hagas ninguna tontería.

—¿Quién va a perder? Yo no tengo nada y…

—¿Te gusta vivir, verdad? —gruñó.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Retrocedí unos pasos, y pude ver los remordimientos reflejarse por un momento en sus ojos.

¡Al diablo con Archer Cantrell!

—¿Sabes qué, Archer? No te tengo miedo. Sí, acepté tu chantaje y me casé contigo, pero lo hice por Eliza. A Rose no la puedes tocar, y si lo intentas, tendrás más problemas de los que crees. ¿Matarme? Vale, la vida es todo lo que tengo y, la verdad, tampoco vale tanto. ¿Quieres hacerlo ahora? Puedo ir a tomar un baño y, casualmente, podrías dejar caer el secador de cabello dentro. Un accidente tonto, pero uno que te convertiría en viudo y heredero de Cantrell Manor.

Archer suspiró, y por un momento pensé que se pondría manos a la obra, pero no lo hizo. En cambio, su mirada se endureció aún más.

—Voy a luchar por lo que quiero, Margot, y sabes muy bien que no soy el tipo de hombre que se rinde fácilmente. Pero si piensas que voy a tomar el camino fácil, estás equivocada. No puedes escapar. El plan ya está en marcha y vamos a seguir adelante. Serás mi esposa hasta el último día de la abuela, ni un día más, ni un día menos.

Mi corazón comenzó a latir con más fuerza. ¿Por la alegría de saber que Archer no me quería matar?

El aire en la habitación se volvió pesado. Sentía que había algo más detrás de sus palabras, algo que se reflejaba en su mirada, pero que no podía comprender.

Lo que más me aterraba no era su determinación de seguir con este matrimonio. Eliza ya tenía una edad, pero no estaba enferma y podía vivir perfectamente diez años más. ¿Qué

pretendía hacer Archer conmigo durante todos esos años?

Pero lo más importante era qué iba a hacer yo… Archer había vuelto a mi vida y, en menos de una semana, ya me había destrozado. Me había casado con él, había dimitido y no tenía dónde vivir.

Estaba a su merced.

—Archer —dije en un susurro, mi mente intentando alcanzar alguna solución que aún no veía.

¿Qué era lo que quería hacer? ¿Por qué sentía que todo lo que había conseguido estaba a punto de desmoronarse? ¿Por qué veía el futuro como un agujero negro?

—Archer —repetí, mi voz temblando ligeramente mientras trataba de mantener la calma. Mi mente se agitaba, buscando respuestas en un mar de incertidumbre.

Él dio un paso más hacia mí, su mirada fija en la mía, como si estuviera estudiando cada fragmento de lo que quedaba de mí.

—No debes tener miedo, Margot —dijo Archer, su voz más suave de lo que esperaba, pero cargada de una intensidad que me envió un escalofrío a lo largo de mi columna.

Me miró fijamente, y en ese momento me pregunté si realmente me conocía tanto como para saber lo que estaba pensando. Tal vez sí. Tal vez siempre lo había hecho.

Yo quería gritarle, pedirle respuestas, exigirle que me explicara cómo habíamos llegado a este punto, por qué hizo todo lo que me hizo, pero no lo hice.

Algo en su mirada me decía que no era el momento adecuado. Sí, su presencia tenía el mismo efecto sobre mí. Me dejaba sin aliento, me paralizaba, y era el miedo. Sin embargo, ahora también me atraía de una manera aterradora.

—¿Qué quieres de mí, Archer? —pregunté finalmente, mis palabras saliendo casi como un suspiro.

Necesitaba escuchar las palabras, porque solo entonces podría estar segura de él. Archer era muchas cosas, había hecho muchas cosas, pero nunca me mintió. A Eliza sí, al abuelo sí, pero a mí nunca, y siempre cumplió con sus promesas.

Él sonrió, pero no era una sonrisa cálida. Era una sonrisa que indicaba que tenía todo bajo control, que todo ocurría según su plan, sin importar lo que yo pensara o sintiera. Como siempre.

—Lo que quiero, Margot, es que entiendas que esto es más que un simple contrato. Es una necesidad, una obligación que no podemos eludir. La abuela no se va a ir tan pronto, pero cuando lo haga... no quiero que te arrepientas al mirar atrás, no quiero que digas que perdiste años de tu vida. Somos jóvenes, nos conocemos.

Aquí resoplé, y su mirada penetrante se fijó en mis ojos.

—Nada.

—Margot —gruñó él.

—Nos conocemos, ¿sí? Esa es razón suficiente para que nunca me hubiera casado sin amenazas y chantaje.

Y aunque intenté resistir, un nudo en mi estómago me decía que él tenía razón en algo. No podía seguir negando lo que estaba ocurriendo.

—Entendido, por eso hay que ser listos y sacar lo mejor de la situación, ¿no crees?

—Y si me niego, ¿qué pasa entonces? —pregunté, aunque sabía que ya no tenía muchas opciones.

Archer se acercó más, y pude sentir su aliento cerca de mi oído, un susurro que me hizo estremecer.

—No puedes negarte, Margot, y lo sabes. Entiendo que reconocer lo que sientes es difícil, pero a mí no me puedes engañar. Lo he visto en tus ojos, en cómo tu cuerpo responde a mis caricias.

Mis ojos se abrieron de par en par ante sus palabras. No sabía si debía estar aterrada o furiosa por lo bien que podía leerme, pero la mezcla de ambas emociones me desbordaba.

Me tomó unos segundos encontrar mi voz.

—No seré parte de tus juegos, Archer. Si decido hacer algo, será porque yo lo he decidido, no porque a ti te convenga.

Su expresión cambió de inmediato. La calma que había mostrado antes se desvaneció, dejando ver a un hombre decidido, con una sombra peligrosa en sus ojos. No era un hombre que aceptaba un *no* como respuesta.

—Lo que tú quieras no cambia nada, Margot. Ya es tarde para arrepentirse. Ya no hay escapatoria y, tarde o temprano, harás lo que yo quiera.

Obvio. Se me había olvidado lo testarudo que era Archer, como odiaba no salirse con la suya. Yo misma me había metido en esta situación.

Era solo sexo, algo que a mí me costaba más que las matemáticas, y Archer no tardaría más de un cuarto de hora en darse cuenta de que no valía la pena perder el tiempo conmigo. Estaría buscando a otra mujer para satisfacer sus deseos.

¡Dios! A veces mi mente tardaba demasiado en procesar la información y me metía en problemas.

Me quedé en silencio, buscando una salida que parecía no existir. Mi mente estaba saturada de pensamientos contradictorios, y la idea de estar atrapada en este matrimonio con Archer me aterraba.

Uno de conveniencia podría soportarlo bien, pero uno que conllevaba compartir cama ya era otro asunto. Lo peor era que, en lo profundo de mi ser, lo deseaba.

A Archer. Al esposo. Al matrimonio.

Archer se acercó más. Mis ojos se encontraron con los suyos, y por un segundo, el mundo fuera de esa habitación desapareció. Su mano, con suavidad, se posó en mi mejilla, y un escalofrío recorrió mi cuerpo al sentir su toque.

Aunque intenté mantenerme firme, su cercanía me desarmaba. Y sí, ahí estaba la atracción de la que Archer habló; tan palpable, tan natural, tan justa. ¿Cómo podía algo tan simple como su proximidad afectarme de esa manera?

—Margot —dijo, su voz baja, casi como si estuviera probando mi reacción.

No supe cómo responder, y antes de que pudiera articular algo, sus labios se posaron sobre los míos. Mi cuerpo reaccionó, aunque mi mente aún intentaba buscar una manera de rechazarlo.

Al principio, fue solo un roce, algo que no pretendía ser importante, pero poco a poco, la tensión acumulada entre nosotros comenzó a transformarse en algo más. El beso fue agresivo, lleno de urgencia; una invitación a explorar lo que estaba surgiendo entre nosotros, sin presiones, solo una manera de ver si de verdad había algo allí.

No fue un beso suave ni delicado como nuestro primer beso, ni un roce ni un roce de los labios como el del juzgado. Fue un beso; su boca se abrió sobre la mía, su lengua insistió contra mis labios hasta que se separaron (lo que, me temo que admitir, no requirió mucha insistencia) y luego su lengua se deslizó dentro.

Me incliné hacia él, mis brazos se levantaron y se deslizaron alrededor de su cuello y mi mano izquierda se metió en su cabello. Incliné mi cabeza hacia un lado y le devolví el beso porque sí, yo era así de boba.

Cuando se separó un poco, me sentía un poco mareada por el beso y cálida y acogedora presionada contra su cuerpo duro.

Algo había cambiado, algo grande. Se sentía en el aire, lo veía en sus ojos. Estaba en la suavidad con la que sus dedos presionaban mi cadera, en la ligereza de la otra mano que deslizó hasta mi cuello.

—Esto no tiene por qué ser difícil, Margot —dijo suavemente, su tono mucho más suave ahora.

Tomé una respiración profunda, mi corazón aun latiendo con fuerza. Había verdad en sus palabras, en esta situación, que no podía ignorar. Quizás esto podría ser bueno, una manera de ayudar a Eliza y de hacer las paces con mi pasado.

¿Cómo era ese dicho? ¿Perdonar para poder avanzar?

Pensé que eso sería todo, pero sus labios bajaron hasta los míos, y su mano en la parte de atrás de mi cabeza inclinó mi cara hacia arriba antes de besarme de nuevo. Fue una repetición del anterior beso, pero mejor.

Cuando terminamos, mis brazos estaban alrededor de su cuello otra vez.

—Esto no va a terminar bien —susurré, y, incluso para mí misma, no soné muy convincente.

Archer sonrió.

Esa sonrisa, un destello travieso en sus ojos que parecía entenderme mejor que yo misma. Esa sonrisa que no necesitaba palabras para expresar lo que sentía. Con solo verla, mi corazón comenzó a latir más rápido, y una ola de calor me recorrió el cuerpo. No era solo una sonrisa cualquiera; era la sonrisa que derribaba mis defensas, que desarmaba mi racionalidad y me sumergía en un mar de sensaciones intensas.

Me miró como si supiera exactamente lo que pasaba por mi cabeza, como si hubiera leído cada pensamiento que intentaba esconder. No me importaba, no en ese momento. Lo único que

deseaba era que esa sonrisa nunca se desvaneciera, que me envolviera y me llevara a un lugar donde no existiera el miedo ni las dudas.

Y, en ese momento, supe que estaba perdida, que iba a darle a Archer lo que fuera. La luna del cielo, mi corazón en una bandeja de plata, mi cuerpo en su cama. ¿Por qué? Porque veía en sus ojos, en su sonrisa, todo lo que había añorado en mi vida.

—¿Por qué? —preguntó Archer, su voz suave, cargada de una mezcla de curiosidad y certeza.

—¿En serio me estás preguntando por qué? ¿Acaso has perdido la memoria? ¿Has olvidado todo lo que ocurrió entre nosotros, todo lo que me hiciste? —respondí.

—No, pero tú deberías olvidarlo. Deja el pasado en el pasado y disfruta de tu presente, ¿o quieres convertirte en una mujer amargada como la señorita Pamela?

Oh… no podía con este hombre.

—Yo no soy como ella —espeté, recordando a la vecina de Eliza.

Era una mujer mayor que vivía al otro lado de la calle, en una mansión enorme, rodeada de sus veinte gatos. Solía salir por la mañana a ver marcharse al colegio a los hermanos Cantrell, y los regañaba por cómo iban vestidos, por cómo caminaban y por el tono de su voz al decir *buenos días*.

Después venía a tomar el té con Eliza, y me tocaba a mí sufrir sus críticas. Pero yo no era como ella y nunca lo sería. Además, era lo único en lo que todos estábamos de acuerdo: la señorita Pamela era una mujer insoportable.

—Si tú lo dices —su mano se cerró suavemente en mi cabello, y su boca se dirigió a mi oído. Luego susurró: — Yo no estoy tan convencido.

¡Dios mío! Mi cabeza se mareó, y mis rodillas se debilitaron tanto que tuve que sujetarme fuerte.

—Archer, tengo miedo —susurré.

Besó mi cuello, luego levantó la cabeza y me miró.

—Margot, el miedo es bueno, pero prometo que valdrá la pena.

Mi corazón comenzó a latir más rápido, por miedo, por todo. Los años de odio y resentimiento entre nosotros no podían desvanecerse en el aire, como si nunca hubieran existido. No obstante, temía que eso fuera precisamente lo que iba a suceder.

El roce de sus labios sobre mi cuello, ese susurro, despertó algo dentro de mí que no estaba lista para enfrentar. Me recordó que, como siempre, Archer tenía razón. Yo no estaba viviendo.

—No te estoy pidiendo tu confianza ciega, Margot —dijo, su voz grave y controlada, aunque sus ojos brillaban con una intensidad que me desarmaba—. Solo quiero que me des la oportunidad de ganarla.

El calor de su cercanía me envolvía, y me sentí atrapada entre lo que había sido y lo que podría ser. Quería empujarlo, mandarlo a la mierda, pero algo en su presencia me lo impedía. Era como si algo nos tuviera atados.

Él no tuvo problema en hacerme daño, pero yo era incapaz de resistir sus avances, a lo que me hacía sentir.

¿Cómo podía ser que después de todo este tiempo, él aún tuviera este efecto sobre mí? ¿Cómo podía mentirme y no recordar la verdadera razón de mi marcha?

Sí, Archer fue un cabrón de mierda, pero de alguna manera, siempre estaba ahí. ¿Sabes? Cuando sentía que no tenía a nadie, cuando me escondía en los rincones a llorar envuelta en una capa de soledad y tristeza, aparecía él. Para atormentarme, sí, pero me buscaba, y ya no estaba sola, ya no estaba triste.

Estaba corriendo por mi vida.

De una manera muy jodida, sentía algo por Archer. Lo sentía entonces. Lo sentía ahora.

—¿Y por qué debería darte una oportunidad? —contesté, aunque sabía que mi tono ya no era tan desafiante como antes.

Archer no respondió de inmediato. En cambio, me observó por un largo minuto, como si estuviera analizando cada uno de mis gestos, cada cambio en mi expresión. Estaba segura de que tenía un superpoder y me leía los pensamientos.

Luego, sin previo aviso, tomó mi mano y la presionó con firmeza sobre su corazón.

—Porque esto no es solo por el testamento, Margot —dijo en voz baja, como si las palabras fueran un secreto compartido solo entre nosotros dos—. Es por nosotros, es por empezar de nuevo. Sé que las palabras no son suficientes para reparar el daño que te hice.

Apretó sus dedos sobre los míos, como si eso me mostrara algo más que arrepentimiento. Pero necesitaba más que promesas, más que gestos vacíos. Aunque, la verdad, eso era algo que nunca había visto en él. Siempre fue duro conmigo, nunca pidió perdón, nunca quiso ser mi amigo.

Lo miré fijamente, buscando en sus ojos esa parte de él que tanto daño me hizo. Aunque no podía verla, sabía que estaba ahí. Total, estaba casada con él en este momento porque me había amenazado.

Pero de alguna manera seguía dudando. ¿Era tonta o qué? ¿Sentía algo por Archer, o era un clásico síndrome de Estocolmo? ¿Era una ilusión creada por la muerte del abuelo, por volver a casa, por la necesidad de ser aceptada en la única familia que me quedaba?

—Archer, no sé. Después de todo lo que pasó, pedir una oportunidad así es una locura. Deberíamos centrarnos en fingir, en engañar a todos con el matrimonio y nada más. Con ser civilizados uno con el otro debería ser suficiente —dije, mi voz saliendo más áspera de lo que había planeado.

Cerró los ojos por un momento, como si el peso de su propia culpa lo hubiera dejado sin aliento. Cuando los abrió de nuevo, la sinceridad en su mirada era casi insoportable. Era tonta. Sí. Lo creí.

—Sé que nos quedan mil cosas por hablar, por las que pedir perdón, pero lo único que quiero ahora es cuidar a la abuela y hacer las paces contigo. Podemos ser la familia que Eliza necesita, la que todos necesitamos, Margot. Solo tienes que decir sí.

Mi corazón dio un vuelco.

Maldito hombre, sí que podía leer mi mente o tal vez simplemente yo era tan fácil de leer. Quería eso, quería una familia, y la quería tanto que estaba dispuesta a probar con el hombre que más odiaba (¿lo odiaba?) en el mundo.

—¿Una familia, Archer? —le respondí, aunque mi voz temblaba ligeramente. No podía ser tan débil frente a él, pero fracasé.

Él sonrió de una manera que no era amable, sino desafiante.

—Sí. Solo necesitas dejar de pelear contra lo inevitable y obtendrás todo lo que has deseado.

Mi mente daba vueltas, pero mi cuerpo no cooperaba. La cercanía de él, esa manera de presionarme contra su cuerpo. No solo mi mente era débil, mi cuerpo también. Estaba a punto de ceder, de aceptar que había algo en este trato que me atraía de una manera peligrosa.

—Te odio —dije, aunque no me sentía convencida ni siquiera de mis propias palabras.

Archer inclinó la cabeza, como si hubiera esperado esa respuesta, y me miró de una manera que me heló y me calentó al mismo tiempo.

—Lo sé. Y me encanta —murmuró, deslizando la mano a mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba y besándome.

No tardé mucho en devolverle el beso; simplemente lo hice, de inmediato.

Era un gran besador, y no es que yo tuviera mucha práctica, pero he oído por ahí que si todos los pensamientos desaparecen de tu mente y tus piernas tiemblan, entonces eso es un beso que vale la pena.

Y eso pasó.

El mundo desapareció.

Solo estábamos Archer y yo.

Y un futuro incierto.

Capítulo 10

Margot

Archer me observaba mientras terminaba de empacar las últimas cajas.

El apartamento que antes había sido mi refugio ahora parecía vacío, como si todo lo que alguna vez fue mío se hubiera desvanecido. Al menos había terminado con la parte más difícil: las cosas que realmente importaban, esas que no quería dejar atrás. Pero mis cajas eran pocas, demasiado pocas para lo que se supone que una persona debe tener después de tanto tiempo viviendo sola.

Cuando Archer apareció en la puerta de mi dormitorio, evité su mirada. No sabía cómo comportarme después de nuestra discusión, después de esos besos que me dejaron como una muñeca de trapo.

Sí, iba a darnos una oportunidad, pero no como él pensaba. No iba a convertirme en su esposa de verdad, no iba a meterme en su cama. Íbamos a ser amigos y nada más.

Familia.

—¿Eso es todo? —preguntó, mirando las cajas apiladas en la esquina.

Suspiré y me volví para mirarlo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Sí, esto es todo, Archer. Algunas personas saben cómo deshacerse de lo que no necesitan.

Mentira. No podía permitirme muchas cosas por varias razones. La primera, la económica; la segunda, por si acaso tenía que salir corriendo y dejar atrás mis pertenencias.

—Ah, claro, tú sabes muy bien cómo hacer eso —dijo, su tono casi sarcástico. Se acercó a la mesa donde había dejado las llaves y las metió en su bolsillo—. Me pregunto por qué te es tan fácil dejar a las personas que te aman atrás.

¡No! No se atrevió a decir eso.

Sentí una punzada atravesando mi pecho, pero no dejé que se notara. Y justo en ese momento, como si el universo hubiera decidido intervenir, el timbre sonó.

Rose había llegado en el momento perfecto.

—Oh —Rose balbuceó, dando un paso atrás involuntario cuando le abrí la puerta.

Obviamente, había visto a Archer.

—Rose, no esperaba verte tan pronto —dijo él, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

La mirada de Rose se fijó en la postura relajada de Archer, en la forma en que se había

apoyado contra el marco de la puerta de mi dormitorio. Conocía a mi amiga, y sabía que deseaba coger algo y tirárselo a la cabeza.

Pero no lo hizo.

Rose se aclaró la garganta y entró, pero con cada paso que daba, vi cómo las dudas se reflejaban en su rostro. Dudas, seguidas de una pequeña sonrisa que brilló en sus ojos, antes de apartar la mirada de Archer y fijarse en mí.

¡Oh, no! ¿Qué estaba tramando esta chica?

—Margot, lo siento, pero no podré quedarme mucho rato. Tengo que… irme, tengo una cita con el dentista y no puedo dejarla pasar. Ya sabes cómo es esto… —dijo, con una mirada que ya me decía que no se creía ni una palabra de lo que acababa de decir.

Rose me sonrió débilmente.

Oh, sí, sabía cómo era.

Rose odiaba a los dentistas desde que le hicieron daño uno al sacarle un diente cuando tenía ocho años, y luego, cuando uno le rompió el corazón. Ir al dentista era nuestra excusa, nuestra palabra secreta.

Debía seguirle el juego, aunque esto no se parecía a ninguna situación que hubiéramos vivido antes.

—Claro, al dentista —murmuré.

—Toma —dijo, sacando unas llaves del bolsillo—. Mis padres no están en casa, pero puedes abrir el garaje y guardar las cosas. Mi madre dice que hay suficiente espacio. Cualquier cosa, me llamas, ¿vale?

Mientras hablaba, caminaba de espaldas hacia la puerta y la abrió. Me sonrió, me lanzó un beso en el aire y un adiós a Archer.

—¿Garaje? —preguntó Archer.

Asentí.

—Los padres de Rose me hacen el favor de guardar mis cosas mientras…

—¿Por qué no te llevas todo a Cantrell Manor? Hay espacio más que suficiente.

No respondí ni lo miré.

—Tengo que bajar las cajas —dije, cogiendo una que sabía bien que era la que más pesaba.

No había comprado muchas cosas en mi vida, solo lo imprescindible, y un robot de cocina no podía faltar en ningún hogar.

Di tres pasos hacia la puerta antes de que Archer se acercara y cogiera la caja de mis manos. Murmuró algo, pero no lo entendí.

Me encogí de hombros y cogí otra caja.

Lo seguí al pasillo y no dije nada mientras esperábamos el ascensor. Era Archer. El administrador era un cabrón, pero no tonto. No se atrevería a decirle nada a Archer.

Me dirigí al coche, que estaba estacionado justo frente al edificio. Abrí la puerta de atrás de la camioneta y fingí no ver la mirada de Archer. Aunque, después, no pude ignorar su pregunta.

—¿Este es tu coche?

—¿No decías que me habías investigado? No tengo coche.

—Margot —gruñó.

¿Sabes? Conocía su tono, solía empezar a temblar cuando lo escuchaba, pero ahora me hizo sentir otras cosas, y ninguna era mala. Ninguna que reconocería que sentía.

—Archer, me escapé de casa con dieciséis años y cien dólares en el bolsillo. Tenía, bien dicho, tenía un buen trabajo, estudié y conseguí un lugar decente donde dormir. Un coche es un lujo que no me puedo permitir, pero ¿sabes qué? Tampoco lo necesito, porque ya tengo todo lo que me hace falta. Tengo paz, estoy feliz y segura o al menos lo estaba antes de tomar la estúpida decisión de volver por el funeral del abuelo. Déjalo, ¿vale? No insistas en recordarme que no tengo donde caerme muerta.

No insistió. No dijo nada. Simplemente me miró en silencio, con una intensidad que me puso los pelos de punta hasta que sentí que no podía más y me di la vuelta.

Subí a por más cajas y escuché sus pasos detrás de mí.

Más de veinte veces bajamos y subimos, y mientras tanto, la tarde comenzaba a caer, tiñendo todo con una luz dorada que le daba un toque romántico a nuestro alrededor.

La idea de dejar mi vida atrás, de guardar mis cosas en un garaje, no me hacía sentir nada en absoluto. Solo… vacío.

Archer llevó la última caja mientras yo me quedaba para echar un último vistazo. No lloré, a pesar de que quería hacerlo. No me tumbé en el suelo ni me escondí en el armario.

Había tomado una decisión, amenazas y chantaje aparte, y había que seguir adelante.

Subimos al coche, y la tensión en el aire era palpable. Esperé ver a Archer perder los nervios al ver el estado de la camioneta de Rose, pero no dijo nada. Eso me sorprendió.

Archer era el hombre rico que había vivido toda su vida rodeado de lujos, y la camioneta de mi amiga estaba a miles de años luz de entrar en esa categoría. Ni siquiera nueva podías decir que era un coche de lujo.

Era un coche de trabajo. Lo usó el abuelo de Rose, luego su padre, y cuando este quiso llevarlo al desguace, Rose decidió darle una oportunidad. Llevaba un par de años transportando a mi amiga a donde necesitaba ir.

Era funcional, y mientras no se caía a pedazos y no te entraba el agua por arriba, le servía.

Archer condujo. El sonido del motor era lo único que rompía el silencio incómodo. Yo miraba por la ventana, el paisaje borroso pasando a gran velocidad, mi mente en blanco.

—Oye, ¿estás segura de que no te quieres llevar las cosas a casa? —preguntó.

¿A casa?

—¿A tu casa? No, gracias. No tendré muchas cosas, pero son mías y no quiero darte la oportunidad de chantajearme con eso también.

Archer soltó una risa baja, sin mirarme.

—No te preocupes. Tengo otras armas que puedo usar para obtener lo que deseo de ti.

Me encogí de hombros, porque la otra opción era abrir la puerta y lanzarme fuera del coche.

A medida que nos acercábamos a la casa de los padres de Rose, los pensamientos en mi cabeza se volvían cada vez más confusos.

—Cuando lleguemos, yo hablaré, ¿ok? No quiero mentir a los padres de Rose —dije, sin girarme hacia él.

Archer se rio suavemente.

—Tal vez deberías practicar. La abuela no será fácil de engañar.

—Esa es tu problema. Yo acepté casarme contigo para salvar Cantrell Manor. De Eliza y de que se crea la historia de amor, te encargarás tú.

Entonces me miró.

Sí, estaba jodida porque me miraba como si hubiera esperado que dijera justamente eso.

¡Jesús!

—Ok, Margot, yo me encargaré —dijo, sonriendo.

Llegamos a casa y, afortunadamente, los padres de Rose no estaban en casa. Por supuesto que no estaban en casa, ella me dijo eso, pero mi mente estaba en completo caos.

Archer se bajó del coche sin decir una palabra y comenzó a sacar las cajas del maletero. Yo lo seguí lentamente, cada paso que daba hacia ese garaje parecía alejarme más de lo que alguna vez fue mi vida.

No tenía ganas de hablar. No en ese momento. Así que, en lugar de eso, me acerqué a él y, de manera silenciosa, comencé a meter las cajas dentro del garaje, sin mirar demasiado a mi marido.

Cuando todo estuvo guardado, me quedé mirando el lugar por un momento, tomando una bocanada de aire. Tenía la impresión de que era el final, y sí, aquí y ahora terminaba mi vida tranquila. Desde ahora en adelante, ya no podía tomar mis propias decisiones.

Mi vida iba a ser sobre Eliza, sobre recuperar su casa y conseguir que sus últimos años fueran bonitos.

Mi vida iba a ser sobre Archer, sobre entender qué era lo que quería de mí, qué quería yo y si merecía la pena el sacrificio que estaba haciendo.

—Listo —dije, sin mirar a Archer. —Mi vuelo sale a las ocho, ¿y tú qué harás?

Él se acercó a mí, esta vez sin ninguna sonrisa. Simplemente me miró, serio. Me quité el cabello de la cara que el viento fuerte se empeñaba en traer hacia mis ojos, dificultándome ver más allá de él.

No me había dado cuenta de que el cielo, antes claro, ahora se cubría de nubes oscuras

que avanzaban rápidamente.

—¿Vuelo? —preguntó él, sus palabras casi perdidas entre el rugir del viento.

Mi respiración se hacía más pesada a medida que las nubes se oscurecían aún más, y el viento se tornaba más agresivo. La tormenta estaba cerca.

Asentí sin decir nada.

—Comprueba tus mensajes, Margot, hay aviso de tormenta —dijo Archer.

Sí, podía ver que el tiempo había empeorado, pero esto era Boise, Idaho. No había huracanes ni grandes tormentas. Esa era la razón por la que elegí vivir aquí.

Lejos de todos y a salvo de las tormentas que pueden cambiar el rumbo de la vida de una persona.

Comprobé mis notificaciones y tenía un correo electrónico de la compañía aérea. Mi vuelo no estaba cancelado todavía, solo retrasado. Me daban la opción de coger otro al día siguiente, y la acepté enseguida.

Las tormentas y yo no éramos buenas amigas.

Yo las odiaba, y tenía la impresión de que ellas a mí también. ¿Por qué otra razón me habían quitado a mis padres?

El problema era que ahora ya no tenía adónde ir.

En la camioneta de Rose solo quedaban mis dos maletas, que iba a llevar conmigo después. De hecho, el plan era coger un taxi e ir al aeropuerto. Estaba sin coche, sin casa porque ya había dejado el apartamento.

Mientras pensaba, no le presté atención a Archer.

—¿Vienes? —gritó para que le escuchara.

Él estaba en la calle, junto a una limusina, mientras un hombre vestido de traje metía mis dos maletas en el maletero.

Hmm, quizás tener un marido no iba a ser tan malo, ni siquiera si estábamos hablando de Archer.

Por lo menos me había resuelto un problema.

∞∞∞

La tormenta rugía fuera del hotel de cinco estrellas, azotando los cristales con la furia de una noche interminable. El aire estaba cargado de humedad y el viento, que golpeaba la fachada, parecía querer llevarse consigo todo lo que tocaba.

Y yo estaba a salvo. Bueno, a salvo de la tormenta porque en la suite lujosa había un peligro mayor.

Archer.

Verás, subí a esa limusina pensando que íbamos a ir en coche a casa, pero estaba equivocada. Llegamos a un hotel y Archer no me dio la posibilidad de decir que no. Él había

dicho, con una expresión seria e distante, que íbamos a pasar la noche allí.

La situación era inusual, sin duda. La actitud de Archer cambiaba más que la mía durante la menstruación. No tuve elección y ahora estaba atrapada en este edificio azotado por la tormenta, rodeada de lujo y confort, ignorada por el hombre cuya expresión daba más miedo de lo que ocurría afuera.

Podía quedarme de pie frente a la gran ventana y observar cómo la tormenta golpeaba la ciudad con furia, cubriéndola de sombras y ruido.

La habitación era grande, una zona de estar con sofá y mesita de café, otra para dormir con sábanas blancas que se extendían en la cama king-size. El aire tenía un leve aroma a flores frescas y la luz suave de las lámparas dibujaba sombras en las paredes, creando una atmósfera acogedora.

Sin embargo, a pesar de la belleza del lugar, no podía dejar de sentirme inquieta. Estar allí, en esa habitación, con Archer tan cerca, me sentía vulnerable, expuesta, enfrentándome a mis propios deseos.

Y Archer no ayudaba.

Estaba distante y ocupado en su portátil. También hizo un par de llamadas durante las que averigüé que en los negocios no tenía paciencia ni perdón. Los errores se pagaban y fui testigo de cómo despidió a su empresa de marketing porque los beneficios de la última campaña de publicidad fueron por debajo de las expectativas.

No hubo excusas, ni segundas oportunidades. Su tono frío y calculador no dejaba espacio para la empatía, solo para resultados.

Mientras él hablaba con la empresa, yo me quedé observando, casi hipnotizada por la eficiencia con la que gestionaba todo. Era como si las emociones no tuvieran cabida en su mundo. Cuando colgó, miró hacia mí, y por un momento sentí que su mirada era un reflejo de todo lo que había presenciado: implacable, directa, como si esperara lo mismo de todos los que lo rodeaban.

—Los negocios no son personales —dijo con voz baja, como si leyera mi pensamiento—. Si no puedes dar lo que has prometido, no tienes cabida.

Quería decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se me atascaban en la garganta. Me di cuenta de que en su mundo yo también era un negocio. El problema era que yo no había prometido nada, pero sabía sin lugar a duda que Archer esperaba mucho de mí y que iba a conseguirlo de todos modos.

Si yo quería o no.

Poco después llamaron a la puerta. En algún momento, sin que yo me diera cuenta, Archer había pedido la cena. Tenía hambre y lo que fuera que había en las bandejas que trajeron en el carrito de los camareros olía fenomenal, pero mi estómago estaba cerrado.

Siempre me pasaba lo mismo, los nervios no me dejaban comer, ni siquiera si estaba hambrienta.

Archer me miró con el ceño fruncido cuando le dije que no quería comer, y hubiera dicho algo, si no fuera porque cogí mi neceser y me encerré en el cuarto de baño. No me apresuré para

nada.

Primero, porque quería probar todas las comodidades del hotel.

Los artículos de tocador incluían más que el habitual champú y gel de ducha. Exfoliante para el rostro y el cuerpo, mascarilla para el cabello, sérum, aceite de masaje, crema hidratante. Aproveché y monté una pequeña sesión de spa en el cuarto de baño.

Segundo, porque quería evitar una conversación incómoda con Archer sobre la cama. Era grande, sí, pero no pensaba dormir con él. Ni dormir ni otra cosa. Mi plan era sencillo: quedarme en el cuarto de baño el tiempo suficiente para que él se fuera a dormir y luego salir y dormir en el sofá o en el suelo.

El problema es que se me olvidó que Archer era un maniático de la higiene dental y no se iba a la cama sin cepillarse los dientes ni usar el hilo dental. Entonces no estaba dormido cuando salí del cuarto de baño.

—Veo que te sigue gustando pasar horas encerrada en el cuarto de baño —dijo él, mientras se quitaba la corbata. La chaqueta la había dejado hace mucho sobre el respaldo de una silla.

Para mi vergüenza observé con mucha atención cómo deshacía con calma el nudo de la corbata, sus dedos moviéndose con una destreza que solo venía con la práctica. La tela se deslizó lentamente de su cuello, dejando al descubierto la línea marcada de su mandíbula, y fue entonces cuando, sin querer, mis ojos viajaron hacia sus brazos.

Al arremangarse la camisa, el movimiento hizo que sus músculos se tensaran bajo el tejido, delineando la curva de su bíceps con una precisión casi hipnótica. Había algo fascinante en la forma en que sus músculos se contraían.

¿Qué escondería debajo de esa camisa?

La imagen de sus movimientos, sencillos pero tan llenos de elegancia, me hizo preguntarme cómo se sentiría estar en sus brazos, ser acariciada por esas manos, estar debajo de ese cuerpo.

Lo miré a los ojos sintiendo cómo mi pecho se apretaba un poco. La idea de dormir tan cerca de él, de compartir la misma cama, me aterraba y alegraba al mismo tiempo. No era que no confiara en Archer, era que no confiaba… tampoco confiaba en mí.

Podía forzarme y no sería la primera vez.

Pero también podía seducirme y yo no sería capaz de oponerme.

¿Qué? Ya dejé claro que en mi mente había una lucha. A veces Archer era el villano de la historia y otras veces era el héroe.

Quizás debería buscar ayuda profesional.

—Creo que los dos sabemos por qué pasaba horas encerrada —dije, pero él me interrumpió, acercándose lentamente. Como un león a su próxima comida.

Definitivamente no tenía ninguna oportunidad si decidía tomarme.

—¿Por qué no olvidamos el pasado? —dijo con calma, sus ojos fijos en los míos, su voz tan firme como si ya supiera lo que sucedería a continuación—. Sé lo que sientes, Margot.

Claro, porque era una boba que se quedaba boquiabierta viéndolo quitarse la corbata. Quise gritarme, pero elegí no hacer más el ridículo.

—Ahora mismo siento que se me están cerrando los ojos de cansancio. Voy a dormir en el sofá —empecé, pero antes de terminar, Archer ya estaba sacudiendo la cabeza.

—La cama. Dormirás en la cama.

—No, el sofá es demasiado pequeño para ti —dije.

—Yo también dormiré en la cama —declaró, y su seguridad me desconcertó.

El modo en que me hablaba, cómo parecía leer mis pensamientos, me hacía sentirme expuesta, como si estuviera a su merced.

Y lo estaba, ¿a quién pretendía engañar? Archer sostenía mi vida en sus manos.

—No creo…

Empecé, pero me miró con tal intensidad que supe que no debía seguir. Que no tenía otra opción que la de meterme en la cama.

Archer se alejó un poco. Me quedé quieta, observando cómo él se acomodaba en el sillón junto a la ventana y miraba la pantalla de su teléfono móvil. Pude comprobar que sus grandes dedos no le impedían escribir en el pequeño teclado a una velocidad sorprendente.

Incluso diría que lo hacía mejor que Rose, que era capaz de enviar dos correos electrónicos, contestar tres mensajes en Tinder y subir una publicación en Instagram en menos de tres minutos.

No obstante, me ignoró y, de alguna manera, eso me dio una extraña sensación de calma. Eso y el hecho de que me había puesto el pijama más feo que tenía. Ningún hombre me miraría dos veces.

Me quité la bata y rápidamente me deslicé bajo las sábanas.

La tormenta seguía rugiendo afuera, pero dentro de la habitación, la quietud era la que dominaba. Y mientras el tiempo pasaba, yo seguía mirando a Archer, que estaba ajeno a mi mirada.

Era extraño cómo yo sabía, sentía, cuando él me miraba, pero mi mirada no tenía el mismo efecto sobre él. Mis ojos se fueron cerrando mientras, en mi mente, los pensamientos y las preocupaciones sobre el futuro no dejaban de dar vueltas.

Capítulo 11

Margot

La mañana llegó con una calma inusual.

Al despertarme, el sol comenzaba a asomar tímidamente entre las nubes, enviando suaves rayos de luz que se filtraban a través de las cortinas de la habitación.

Me sentía tranquila. La tormenta finalmente había cesado en algún momento de la noche. Tampoco hubo incidentes con Archer, que estaba al otro lado de la cama. Era tan grande que él dormía sobre su espalda, con una mano sobre su abdomen y con la otra al lado de su cuerpo.

Yo estaba tumbada hacia él, con vistas hacia su pecho desnudo. La sábana me impedía ver si en la parte de abajo llevaba algo o no. Anoche me pregunté cómo se veía sin camisa y ahora tenía la oportunidad de echarle un buen vistazo porque él estaba durmiendo, o sea, podía babear tranquila que no me iba a pillar.

Dejé que mi mirada vagara sobre su cuerpo. Desde su rostro relajado, que parecía el de otra persona. Sobre su cuello y sus hombros grandes. Sobre los músculos de su pecho. Hasta su abdomen, sobre el que descansaba su mano.

Mi mente fue más allá, mi imaginación empezó a vagar en un territorio peligroso y me di cuenta de que debía salir de esa cama antes de cometer una locura. Por ejemplo, atacar a Archer. Al final, él ni siquiera tenía que intentar porque ya caía yo sola.

Me levanté, poniéndome rápidamente el albornoz de algodón que descansaba sobre la cama, y corrí al cuarto de baño. Salí tres segundos después al darme cuenta de que no había cogido nada de ropa.

Perdí unos buenos momentos en encontrar lo que necesitaba y luego regresé al cuarto de baño, donde pasé bastante tiempo, aunque menos que la noche anterior.

Volví a la habitación llevando un vestido que daba la casualidad de que era mi favorito. Era un vestido sencillo pero elegante, de un tono verde claro que resaltaba mis ojos y ajustaba perfectamente a mi cuerpo. El escote era discreto, con pequeños bordados en hilo plateado. Era mi favorito por la tela que fluía delicadamente; a medida que me movía, se deslizaba suavemente sobre mi piel acentuando mis curvas.

Archer ya estaba despierto, con su rostro parcialmente iluminado por la suave luz del día, mientras miraba distraídamente por la ventana. Cuando me escuchó entrar, sus ojos se posaron en mí.

Su mirada se hizo más intensa. Lo noté, pero no sabía a qué se debía, y tampoco me apetecía pensar demasiado en él.

—Buenos días —dijo, sonriendo con esa expresión que hacía que mi pecho latiera con más fuerza de lo que debía.

—Buenos días —murmuré.

Caminé hacia la pequeña mesa junto a la ventana, donde ya había llegado el desayuno. Un café humeante, croissants recién horneados, jugo de naranja y fruta fresca estaban dispuestos de manera ordenada.

No le devolví la sonrisa, simplemente me senté y, dos segundos después, él se sentó frente a mí. Me serví un poco de café y, no sé por qué, le serví uno a él también. Total, él tenía manos, ¿no?

No pude evitar sentirme un poco nerviosa bajo su atención. Parecía que tenía una línea directa a mi mente, obteniendo la información antes de que yo misma pudiera procesarla.

Al sentir su mirada fija en mí, levanté los ojos hacia él, notando la intensidad de su expresión. No dijo nada, pero la ligera sonrisa en sus labios me indicó que había notado mi nerviosismo.

—¿Pasa algo? —pregunté, con una ligera curiosidad.

Archer sacudió la cabeza suavemente.

—Nada —dijo, tomando un sorbo de su café—. Solo… me gusta cómo te queda ese vestido.

Lo miré, sabiendo que lo que acababa de decir era una mentira, pero decidí no insistir. Algo en la manera en que él me miraba me daba una sensación extraña, ni buena ni mala, solo extraña.

La conversación fue inexistente durante el desayuno, y luego, también.

Archer solo me informó de que había cambiado mi vuelo y que los dos íbamos a coger uno a las diez de la mañana. Se metió en el cuarto de baño antes de que pudiera pedirle más explicaciones.

No es que hubiera servido de mucho. Daba igual si era un vuelo u otro.

∞∞∞

El aeropuerto estaba lleno de gente; el bullicio de las maletas rodando sobre el suelo y las conversaciones entre los viajeros se mezclaban con el suave sonido de los anuncios por megafonía.

Archer caminaba junto a mí, tranquilo y distante. Yo, nerviosa.

En serio, no sabía cómo lidiar con este hombre. En un momento me estaba mirando como si quisiera devorarme a besos (y algo más), y al siguiente parecía que quería cavar un agujero y enterrarme ahí.

Después de la noche en el hotel, cogimos las maletas y un coche nos llevó al aeropuerto, pero antes ocurrió algo incómodo. No sabía cómo llamarlo. Caliente era una palabra más adecuada. Vergonzoso, también.

A ver, Archer se fue a la ducha, y yo cogí mi taza de café y salí al pequeño balcón para disfrutar de las vistas. Había salido el sol y hacía un día precioso. De repente, algo me hizo girar la cabeza y mirar hacia el interior de la habitación.

Bueno, y vi a Archer, que había salido del cuarto de baño, pero lo había hecho solo con una toalla atada alrededor de sus caderas. Toalla que luego se quitó para vestirse.

Miré, ¿vale? No aparté la vista. No abrí la boca para decir que estaba ahí. Simplemente disfruté del magnífico espectáculo. Y es que los únicos cuerpos masculinos que había visto desnudos eran los de las películas.

Obviamente, fue un shock para mí. Eh, no, fue muy interesante, y lo disfruté al máximo.

Esa fue la parte caliente.

Luego vino la parte vergonzosa, cuando Archer se estaba abrochando los vaqueros (sin haberse puesto ropa interior, lo que era algo impensable para mí) y levantó la cabeza. Miró directamente a mis ojos.

No dije nada.

Él no dijo nada.

Terminó de abrochar los botones y cogió una camiseta negra que se ajustaba demasiado bien a su cuerpo. Luego dijo:

—El cuarto de baño está libre si quieres tomar una ducha fría.

Con las mejillas rojas de vergüenza, me di la vuelta y me quedé en el balcón hasta que me dijo que era hora de marcharnos.

Y ahora nos acercábamos al control de seguridad, pero justo antes de llegar, un hombre corpulento, con una maleta de ruedas que parecía no tener control sobre su velocidad, tropezó conmigo.

Me empujó fuera de su camino, haciendo que perdiera el equilibrio y estuviera a punto de caer.

—¡Cuidado! —exclamé, con el corazón latiendo rápido, aunque mi voz no fue tan firme como me hubiera gustado. Siempre me costó defenderme, quizás porque sabía que era en vano.

El hombre siguió caminando, mirando su teléfono con una indiferencia que solo aumentaba el disgusto que sentía hacia ciertas personas.

Pero Archer reaccionó de inmediato. En un abrir y cerrar de ojos, él se adelantó con rapidez, poniendo una mano protectora en mi espalda y, con la otra, empujó al hombre.

—¡¿Pero qué demonios?! —gritó el hombre, furioso, su voz llena de rabia contenida.

No obstante, su ira no duró mucho. Se detuvo, levantó la vista de su teléfono y se encontró con Archer, que lo fulminaba con la mirada. La actitud del hombre cambió al instante al notar la expresión de Archer.

—Yo —empezó el hombre.

Archer lo cortó inmediatamente:

—Pide disculpas. Ahora.

Por un lado, mi corazón dio un vuelco al ver que él me estaba defendiendo, pero por otro, ya me estaba imaginando, dándole explicaciones a Eliza sobre la razón por la que su nieto estaba en la cárcel.

—Archer, está bien. No fue nada, solo un accidente —dije, tratando de restarle importancia al asunto.

Pero Archer no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Sus ojos seguían clavados en el hombre, que ahora parecía arrepentido. O mejor dicho, ya se había dado cuenta de que Archer no era alguien con quien quisieras meterte.

—Disculpas —gruñó Archer.

El hombre no era tonto y no perdió ni un segundo más.

—Perdón, perdón, no la vi, no fue mi intención —murmuró, y antes de que Archer pudiera continuar, el hombre se alejó rápidamente, sin atreverse a decir una palabra más.

Incliné la cabeza y miré a Archer. Intentaba no dejar ver lo que sentía, esa oleada de calidez que me había invadido desde el momento en que Archer me defendió. Era extraño, sabía que todo lo que hacía Archer era con la única intención de obtener lo que deseaba de mí, pero aun así no podía evitar sentirme protegida.

—Gracias —murmuré.

Archer me miró, todavía con los músculos tensos, la sombra de la furia aún presente en su rostro.

—Es mi deber —dijo en voz baja, como si esa fuera la única razón válida para su reacción.

Ya.

Lo miré, buscando algo más en su rostro, algo que explicara esa reacción tan impulsiva. ¿Era una muestra de lo mucho que él se preocupaba por mí? Soñar era gratis, ¿no?

La verdad era que Archer era así, su temperamento era el que era y nadie podía molestar lo que era suyo. Y por ahora, yo le pertenecía. Nadie podía hacerme daño.

Solo él.

—Tu deber —murmuré suavemente.

Archer me miró y, lentamente, su rostro se relajó, hasta que finalmente me sonrió de manera casi imperceptible.

—Claro, y si quieres, te puedo hacer una lista de lo que considero que es mi deber como tu esposo —dijo.

Me acerqué a él y, con una sonrisa tranquila, respondí:

—Soy toda oídos.

Su sonrisa se ensanchó, como si supiera que esta conversación no sería ni simple ni aburrida. Era el comienzo. Miró al frente antes de volver a enfocarse en mí, su mirada más intensa.

—Primero, protegerte, por supuesto. Mantenerte a salvo de cualquier cosa que pueda

dañarte. Eso es lo mínimo que puedo hacer.

Pude ver que sus palabras estaban impregnadas de sinceridad, pero algo en su tono me decía que había más detrás de esa afirmación. Quizás cualquier cosa lo incluía a él también.

—Segundo —continuó, sin dejar de mirarme, su voz más baja—, asegurarme de que te sientas cómoda en todo momento. Si necesitas algo, mi deber es dártelo.

Mi pulso se aceleró al notar la forma en que su mirada se detenía en mis labios por un segundo. Sabía que no se refería solo a lo material, y la tensión entre nosotros creció aún más.

—Y tercero —dijo, ahora con una sonrisa ladeada—, cumplir con todas tus necesidades sin que tengas que pedirlo. Eso incluye, por supuesto, el aspecto más íntimo de nuestra relación. Después de todo, es la principal razón de un matrimonio, ¿no?

Me quedé en silencio un instante, procesando lo que había dicho. Las palabras colisionaron en mi mente, y aunque me sentía atraída por él, la idea de ceder tan rápido me resultaba difícil de aceptar. Archer no parecía notar mi vacilación, o tal vez lo hacía a propósito, como parte de este juego de poder que tan bien conocía.

Lo miré fijamente, con una expresión que trataba de mantener la calma, aunque mi corazón latía con fuerza. Finalmente, respondí:

—¿Eso es lo que consideras un deber? —pregunté, con un leve toque de desafío en mi voz—. Protección, comodidades, sexo. No estoy tan segura de que todo eso sea necesario, teniendo en cuenta nuestro acuerdo, ¿verdad?

Inclinó ligeramente su cabeza hacia adelante, como si no quisiera perderme ni una palabra.

—¿No, Margot? —preguntó, como si disfrutara de cada segundo de nuestra conversación —. Ya veremos. Como te dije, soy un hombre de deberes... y los cumpliré. Solo espero que no te sorprendas cuando llegue el momento.

Me mantuve quieta, pero por dentro, sabía que este juego de deberes apenas comenzaba, y no estaba segura de quién de nosotros estaba más ansioso por comenzar.

Archer no apartó la mirada de mí, a pesar del ajetreo a nuestro alrededor. Era como si estuviéramos solos. Él y yo, en una burbuja, donde estábamos poniendo las bases de nuestro futuro.

Su expresión se suavizó un poco mientras su mano llegó a mi barbilla e inclinó mi cabeza hacia arriba.

—Todo saldrá bien, Margot. Tienes mi palabra —dijo, y luego acercó su rostro al mío, mostrando una sonrisa de lo más provocativa—. No miento cuando te digo que será un placer cumplir con mi deber, y será lo mejor de tu vida.

Archer estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, pero en este juego, las reglas las ponía yo. O, al menos, iba a intentarlo. Me incliné hacia adelante, presionando mi cuerpo contra el suyo, acercando mi boca a la suya, y con una voz suave pero segura, le respondí:

—Tal vez, pero aún no estás tan cerca de convencerme. Los deberes no siempre son tan claros como parecen, Archer. A veces, hace falta algo más que palabras. Y tú, sin duda, necesitas algo más que eso. Podrás seducirme con facilidad, pero mi confianza, esa, no lograrás ganarla.

—No esperaba otra cosa, querida. Pero, no puedes negar que eso hace las cosas mucho más interesantes —dijo, con una mirada que ya no era solo de desafío, sino también de una necesidad callada, palpable.

Me obligué a dar un paso atrás, porque sentía la atracción que emanaba de él, y era tan fuerte que sabía que si cedía ahora, perdería todo control. Este juego, si lo estaba jugando bien, debería conseguirme lo que había soñado desde que era una niña. Y con Archer, mi única posibilidad de ganar era hacerlo esperar.

—¿Interesante? —pregunté, enarcando una ceja, desafiándolo de nuevo—. Eso es lo que te tiene aquí, ¿verdad? El desafío de convertir el odio que siento hacia ti en amor.

Archer me miró, esta vez con una calma inquietante, pero me mantuve firme, sin apartar la mirada.

—Y lo conseguiré, querida, no tengas ninguna duda. Lo conseguiré —susurró, tan cerca que casi podía sentir el roce de sus labios contra los míos.

Antes de que pudiera responder, levantó una mano y tocó suavemente un mechón de mi cabello. Luego sus dedos recorrieron mi piel con delicadeza, pero con una intensidad que me hizo estremecer.

Mi mente era un caos, y su cercanía no me estaba ayudando. Tomé una respiración profunda y me aparté ligeramente, con una sonrisa desafiante.

—Veremos si sigues pensando lo mismo dentro de unos días —respondí, dejando que mi tono insinuara que este juego estaba lejos de terminar.

Archer sonrió, pero era una sonrisa que no prometía nada bueno. Más bien, me decía que esto apenas comenzaba y que iba a disfrutarlo.

—Eso, querida, es lo que más me gusta de ti. Nunca te rindes fácilmente.

—Vamos a conseguir ese vuelo, ¿te parece? —dije, dejando que la diversión se desvaneciera con el recuerdo del pasado.

Rendirme nunca fue una opción. Aunque, para ser honesta, no es que me hubiera servido de mucho. Archer me hizo pedazos. Fui una muñeca en sus manos, una que torturó día tras día.

Archer asintió, ajeno a lo que pasaba por mi mente, y tomó mi mano con firmeza. Caminamos hacia el control de seguridad en silencio: él, seguramente planeando su siguiente movimiento; yo, hundida en los recuerdos del pasado.

Capítulo 12

Archer

Entré al salón con pasos firmes, como si me estuviera preparando para enfrentar algo mucho más complicado que una simple conversación. Beau y Dean estaban sentados en el sofá, charlando casualmente, pero al verme entrar, ambos levantaron la vista, sus rostros una mezcla de curiosidad y, para ser honesto, algo de diversión.

Ignoré sus miradas mientras me acercaba al bar y cogía un vaso de cristal grueso. El sonido del hielo al golpear el vaso fue seguido por un buen trago de whisky añejo.

Sin decir una palabra, volví a mirarlos, el vaso en la mano. Beau y Dean, en silencio, observaron el resultado. Sabían que no hacía falta decir nada; la bebida lo decía todo. Era una botella del 1926, regalo de la abuela el día que cumplí veintiún años.

Beau fue el primero en hablar, con una sonrisa ladeada en sus labios.

—¿Qué tal ha ido la mudanza? Solo has tardado veinticuatro horas —dijo, con un tono divertido.

Dean soltó una risa antes de preguntar:

—Sí, Archer, ¿acaso has olvidado cómo llevar un par de cajas?

Los miré con calma. Mis hermanos nunca perdían la oportunidad de burlarse de mí, pero hoy mi paciencia estaba a punto de agotarse. Y no por culpa de ellos.

Por ella.

Por Margot.

La había subestimado, y no solo a ella. Había subestimado el poder que tenía sobre mí. El plan fácil y sencillo que tenía desde que averigüé sobre el testamento se fue a la mierda en el instante en el que la vi.

Y es que Margot era una mujer muy difícil de olvidar. Era su belleza, su inteligencia. Era esa manera suya de mirarme, con el miedo brillando en sus ojos, y sin retroceder. Nunca dio un paso atrás, nunca corrió.

Aguantó todo. Día sí, día también, hasta que fui demasiado lejos y nos condené a los dos a un infierno en vida.

La mujer iba a ser mi perdición. Lo supe desde el principio y pensaba que me había librado. Pensé que al haber pasado tanto tiempo, al tener más experiencia, tenía todo bajo control. Pero estaba equivocado. La subestimé, ella tardó muy poco en llevarme al límite.

Estaba a un solo paso de cometer un error, y no es que fuera el primero ni el último de mi

vida. Es que era Margot.

—En realidad, he cambiado de opinión. Voy a cumplir la condición del testamento a pie de la letra —dije.

Tanto Beau como Dean se quedaron en silencio por un momento. La sorpresa estaba escrita en sus rostros, pero solo por un segundo.

Beau dejó escapar una risa baja, que rápidamente trató de sofocar al ver la seriedad en mi rostro.

—¿Y Margot qué tiene que decir? —preguntó, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando—. ¿Y eso qué significa para todas las mujeres que esperan una llamada tuya pegadas a sus teléfonos?

Dean soltó una carcajada, echándose atrás en el sofá.

—¡Oh, vamos, Beau! Sabes que Archer no tiene ningún problema con las mujeres. Será pan comido convencer a Margot de que lo que ella quiere es un matrimonio abierto —dijo, claramente disfrutando de la incomodidad que podía ver en mi rostro.

Apreté los dientes, sabiendo que mis hermanos no entenderían de inmediato las razones detrás de mi decisión. Sin embargo, no era momento de discutir esos detalles personales. En lugar de eso, les di una respuesta concisa.

—Lo que la abuela sabe es que este matrimonio es real, y vosotros también me vais a ayudar. No solo eso, os vais a portar bien con Margot.

Beau me miró, observándome con una expresión entre la incredulidad y el interés. Finalmente, se recostó en el respaldo del sofá, sonriendo de manera traviesa.

—Define bien, ¿bien como lo hiciste tú antes o bien como debería ser? —preguntó.

—Sí, Archer. ¿Cómo debemos portarnos? —añadió Dean, que parecía disfrutar aún más de la situación.

Hasta ese momento había mantenido la calma, pero dejé escapar un suspiro frustrado. La última cosa que quería hacer era hablar de mis sentimientos con ellos, especialmente cuando Margot estaba involucrada. Pero sabía que mis hermanos no lo dejarían ir tan fácil.

—Margot es familia tanto como lo es la abuela —respondí, mi voz firme—. Ella y yo tenemos un acuerdo y es nuestro asunto. Vosotros dos tenéis que ser amables, educados...

—O sea, el opuesto a nuestro comportamiento anterior —dijo Beau, intercambiando miradas con Dean, claramente divertidos con el giro que había tomado la conversación.

Ambos sabían cómo solía comportarme con Margot, las reglas que teníamos.

—¿Un acuerdo? —dijo Dean con una sonrisa divertida—. No me digas que el testamento de John está siendo más conveniente de lo que pensabas.

—Pues yo no voy a apostar por ti, hermano —dijo Beau—. Margot se escapó una vez y ahora es mayor, se le ve mucho más espabilada. No te será tan fácil vencerla.

Los miré fijamente, esta vez sin mostrar ninguna señal de incomodidad. Había aprendido a sobrellevar sus bromas a lo largo de los años y sabía que esto realmente era su manera de afrontar la situación.

—Eso es mi problema y mi responsabilidad es mantener las cosas en orden, por la familia —dije.

—Seguro, hermano, tú sabes mejor. Nosotros te apoyaremos en todo —declaró Beau.

—Lo que él dijo —añadió Dean.

—Gracias —respondí, poniendo fin a la conversación.

Sabía que, al menos por ahora, me dejarían en paz. Pero lo que de verdad me preocupaba era cómo convencer a Margot de que este matrimonio era lo mejor que nos podía haber pasado.

Primero tenía que convencerme a mí mismo.

Capítulo 13

Margot

El sol de la tarde se filtraba suavemente a través de las ventanas del salón, iluminando los detalles delicados de la Cantrell Manor. Esa tarde, el aire estaba cargado de felicidad, pero no exactamente mía.

Eliza se encontraba en una de las sillas de la sala, con las manos cruzadas sobre su regazo y una expresión de inmensa alegría. Sostenía una gran carpeta sobre sus rodillas, y no hacía falta ser adivina para saber lo que contenía.

Archer, el muy cabrón, me había abandonado después de llegar a casa, tras ese vuelo en el que traté de convencerme de que todo saldría bien.

Había olvidado quitarme el anillo de boda, y en cuanto entramos por la puerta de Cantrell Manor, Eliza volvió a ser una niña que acaba de encontrar debajo del árbol de Navidad el regalo más deseado.

Nos miró y exclamó:

—¡Estáis comprometidos!

De hecho, estábamos casados por obligación, pero mantuve la boca cerrada mientras Archer le explicaba a Eliza que no había razón alguna para esperar. Que desde ya iba a vivir allí con ellos, pero que él sería un caballero y dormiría en su habitación hasta la boda. Boda que debía organizar Eliza en el más corto tiempo posible.

Ella estaba tan emocionada que ni siquiera me dio tiempo para ir a refrescarme un poco. Pidió café y sándwiches antes de agarrarme de la mano y llevarme hacia el salón.

El muy cabrón se rio cuando giré la cabeza y lo miré, con la desesperación reflejada en mi rostro como si fuera un pobre cordero al que iban a sacrificar.

Aquí estaba yo, organizando mi boda con el hombre que me atormentaba en mis pesadillas. La vida realmente daba unos giros muy extraños.

—No puedo evitar emocionarme, Margot —dijo Eliza, sus ojos brillando con ternura—. Este es un día tan especial. Archer está tan feliz, y tú... tú eres la persona perfecta para él. No puedo esperar a ver cómo todo toma forma.

¿Perfectos? ¡Jesús! Era cierto lo que decían sobre los familiares que no podían ver la verdadera cara de sus seres queridos.

—Cuéntame, ¿cómo imaginas tu boda ideal? ¿Cómo te gustaría que fuera, de verdad? —preguntó Eliza, con una calidez que hacía difícil no sentir su entusiasmo.

No había pasado mucho tiempo soñando con una boda, excepto cuando era niña y me

dejaba envolver por algún cuento de princesas. No obstante, viendo la manera en que Eliza acariciaba la portada de esa gran carpeta, decidí que mi boda ideal sería de cualquier manera que ella quisiera.

—Pues no sé. Me gustaría algo pequeño, íntimo, pero luego pienso que esta es mi única oportunidad de tener una gran boda.

Eliza me miró con curiosidad.

—Entiendo lo que dices, querida —respondió con suavidad, una ternura que me sorprendió—. Y quiero que esta boda sea todo lo que tú sueñas, pero también es un día que celebra a la familia, las tradiciones. Archer y yo hemos visto muchas bodas grandes, y siempre hemos soñado con algo grandioso para este momento. Pero las pequeñas tienen un encanto especial, solo tenemos que encontrar un punto medio.

Sonreí, sabiendo que Eliza iba a encontrar la solución perfecta.

—¡Ya lo sé! —dijo, con un atisbo de esperanza en su voz—. Una boda grande, pero con detalles que sean nuestros, que hablen de nosotros. De lo que somos realmente.

Me levanté de la silla y me acerqué a ella, abrazándola con ternura.

No es que me emocionara su ilusión por la boda, no. Solo tenía que justificar las lágrimas que habían humedecido mis ojos.

¿Lo que éramos realmente?

Esto iba a ser un reto mucho más grande de lo que pensaba. Tenía que recordarme que Archer no era mi príncipe. Él era mi verdugo.

—Todo saldrá bien, querida —dijo Eliza, mientras acariciaba mi brazo—. Que sea una boda para ustedes, pero también para todos nosotros. Porque este es un día muy especial para todos. Es el comienzo de algo nuevo, pero también una celebración de lo que hemos sido.

El abrazo terminó, igual que mis lágrimas, y pudimos pasar a los detalles que seguían aguardando: las flores, los arreglos, la iglesia, los manteles de lino blanco, las velas.

La suerte estuvo de mi parte. La carpeta de Eliza contenía todo lo que me gustaba. Los colores, los pequeños arreglos de lirios para la iglesia y los grandes para el salón. Incluso tenía varias opciones para las tartas, y las lágrimas regresaron cuando las únicas opciones eran de chocolate.

Yo amaba el chocolate.

Archer lo odiaba.

Mi pequeña venganza.

∞∞∞

El bullicio de la tienda de novias era un contraste extraño con la calma que me acompañaba desde que habíamos dejado Cantrell Manor.

Estaba llena de telas brillantes, delicadas, de botones, lazos y encajes que colgaban de las perchas como promesas de sueños cumplidos. El escaparate, adornado con vestidos elegantes,

parecía un reino de fantasía, pero se sentía lejano de lo que yo quería.

En mi mente, todo tenía que ser perfecto, pero a la vez sencillo, y ese equilibrio parecía imposible de encontrar entre tanto brillo y volumen.

Eliza, como siempre, parecía estar en su elemento. A su edad, con su postura erguida y su sonrisa llena de confianza, la hacía parecer más una autoridad en el tema que una abuela cariñosa.

Era la señora de las decisiones firmes, la que sabía exactamente lo que quería, y que, en ese preciso momento, se acercaba a uno de los vestidos más exuberantes de la tienda, con la mirada fija, como si estuviera trazando un plan de batalla. La pobre vendedora que nos había atendido desde que entramos en la tienda no sabía lo que le esperaba.

— Margot, mira este —dijo, señalando un vestido de seda blanca, con un corsé ceñido y una falda de gran volumen que parecía diseñada para brillar bajo un cielo de estrellas.

Eliza lo miraba con satisfacción, convencida de que ese sería el vestido perfecto para la boda grande que estábamos planeando.

La miré y solté un suspiro largo. No podía evitar sentirme un poco abrumada por todo lo que estaba sucediendo. El vestido, el acto simbólico de vestirse de blanco, era la pieza central de todo ese día. Y lo quería perfecto para mí, no para los invitados, no para quedar bien en las fotos.

— No sé, Eliza. No estoy segura de si algo tan grande es lo que quiero. Pero sé que tengo que encontrar algo que me haga sentir bien. Algo que sea mío.

Eliza me miró con cariño, y con un susurro dijo: — Y lo vamos a encontrar.

Y seguimos.

Eliza, con la mirada fija en otro vestido que brillaba con sutiles bordados de plata, me llamó con entusiasmo. Sacudí la cabeza, pero ella no se detuvo.

—¿Y este? El estilo es clásico, pero moderno. Y mira esos detalles, ¡el corsé realzara tu figura de una manera espectacular!

Miré el vestido, y aunque era impresionante, tampoco era el vestido que había imaginado.

— Es hermoso, Eliza, pero no para mí —dije.

Fue entonces cuando, en un rincón de la tienda, vi un vestido que me hizo detenerme en seco. Era sencillo, pero con una belleza tranquila que me atrapó al instante. La tela era de un encaje suave, con detalles florales discretos que no sobresalían demasiado, y una falda ligera que caía en pliegues suaves.

No era lujoso ni sobrecargado, pero había algo en él que hizo que mi corazón latiera más rápido.

Era este, pero no del todo.

—¿Qué opinas de este? —pregunté a Eliza.

Ella tocó la tela con una suavidad casi reverente, y por un momento, su mirada se nubló.

—Me gusta —susurró, sonriendo, con los ojos brillando.

—Entonces, ¿lo llevo al probador? —preguntó la vendedora, con tono expectante.

Eliza me miró antes de girar la cabeza hacia la joven.

—No, gracias. Ya tenemos el vestido que queríamos.

Y, por primera vez desde que había decidido casarme con Archer, sentí que era lo correcto. Fue una sensación rara, pero había una paz inesperada en mi mente. Algo en mí se relajó, y por un momento, creí que tal vez, solo tal vez, esto estaba destinado a suceder.

∞∞∞

Subí las escaleras detrás de Eliza, el sonido de nuestros pasos resonando en el pasillo como si el mismo Cantrell Manor nos estuviera acompañando. El aire del ático era denso, impregnado de recuerdos que se filtraban entre las vigas de la casa. Había algo en el silencio de ese espacio que me hacía sentir, por un momento, como si estuviera en casa, como si perteneciera a algo más grande que mi propia historia.

Eliza caminó hacia una caja de madera en un rincón sombrío, casi invisible entre los trastos olvidados. Sus manos temblaron levemente al abrirla, y al hacerlo, el aroma de lo antiguo me golpeó de inmediato, un olor cálido que evocaba el paso del tiempo. Dentro, cuidadosamente envuelto en una tela amarillenta, estaba el vestido de boda. Nunca lo había visto, pero de alguna manera, algo en él me era familiar. Eliza no necesitaba decir nada; sus ojos, llenos de emoción contenida, lo decían todo.

Con un suspiro, ella sacó el vestido con la misma delicadeza con la que uno toca una reliquia preciada. El diseño era inconfundible, claramente de los años 40: un satén blanco que, aunque había perdido algo de su brillo, todavía conservaba una elegancia solemne. El encaje en el escote y las mangas era tan fino que parecía etéreo, como si estuviera tejido por las manos de un ángel. Los hombros, levemente estructurados, le daban un aire sofisticado, mientras que la falda caía suavemente, como una promesa de gracia. Un cinturón de perlas adornaba la cintura, y en ese instante, no pude evitar pensar en la historia que guardaba esa tela. En lo que significaba para Eliza.

Ella me miró, una mezcla de tristeza y esperanza en sus ojos, y sin decir una palabra, me ofreció el vestido. Su gesto era como si me estuviera entregando un legado no cumplido, una vida que no pudo vivir. Su voz, suave y cargada de emoción, llegó a mis oídos.

—Nunca pude usarlo, Margot —dijo, su tono casi un susurro—. Pero tal vez tú, tal vez tú puedas darle la vida que nunca tuvo.

El peso de sus palabras se asentó sobre mí mientras tomaba el vestido entre mis manos. La tela era fría, casi como si estuviera más allá del tiempo, pero tan real en mis dedos. Eliza, sin prisa, se levantó y se encaminó hacia la puerta. Lo sabía. Sin más palabras, la seguí hasta su vestidor. Algo en mí me empujaba a actuar sin pensarlo demasiado.

En el vestidor, me miré en el espejo. El reflejo que vi era el de una mujer a punto de hacer un cambio irreversible. Sin pensarlo más, comencé a quitarme el vestido que llevaba puesto y, con una sensación de quietud en el aire, me puse el de novia.

Me miré en el espejo, sintiendo cómo la tela me envolvía, abrazando cada curva con una suavidad inesperada. Era como si el vestido hubiera esperado todo este tiempo para encontrarme.

El satén se ajustaba a mi cuerpo con una perfección que me sorprendió, y el encaje, como si tuviera vida propia, se deslizaba sobre mis hombros, casi como si me susurrara secretos del pasado. El escote era sutil, delicado, y la falda caía con una fluidez que me hacía sentir ligera, como si pudiera flotar, como si por fin pudiera respirar sin las pesadas cargas del mundo sobre mí.

La respiración de Eliza, al otro lado, se hizo más profunda, como si ella estuviera viviendo esa escena a través de mí. Y en su mirada, cuando me volví para mirarla, pude ver algo que me hizo detenerme: un brillo, una mezcla de alivio y emoción. Era como si, al fin, hubiera visto cumplido un sueño que llevaba mucho tiempo guardado en su pecho. Algo que había estado esperando desde siempre, pero que no sabía que había sido para mí.

—Es perfecto —susurró, casi sin aliento, con una ternura infinita en su voz—. Siempre supe que este vestido tenía un destino, pero no sabía cuál hasta ahora. Es tuyo, te estaba esperando a ti, Margot.

Miré su reflejo en el espejo, y por un momento, sentí que la distancia de los años desaparecía. No vi solo a Eliza, la mujer que había sido una figura constante en mi vida, sino también a la joven que una vez había soñado con un futuro diferente, uno que nunca pudo ser. Me vi a mí misma, con el futuro de un matrimonio por delante, pero de una manera tan ajena, tan dolorosa. Vi el reflejo de Eliza con el mismo vestido, comprándolo, probándoselo con la ilusión de una joven enamorada, solo para que sus sueños se rompieran más tarde, como si fuera la tela misma desgarrándose con cada promesa rota.

Un suspiro se escapó de mis labios. Vi mi futuro en ese reflejo, vi lo que me esperaba con Archer. Y, aunque algo dentro de mí trataba de resistirse, sabía que lo que me había traído hasta aquí no era solo el destino de un vestido. Era el peso de las decisiones que había tomado, la presión de lo que había comenzado, y el hecho de que no había forma de volver atrás.

El vestido era hermoso, sí. Pero también era una condena, el hilo invisible que me unía a una vida que nunca había elegido realmente. Una vida que, por muy adornada que estuviera, seguía siendo una vida sin amor verdadero. No era el príncipe, no era el romance de los cuentos. Era la sombra de un amor que nunca iba a serlo.

Y sin embargo, ahí estaba. En ese espejo, en ese vestido que me pertenecía y que, al mismo tiempo, me aterraba.

∞∞∞

El aire de la noche era fresco, y las lámparas en las paredes de Cantrell Manor arrojaban una luz suave que se reflejaba en los muebles de madera, creando sombras que se deslizaban sobre los pasillos vacíos. La boda estaba a solo días de distancia, y no entendía cómo el tiempo había pasado tan rápido. Cada día se deslizaba como una sombra, rápida y casi imperceptible.

Desde aquel primer día, me vi atrapada en los preparativos. Acompañé a Eliza a todas las citas con la florista, probé el menú en la pastelería, recorrí la iglesia tres veces, me aseguré de que todo estuviera perfecto. Era como si tuviera miedo de que algo fallara. Pero no era miedo a que algo saliera mal; era el deseo secreto, y reprimido, de que algo lo hiciera, de que algo interfiriera y me diera una excusa para no seguir adelante con esta gran farsa.

Archer había estado distante, como siempre. Ya se había ido cuando yo bajaba a desayunar, y volvía justo cuando nos sentábamos a cenar. Cada vez que entraba en la sala, me saludaba con un beso en la mejilla, el mismo beso que le daba a Eliza. Fue ella la que lo notó, claro, porque no le escapaba ni el más mínimo detalle.

Entonces, la segunda noche, no pude evitarlo y giré un poco la cabeza, recibiendo su beso en los labios. Fue un gesto pequeño, pero algo en su intensidad me sacudió, y antes de que pudiera procesarlo, la noche siguiente fue peor.

Archer me besó y ese beso suyo, ese toque, me dejó temblando. Archer no jugaba, y no le gustaba dejar nada al azar.

Las sonrisas durante las cenas ya no se sentían tan forzadas, los gestos ya no eran vacíos. Las caricias se habían vuelto más suaves, más presentes, y a medida que pasaba el tiempo, empezaba a sentir que me alejaba más de la vida que había planeado. La vida que había imaginado, la vida en la que estaba libre. Pero no era libre. Estaba atrapada, incluso si en los momentos más íntimos de esas cenas o de esos encuentros fugaces, algo dentro de mí gritaba por libertad.

Esta noche, sin embargo, Archer no desapareció en su despacho. No se escudó en excusas sobre el trabajo. Me pidió que lo esperara en la biblioteca porque había algo de lo que debíamos hablar. Pensé que quizás sería una conversación sobre lo que significaba la boda, sobre lo que vendría, sobre las expectativas. O, al menos, esperaba que fuera algo que me aliviara un poco.

Cuando entró en la habitación, el sonido de sus pasos, aunque silente, rompió la calma que había llenado el espacio. Lo sentí antes de verlo, algo en el aire cambió. Nos cruzamos la mirada y, por un momento, no pude leer lo que había en su rostro. La frialdad, la distancia, seguían ahí, pero había algo más. Algo que no era ni amor ni afecto. Solo una presencia palpable de poder, de control.

—¿Estás lista para la boda? —preguntó, su tono tan gélido como siempre, distante, tan distante como su manera de verme.

No esperaba que me hablara con ternura o cariño. Eso no estaba en las cartas entre nosotros, nunca lo estuvo. Pero lo que me dolía era esa frialdad calculada, esa indiferencia que sentía por mí como persona. Solo le importaba que la boda se llevara a cabo, que las condiciones del testamento se cumplieran, que todo fuera como debía ser. Yo no era más que un eslabón en su plan, una pieza más en el rompecabezas que nunca había pedido resolver.

—Si estoy lista o no, poco importa —admití, y mi voz tembló ligeramente, traicionando el caos que había dentro de mí. La sensación de estar atrapada. Pero lo sabía, era lo único que me quedaba claro. Tenía que seguir adelante. —Pero sé lo que tengo que hacer. Así que tranquilo, no voy a escaparme el día de la boda.

La respuesta de Archer fue un silencio tenso. Me quedé ahí, mirando su rostro, pero no me dio ni una señal de afecto, ni un rastro de lo que esperaba. Solo ese silencio, pesado, denso, que me ahogaba un poco más.

Y luego, de repente, se acercó a mí, sus pasos decididos resonando en el suelo de madera. No pretendía ocultar la determinación que había en su mirada, como si él ya hubiera trazado su camino. Su mirada era intensa, pero no había amor en ella. Solo algo más, algo visceral, algo que

hablaba de deseo. De mi cuerpo. Solo eso.

Mi corazón latió más rápido, pero no era por emoción. Era por esa sensación cruda, incómoda, que me invadió. Me deseaba, lo sabía. Pero no era amor. Solo deseo. Solo una necesidad carnal.

Y yo era su prisionera, no solo en cuerpo, sino en alma. Porque aunque me decía que lo tenía todo bajo control, en el fondo, sabía que no tenía nada bajo control. Él me había conquistado sin quererlo, sin darme una opción. Y esa era la peor parte.

—Ese pensamiento no ha cruzado por mi mente —dijo Archer, sus manos deslizándose sobre mi espalda, empujándome suavemente contra la pared.

Estaba cerca, demasiado cerca, y el espacio entre nuestros cuerpos se hacía cada vez más pequeño. No había ninguna incomodidad entre nosotros, había algo mejor.

—Pero hay algo en lo que tenemos que trabajar —dijo, envolviéndome con su otro brazo de modo que su mano agarrara mi cintura y mi cuerpo se presionara contra el suyo—. Tienes que acostumbrarte a mis besos. No puedes temblar así frente a doscientos invitados. No cuando se supone que debemos amarnos.

—O tal vez es simplemente lo que necesitamos —susurré, por alguna razón, retrasando lo inevitable—. Estoy tan enamorada que un beso tuyo me deja sin aliento, ¿no crees?

Inclinó la cabeza y, con sus labios contra los míos, dijo: —Es exactamente lo que quiero.

Me besó, su lengua deslizándose dentro de mi boca.

Me sentí mareada y mi cerebro decidió tomar un descanso. Le devolví el beso; una parte de mí quería luchar contra eso, pero no lo hice. Probablemente podría haberlo hecho si no fuera débil y estuviera tan desesperada por sentir algo más que miedo y tristeza.

Mis brazos rodearon su cuello, mi mano se deslizó por su cabello. Tenía un cabello hermoso; siempre lo había pensado y más de una vez lo envidié por eso.

—Tienes un cabello hermoso —susurré contra sus labios.

—El tuyo es hermoso —susurró él en respuesta.

Y lo que sucedió después fue inevitable.

Sus manos debajo de la falda de mi vestido, las mías desabrochando los botones de su camisa. Su lengua dentro de mi boca.

Se apartó, quitándose la chaqueta sin quitarme los ojos de encima. Luego regresó y me empujó contra la pared, su cuerpo cubriéndome un costado, su mano empujando mi falda hacia arriba.

Contuve la respiración mientras sentía sus dedos recorriendo mi estómago, pero se deslizaron hacia arriba para ahuecar mi pecho.

Me besó de nuevo mientras bajaba la copa de mi sujetador y luego su mano estaba sobre mi pecho. Me arqueé hacia él y su mano se alejó, pero su dedo no. Trazó círculos perezosos alrededor de mi pezón, su boca todavía sobre la mía.

—Archer —murmuré.

—Dilo otra vez —ordenó, todavía haciendo círculos con el dedo, volviéndome loca.

Me apreté contra él.

—Archer, esto no es una buena idea —dije.

Levantó la cabeza y me miró, su dedo todavía haciendo círculos, pero luego su pulgar se unió a su dedo índice e hizo una voltereta.

Mi cuerpo se quedó quieto y sentí un espasmo entre mis piernas.

Él sonrió.

Sentí otro espasmo entre mis piernas.

—Es la mejor idea, confía en mí.

Capítulo 14

Margot

Entonces su boca estaba sobre la mía.

Usó sus manos y su boca sobre mí, por todo mi cuerpo. Antes de que pudiera darme cuenta, su mano estaba debajo de mi falda y me bajó la ropa interior. Luego, sin previo aviso, se arrodilló, sus manos separaron mis piernas y su boca estaba sobre mí.

—Archer —gemí.

Era mi primera vez. En ser besada tanto, tan bien. En estar en los brazos de un hombre, en tener sus manos sobre mi piel desnuda, en sentir su boca en mi parte más íntima.

Me sentía tan bien, tan increíblemente bien, que quería llorar.

Esto no podía ser malo, ¿no? Algo que se sintiera tan bien era imposible que fuera negativo.

Lo que sea que me estaba haciendo, me tenía los nervios a flor de piel. Mis dedos estaban enterrados en su cabello, agarrándome como si mi vida dependiera de él. Aunque no sabía si quería acercarlo o alejarlo.

Pero Archer sabía lo que estaba haciendo y estaba cerca. No podía esperar a sentir un orgasmo que no me había provocado yo misma, pero entonces su boca desapareció.

Se levantó, me rodeó con los brazos y enterró su cara en mi cuello, tocando allí su lengua.

—Estaba cerca —me quejé.

—Lo sé —respondió.

—Termina lo que empiezas. ¿Recuerdas ese cartel que estuvo pegado en el frigorífico durante años? Eso es lo que decía.

Levantó la cabeza de mi cuello y me sonrió.

¡Jesús! Si antes estaba perdida por Archer, ahora mi destino estaba sellado para siempre. No había vuelta atrás, no cuando me sonreía de esa manera, no cuando me miraba con tanta pasión.

Me dio un beso suave en los labios y luego dijo: —Es una buena idea. Dilo.

Sacudí la cabeza porque una cosa era pensarlo y otra diferente era admitirlo en voz alta.

De repente, mis muñecas estaban sobre mi cabeza sostenidas por una de sus manos, su otra mano entre mis piernas nuevamente y su boca en mi cuello.

Unos breves momentos, un par de movimientos de sus dedos y estaba cerca otra vez.

Archer lo sabía, pero de alguna manera decidió que era un momento perfecto para torturarme.

—Archer, por favor —susurré.

No respondió, pero, en cambio, pasó su lengua por mi cuello.

Su mano se alejó de entre mis piernas y mi cuerpo se tensó.

—Archer —dije, en voz baja y su cabeza se levantó y me miró. Sus ojos eran calientes e intensos y contuve la respiración.

—No debía, joder, pero amo escucharte decir mi nombre —dijo.

Y sentí que su mano trabajaba en los botones de su bragueta, enseguida sus manos fueron a mis caderas, levantándome y me miró fijamente. Y esperó.

Me rendí.

—Es buena idea.

Se deslizó dentro.

Se sintió… bien. Vale, eventualmente fue bien. Porque no, yo no era una mujer muy aventurera y probar cosas nuevas no era lo mío. El vibrador estaba en su caja, en mi mesilla de noche. Sin tocar.

Desde hace mucho tiempo solo estaba yo, mis dedos y mi imaginación.

Sentirlo en mi interior era indescriptible.

—Margot, mírame —dijo suavemente Archer.

Abrí los ojos, que no sabía cuándo los había cerrado, y tuve la sorpresa de mi vida al ver la preocupación reflejada en el rostro de él.

—Tú —empezó, pero me había acostumbrado a sentirlo y quería seguir descubriendo.

Incliné la cabeza hacia delante y lo besé. Yo presioné mis labios contra los suyos. Yo deslicé la lengua dentro cuando abrió la boca.

Él se movió dentro de mí y se sintió mejor, mucho mejor que antes.

—Todo ha cambiado —me dijo rompiendo el beso.

Me moví con él, no estaba realmente concentrada en lo que estaba diciendo, principalmente porque estaba disfrutando de su manera de moverse.

—¿Entiendes, Margot? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

Se movió más rápido, presionó más fuerte, fue más profundo.

—Dios, te sientes bien —dije.

—Margot, presta atención —respondió, sonando divertido, y parpadeé.

Él seguía moviéndose y yo me acercaba cada vez más a ese orgasmo que tanto deseaba.

—¿Qué? —pregunté, sin importarme realmente dejarle ver que estaba hechizada por lo que me estaba haciendo. En serio, ¿quién no lo estaría?

—A partir de ahora, esto es de verdad. Tú y yo.

Mis brazos se apretaron involuntariamente y mi corazón dio un vuelco al mismo tiempo que mi cerebro me estaba enviando miles de señales de alarma.

Sus ojos se volvieron perezosos.

Luego me besó, se movió, yo me corrí mientras gemía su nombre.

Y ese orgasmo fue glorioso, pero no lo suficiente como para borrar lo que ocurrió después.

Pocos momentos después, cuando aún no sentía ni piernas ni brazos, Archer me soltó.

Se alejó y abrochó sus pantalones.

Incluso maldijo en voz baja, como si el mundo entero fuera responsable de lo que acababa de pasar.

Mi boca estaba seca, mi cerebro aún aturdido, y no dije nada. No podía. Ni siquiera cuando Archer se encaminó hacia la puerta. Ni cuando puso la mano sobre la manilla y, antes de girar hacia la puerta, me miró una última vez.

El vestido que había elegido para esta noche, sencillo y de color azul marino, era suave y ligero. Ceñido en la cintura, dejaba caer la falda en suaves pliegues que apenas rozaban el suelo. La parte superior, con un escote en forma de corazón, dejaba al descubierto mis hombros, mientras que las mangas eran cortas, delicadas y transparentes.

Había ido de compras con Eliza porque Rose llegaría mañana, pero antes me llamó para decirme que su coche había tenido un accidente. No explicó mucho, solo que había perdido toda su ropa y me pidió que le comprara algo.

Pasé toda la mañana de compras, algo que descubrí que disfrutaba, especialmente sin tener que preocuparme por contar cada centavo. Eliza no dudó ni un segundo en pedirle a Archer una tarjeta destinada a los gastos de la boda, pero yo aproveché esa mañana para usarla en otras cosas.

Así que llevaba un vestido bonito que me hacía sentir hermosa. Hacía. Ya no. Ahora, nuevamente, me sentía asustada, triste, sola, desesperada... Inadecuada. Despreciada. Como si acabara de cometer el peor de los pecados.

Pero lo hice... ¿no?

—Tú tenías razón. Yo estaba equivocado. No fue buena idea —dijo Archer.

Sus palabras no se sintieron como un balde de agua fría ni como una bofetada o un cuchillo clavado en el corazón. Se sintieron merecidas.

Sí. Era lo que merecía por confiar en él. En Archer Cantrell, que nunca, nunca en mi vida me había mostrado ni un poco de bondad o cariño. Aun así, me dejé llevar por mi mente, por mi imaginación, por mi deseo de tener una familia, de pertenecer a algo, a alguien.

Me entregué a él. Le entregué el último pedazo de mí, y él lo descartó como si fuera una servilleta usada.

Quedarme sola en la biblioteca, con mi ropa interior de encaje negro tirada en el suelo, fue peor que cualquiera de los momentos anteriores.

Nada de lo que me hizo Archer antes había sido tan doloroso, tan humillante.

Pensaba que había aprendido, pero, Dios, no. Era tan tonta, tan tonta como él decía que era.

¡Días! ¡Jesús! En menos de siete días me dejé atrapar en la red que él tan astutamente había creado. Quería Cantrell Manor para Eliza, y lo iba a conseguir. Quería destruirme, y lo había logrado. Quería hacer un infierno de mi vida, y también lo iba a conseguir.

Nadie podía detener a Archer Cantrell cuando se le antojaba algo.

¿A quién podía culpar? A nadie más, salvo a mí misma.

Oh, vamos al entierro del abuelo, no va a pasar nada y tú necesitas cerrar esa parte de tu vida.

Daría lo que fuera para regresar en el tiempo y darme un buen golpe de realidad antes de tomar esa decisión. No obstante, era imposible, y lo sabía: había que seguir adelante. De todos modos, ya sabía la verdad.

Archer seguía siendo el hijo de puta cruel que siempre había sido.

¿Qué más podía hacerme? Yo ya estaba hecha pedazos, mi mente y mi corazón destruidos, y ya tenía bastante experiencia como para ocultar a los ojos de los demás qué era lo que sentía.

A Rose no le haría daño. No, porque vi la reacción de Beau cuando Eliza contó sobre el accidente de Rose. Esa reacción me dejó claro que lo que sentía por ella era más profundo de lo que él quería admitir.

Sí, era un Cantrell, pero por alguna razón, confiaba en él. Beau no solo no le haría daño a Rose, también la protegería de cualquier cosa que planeara Archer.

Recogí mis bragas del suelo y, aunque quise tirarlas a la basura, me detuve. Esta no era mi casa.

Aquí había personal de limpieza que, sin duda, tendría una buena razón para cotillear durante su almuerzo.

Subí a mi habitación, y por un momento, tuve suerte: no me encontré con nadie.

Pero la suerte se me agotó a tres pasos de mi puerta, cuando, de repente, Beau apareció detrás de la esquina del pasillo.

Se detuvo al ver mi rostro, y aunque intentó ocultarlo, pude ver la angustia reflejada en sus ojos. Eso me sorprendió, porque él siempre estuvo de acuerdo con todo lo que hizo Archer, e incluso fue su ayudante incondicional.

Mis piernas temblaban al intentar llegar a la puerta, pero lo único que podía pensar era en escapar de esta conversación, de todo lo que me estaba destrozando por dentro.

—¿Qué hizo? —preguntó.

—Nada —respondí, con una risa amarga que ni siquiera me llegó a los ojos—. No hizo nada nuevo, Beau. Nada.

Intenté abrir la puerta, pero él se acercó rápidamente, colocándose entre mí y el umbral como una barrera que no podía atravesar.

—Margot, por favor. Déjame ayudarte —su voz era suave, pero había algo en ella que no podía esconder el dolor de verme así.

Beau nunca fue mi amigo, ni el hermano que yo había deseado tener.

Y ahora, viéndome destrozada, se preocupaba por mí. ¿De verdad?

Demasiado tarde. Demasiado poco. Demasiado tarde para todo.

—¿Qué puedes hacer? —le lancé, sin poder contenerme—. ¿Decirme que todo estará bien? No lo estará, Beau. Nunca lo estuvo, y nunca lo estará. Sabes por qué, ¿no? Porque los dos somos peones en el tablero de Archer. Él es nuestro amo, y por más que nos trate como a la mierda, siempre regresamos a él.

Vi cómo su rostro se tensaba, como si las palabras le dolieran más que a mí, pero él no se apartó. Ni siquiera hizo el intento de alejarse. Y eso, si acaso, me hizo sentir aún más miserable.

—Solo quiero que sepas que… que no estoy de su lado —dijo, mirando al suelo, su voz cargada de vergüenza, como si no fuera capaz de mirarme a los ojos—. Me siento tan mal por todo lo que hicimos.

Su confesión me tomó por sorpresa, pero no fue la única. Mi reacción también me sorprendió; sus palabras me llegaron al corazón. De alguna manera, lo creía.

Pero él no podía cambiar lo que había hecho Archer, ni lo que él mismo había hecho. Esas cicatrices no se borraban con palabras.

Cerré los ojos, sintiendo cómo una ola de desesperación me ahogaba, como si todo lo que había sucedido fuera más grande que yo. Las lágrimas amenazaban con caer, pero no quería mostrárselas a él. Ya no. Ya no era la niña vulnerable de antes.

Ya no era una niña que caía con cada golpe que le daban. Era una mujer (tonta, pero eso lo dejaba para otro día) fuerte, que aguantaba de pie. Si se caía, se volvía a levantar. Nunca, nunca les permitiría verla llorar.

—Beau, no quiero tus disculpas —murmuré, casi en un susurro, sin mirarlo—. Ni siquiera sé qué es lo que quiero.

Beau dio un paso hacia mí, pero esta vez, con más calma, como si tuviera miedo de acercarse demasiado. Se acercó lo suficiente para que pudiera sentir la calidez de su presencia, pero no dijo nada.

No hizo promesas vacías, ni intentó aliviar el dolor con palabras que ya sabía que no cambiarían nada. No quería promesas, no quería consuelo. Solo quería que la realidad fuera diferente.

—Entiendo —Finalmente, sus palabras fueron tan suaves que casi me hicieron quebrar, como si me estuviera dando permiso para rendirme.

—Solo quiero que sepas que no estás sola. Que, pase lo que pase, yo estoy aquí.

Aunque esas palabras eran reconfortantes, no significaban nada. Nada de lo que dijera podía llenar el vacío que sentía en mi pecho.

Mi respiración se entrecortó, pero no lo miré. No quería ver la lástima en sus ojos.

¿Qué podía hacer con esas palabras? Nada. No había nada que pudieran cambiar.

No era suficiente. No había nada que pudiera hacer que me devolviera lo que había perdido. No podía volver atrás, no podía cambiar lo que ya estaba roto.

—Y si necesitas —su voz titubeó por un momento, como si no supiera si lo que decía iba a ser suficiente—, lo que sea. Sabes que siempre puedes contar conmigo, ¿verdad?

Asentí, aunque mi mente seguía dando vueltas a todo lo que había sucedido, como si necesitara procesarlo más de lo que mi cuerpo permitía.

¿Qué más podía hacer? ¿Abrazarlo? ¿Darle las gracias? ¿O pedirle un poco de arsénico para echárselo en el café de su hermano? Porque, sinceramente, la opción de lastimarlos a todos me parecía más tentadora.

Pero en el fondo, algo dentro de mí se calmó por un momento, aunque no pude evitar sentir que estaba traicionando mi propio dolor al aceptar su oferta.

Me había pedido perdón, me ofreció su ayuda y, aunque su presencia en silencio era un gran paso, no podía dejar de preguntarme si, al final, lo hacía por él o por mí.

Y en ese momento, una parte de mí se dio cuenta de algo: quizás, solo quizás, no todo estaba perdido. Pero la duda seguía ahí, siempre al acecho, esperando.

∞∞∞

Después de una noche sin pegar ojo, bajé lentamente las escaleras, con el cuerpo pesado y la mente adormilada, como si cada paso fuera una carga más. La falta de sueño me había dejado vacía, como un cascarón.

El ruido que llegaba desde el comedor me hizo darme cuenta de que llegaba justo a tiempo para el desayuno: risas, voces animadas, ese bullicio alegre que me parecía tan distante.

Cuando llegué, vi a Eliza y Rose, charlando animadamente. No pude evitar notar la diferencia de energía entre las dos: Eliza, siempre tan elegante y seria, parecía disfrutar de cada palabra que salía de la boca de Rose, mientras que la risa de Rose llenaba la habitación con una energía contagiosa.

La observaba, con los labios apretados, mientras sacaba mi silla y me sentaba en silencio. No sabía qué decir, ni cómo estar allí sin que todo se sintiera incómodo, como si fuera una espectadora de una obra que ya no quería ver.

No quería que me preguntaran sobre cómo había dormido, ni sobre mis nervios por la boda, como si mis pensamientos estuvieran tan desordenados que no pudieran ser ordenados ni por las preguntas más simples.

Rose me miró con su sonrisa amplia, esa que parecía tan genuina, y sin perder el ritmo de su relato, comenzó a contarme sobre el pequeño incidente que había tenido en su viaje, como si nada pudiera interrumpirla.

Como si no tuviera suficiente drama en mi vida, allí estaba ella, relatando cómo había perdido todas sus pertenencias en un accidente de coche.

—Fue como una película de terror —dijo Rose, mirando al techo, como si estuviera reviviendo cada escena—. El coche volcó tres veces y se incendió, pero lo peor fue cuando me di

cuenta de que mi bolso y todo lo que llevaba en él se había ido... ¡desaparecido! No quedaba nada. Ni rastro. ¡Y el teléfono tampoco! Fue como si todo el universo hubiera conspirado contra mí. ¿No lo ves, Margot?

Me encogí de hombros.

—Fue una señal, Margot, una señal… Como si el universo me estuviera diciendo algo. Deberías ver cómo las cosas se cruzan cuando menos lo esperas.

No pude evitar poner los ojos en blanco, aunque una parte de mí sabía que Rose, con su energía desbordante, no iba a entender lo que sentía en ese momento.

Eliza levantó una ceja, y mi primer impulso fue evitar su mirada. Sabía que había algo en mi rostro que la haría preguntar, y no quería responder.

Eliza era devota, nunca faltaba a misa, ni siquiera cuando la fiebre le alcanzaba los cuarenta grados. Para ella, todo giraba alrededor de su fe.

La mención de la brujería debía hacerla sentirse incómoda. Sabía que Rose se sumergía en ese mundo como si fuera su misión personal desafiar todo lo que Eliza consideraba sagrado. Sabiduría oculta, como ella lo llamaba.

—¿Estás bien, Margot? —preguntó Eliza, su tono cargado de una mezcla de preocupación y sospecha.

—Son los nervios por la boda —dije, sin levantar la mirada. La excusa salió de mi boca, como siempre, vacía y automática, una salida fácil para evitar el interrogatorio.

No era la primera vez que Eliza me hacía esta pregunta en esta misma mesa, como si esperara una respuesta diferente cada vez, o quizás, que algún día admitiera la verdad.

—Claro, claro —dijo Rose, inclinándose hacia adelante, como si sus ojos pudieran leerme—. Pero ¿estás segura de que todo está bien, Margot? Quizás puedas hacer una pequeña invocación para calmar los nervios. Ya sabes, algo sencillo. Es una técnica que aprendí el otro día. Siempre hay una solución, ¿no?

No pude evitar sonreír, aunque la sonrisa no fue más que una sombra amarga.

Rose siempre aprendía cosas nuevas y las probaba conmigo, como si yo fuera su conejillo de indias en busca de respuestas que ni ella misma comprendía del todo.

—No, no necesito eso, por ahora. Pero no lo descarto para otro momento, si acaso me vuelvo más desesperada.

Eliza observó el intercambio en silencio, su mirada astuta y evaluadora, como si estuviera midiendo cada palabra que salía de nuestras bocas.

—Está bien —dijo Rose, sonriendo con esa sonrisa suya tan amplia—. Lo dejaremos para más tarde. Ya verás, no podrás resistirte.

Cogí una tostada y empecé a untar mantequilla, sin prisa, mientras Rose continuaba su historia. Estaba ahí, pero no realmente, mi mente vagaba lejos, intentando escapar de la constante energía de Rose.

La parte buena es que no hubo heridos, solo pérdidas materiales... porque, claro, eso es lo más importante, ¿verdad?

La parte buena es que Rose conoció al jefe de policía de la ciudad donde ocurrió el accidente (un pueblo pequeño con nombre de fruta) y le gustó tanto que decidió quedarse dos días más... porque, claro, nunca se sabe si podría ser su alma gemela.

Después del desayuno, Eliza se fue a recoger su bolso porque, obviamente, olvidamos comprar algunas cosas muy necesarias para Rose. Como el acondicionador con aceite de no sé qué y un estuche de maquillaje porque, claro, esas son las cosas que realmente importan.

—¿Me lo vas a contar o tendré que obligarte? —me preguntó Rose, su tono firme cuando nos quedamos solas en el comedor. Sabía que no podría escaparme de esta conversación mucho tiempo.

Me encogí de hombros, como si nada pudiera importarme ahora.

Algún día, quizás, podría contárselo. Pero no hoy. No cuando la herida seguía abierta y sangrando.

Además, tenía que olvidar el engaño de Archer, esa humillación que me quemaba en el pecho, y la vergüenza de saber que no había aprendido nada. Era como si no pudiera cambiar nunca, como si siempre estuviera condenada a caer de nuevo en las mismas trampas.

Claro, por algo decían que solo un humano podía tropezar dos veces con la misma piedra. Yo ya había caído tantas veces que me preguntaba si alguna vez aprendería.

—Ahora no, Rose —dije, casi con desesperación, como si negar la conversación me diera alguna forma de control.

—Ahora sí, Margot. Te vas a casar mañana y siento decírtelo, nena, pero puedes sonreír todo lo que quieras, pero lo que reflejan tus ojos no le pasará desapercibido a nadie. Ni siquiera a un extraño que pase por la calle. ¿Sabes lo que veo? No es solo tristeza, es desesperación.

—¿Qué se ve en mis ojos? —pregunté, casi en un susurro, con el miedo atenazando mi voz. No quería saber la respuesta, pero la pregunta ya había salido.

—Como si te hubieran arrancado el pecho del corazón, como si hubieras perdido a todos tus seres queridos al mismo tiempo, como si no tuvieras alma. Como si fueras solo una carcasa vacía.

¿Adivina qué? Me había pasado todo eso. Bueno, casi. Y, en mi caso, lo peor no era haberlo perdido todo. Lo peor era seguir viviendo como si aún pudiera encontrar algo de mí misma por el camino.

Todavía conservaba mi alma, aunque no sabía por qué. Si pudiera venderla por un poco de paz, no dudaría ni un momento.

—Estaré bien —dije, más para mí que para ella, con las palabras saliendo como un mantra vacío. Era lo único que me quedaba: mentir y seguir adelante.

Un buen maquillaje podría esconder mis ojeras. Y para mis ojos sin alma, no había nada mejor que una sesión de autoconvencimiento frente al espejo. Repetirme que todo estaba bien, aunque lo sabía muy bien, que no lo estaba.

Era un truco que había aprendido cuando era pequeña, cuando el miedo me paralizaba y me refugiaba en mi habitación, convencida de que podía enfrentar el mundo si solo me decía las palabras correctas.

Me decía que era fuerte, valiente, que podía soportarlo todo. Las repetía hasta que mi cerebro se convencía de que eso era verdad, aunque el resto de mí sabía que era solo una ilusión.

Era muy bobo, la verdad. Pero lo hacía, una y otra vez, como si la mentira pudiera salvarme.

Siempre caía en la misma trampa, repitiendo el mismo patrón. Salía, me encontraba con Archer y, como siempre, acababa llorando o corriendo de vuelta a mi habitación, incapaz de escapar del ciclo.

Día sí y día también, una y otra vez, sin saber cómo romper el ciclo.

Pero funcionaba. Había conseguido engañar a Eliza durante toda mi infancia, luego a mis compañeros de trabajo cuando tenía un mal día, y, a veces, hasta a Rose. Siempre había una mentira que contar, una historia que contarme a mí misma.

—Ya sabes que estoy aquí, por lo que sea. Un hechizo, una pala —dijo Rose.

No pude evitar reírme y no paré, porque imaginarme a Rose cavando un agujero donde enterrar a un Archer drogado o bajo algún hechizo malvado era divertido. Era justo lo que necesitaba.

Y entonces entró él.

Intenté mantener la calma, pero algo en mi interior comenzó a revolverse cuando lo vi ahí parado. Su mirada estaba fija en algún punto distante, como si yo no existiera.

Pero había algo en su postura que me decía que no todo estaba bien. Algo había cambiado. La intensidad de su expresión me erizó la piel, y deseé no haber salido de mi habitación. La conocía bien, sabía lo que seguía.

La taza de café tembló levemente cuando la cogí, no sé si fue para mantener ocupadas mis manos o por si necesitaba defenderme.

Entonces, Archer me miró. Me estudió brevemente, solo un par de segundos, pero fue suficiente para que el aire en mis pulmones se volviera pesado. Su rostro era impasible, pero había algo en sus ojos, una chispa de furia que trataba de mantener a raya, y que se asomaba solo por la dureza de su mandíbula y la forma en que sus manos se cerraban en un puño a su lado. Y eso era nuevo.

¿Por qué furia? ¿Por qué conmigo? Yo no hice nada. Él obtuvo lo que deseaba de mí: mi autoestima, mi virginidad, mi dolor. Yo fui la que pasó la noche llorando, como siempre.

¿Por qué diablos estaba él furioso cuando yo debería ser la que le lanzara la taza a la cabeza por ser tan cruel conmigo?

El momento duró demasiado, y ni siquiera Rose se atrevió a romper el silencio tenso.

—¿Sabes dónde está Eliza? —preguntó él, la voz más áspera de lo habitual. No parecía que fuera una pregunta, sino una exigencia disfrazada de cortesía.

Fruncí el ceño, sorprendida por el cambio de su voz, por la manera en que desvió la mirada rápidamente hacia mi plato. ¿Por qué no podía mirarme directamente a los ojos? Algo estaba pasando aquí y odiaba no saber qué.

—Arriba, recogiendo su bolso —respondí.

Y entonces, por un segundo, nuestros ojos se encontraron. Archer me observó como si me viera a través de una niebla densa, como si no pudiera alcanzarme del todo. Su mirada estaba llena de algo más que furia, algo que no podía comprender, y que me provocaba la misma furia que él parecía sentir.

Él no tenía ninguna razón para estar furioso.

¡Ninguna!

—¿Todo está preparado para la boda de mañana? —dijo finalmente.

Lo miré fijamente, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. ¿Por qué lo preguntaba? ¿Para recordarme que teníamos un acuerdo? ¿Para advertirme de las consecuencias si decidía no casarme con él?

—Sí, todo está listo —respondí, la garganta seca, luchando por mantener la voz firme.

Archer no dijo más, pero la intensidad de su mirada me dijo todo lo que necesitaba saber. Era como si estuviera a punto de estallar, como si la furia estuviera al borde de desbordarse.

Me sentía pequeña, vulnerable, atrapada en una trampa, entre el pasado y el presente. Y, en el fondo, sabía que la primera vez no fui culpable, pero de la segunda no había a quién culpar. Solo a mí misma.

Capítulo 15

Margot

Me abandonaron.

Eliza y Rose se dieron cuenta de que no me apetecía nada ir de tiendas y me obligaron a ir al centro de spa del centro comercial. Vale, no era mala idea; de todos modos, necesitaba una manicura y un nuevo corte de cabello.

Por corte quiero decir que lo corté tanto que ya no me llegaba a los hombros. Me veía más joven, eso dijo la peluquera.

Luego disfruté de un masaje relajante antes de reunirme con Eliza y Rose para el almuerzo. Acababa de recibir un mensaje diciendo que no iban a llegar a tiempo, que no sé qué de un vestido para Rose.

Yo estaba relajada, el restaurante estaba envuelto en una luz cálida y tenue, con música suave de fondo que creaba una atmósfera muy acogedora. Estaba allí sola, con una copa de vino frente a mí, tratando de no pensar en los eventos de la noche pasada.

Al día siguiente iba a casarme y no podía dejar de pensar en lo que realmente me apetecía hacer. Correr sin mirar atrás. Igual eso me convertía en una mala persona por abandonar a Eliza cuando me necesitaba y sin contar con que la razón de que ella estuviera en problemas era por culpa de mi abuelo.

Mientras miraba la copa, perdida en mis pensamientos, sentí una presencia cerca de la mesa. Antes de que pudiera reaccionar, una voz grave y algo áspera me preguntó:

—¿Es cierto? —preguntó el hombre.

Era un hombre mayor, de cabello canoso, con una actitud segura, casi impertinente. Se sentó sin pedir permiso, como si tuviera derecho a ocupar la silla.

Lo miré sorprendida por la invasión de mi privacidad. No lo conocía, pero algo en su postura, en su mirada penetrante, me hizo sentir una incomodidad inmediata. Intenté sonreír, aunque la tensión que sentía lo hacía difícil.

—¿Perdón? —respondí, algo desconcertada, sin saber muy bien qué decir.

—Que si es cierto lo que dicen sobre ti y Archer Cantrell —replicó el hombre, sin rodeos, como si ya hubiera decidido que no importaba lo que yo pensara o dijera.

No me miraba con la cortesía de un desconocido, sino con la insistencia de alguien que sabía algo que yo no sabía.

Fruncí el ceño, manteniendo la calma, aunque me costaba. Mi intuición me decía que este hombre no era alguien a quien quisiera enfadar, pero de alguna manera mi curiosidad me pudo.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

El hombre me miró de arriba abajo, deteniéndose demasiado tiempo en la zona de mi pecho, con una sonrisa que no era amistosa; de hecho, era bastante perturbadora y molesta. Fue entonces cuando, sin rodeos, continuó.

—La boda. Todos sabemos que no es por amor, ¿verdad? —dijo, y su voz estaba cargada de un tono que no pude ignorar. —Es por el testamento.

Me tensé.

¿Cómo sabía eso? ¿Quién era este hombre? No entendía nada. Mi corazón comenzó a latir más rápido, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. El hecho de que alguien ajeno a la familia conociera detalles tan privados me hizo sentir vulnerable.

—No sé de qué está hablando —respondí, tratando de mantener la calma, aunque mi voz temblaba ligeramente.

El hombre ignoró mi intento de restar importancia al asunto y continuó, con una sonrisa fría en los labios.

—Sé que no es por amor. Pero no te equivoques, querida. Si te casas con Archer, todo será más complicado. Mucho más complicado para ti. Porque no pararé hasta conseguir lo que es mío, y no me importará quién pagará el precio. Dile eso a tu querido Archer, o me da lo que me pertenece o destruiré todo lo que conoce y a todos. Empezaré contigo.

En ese momento, sentí como si el aire hubiera desaparecido del restaurante. El hombre me estaba amenazando, y por el tono de su voz y la certeza con la que lo decía, me alarmaron profundamente.

La mirada de él se mantuvo fija en mí, sin titubear, como si hubiera esperado esa misma reacción.

—¿Quién es usted? —pregunté, ahora completamente a la defensiva.

El hombre se inclinó un poco hacia adelante, manteniendo el contacto visual, y su rostro se endureció, perdiendo cualquier atisbo de simpatía.

—Digamos que soy alguien con mucho interés en que no te cases con Archer. Hay bodas que nunca están destinadas a ocurrir.

Mis manos comenzaban a sudar, dejando manchas sobre la copa de vino.

—¿Qué quiere de mí exactamente? —dije, mi voz casi inaudible por la tensión.

Aunque mi cuerpo me decía que debía levantarme y salir de allí, algo me mantenía pegada a la silla, enfrentándome a la amenaza sin saber bien cómo reaccionar.

El hombre no respondió de inmediato, sino que observó la copa de vino y luego volvió a mirarme con su sonrisa helada.

—Solo quiero que pienses muy bien lo que vas a hacer mañana. Si decides no casarte, todo cambiará. Tú serás libre, y yo recibiré lo que me corresponde. Si te casas... bien, digamos que te arrepentirás de no haber escuchado mi consejo.

Sentí una presión en el pecho, como si el aire fuera más denso de lo normal. Mi mente intentaba procesar todo lo que acababa de escuchar, pero no lograba encajar las piezas. ¿Quién

era este hombre? ¿Cómo sabía tanto? ¿Y qué pasaría si no obedecía sus amenazas?

El hombre, viendo la incertidumbre en mis ojos, se levantó lentamente, sin dar señales de que la conversación hubiera terminado.

—Piénsalo bien, querida —dijo con un tono de veneno puro—. El mañana está cerca, y no hay marcha atrás. Solo recuerda que, a veces, el futuro tiene un precio.

Y, sin esperar respuesta alguna, el hombre se dio la vuelta y se alejó, dejándome en la mesa, completamente atónita. Lo observé desaparecer entre las mesas, pero no fue hasta que sus pasos se desvanecieron en el murmullo del restaurante que finalmente pude soltar un suspiro.

El miedo comenzó a apoderarse de mí. La amenaza era real, y ahora todo mi futuro parecía mucho más incierto de lo que había imaginado.

¿Qué debía hacer? ¿Podía simplemente ignorar al hombre? Y, sobre todo, ¿cómo podría casarme con Archer?

Si no me casaba, Archer me haría pagar.

Si me casaba con él, este hombre me haría pagar.

La boda se había convertido en una trampa mortal, una encrucijada de la que no podía salir sin pagar. Porque sí, mi vida era así: tuve cinco años buenos (que no recuerdo muy bien) y luego viví un drama detrás de otro.

Ni siquiera sabía por qué me sorprendía.

No obstante, una cosa era caer de nuevo en el juego de Archer y otra ser amenazada por un desconocido.

Por lo que yo sabía, el testamento era legal y, si decidíamos cumplir con la condición, no estábamos cometiendo ningún delito. Que no quisiéramos que lo supiera Eliza era nuestra... bueno, de Archer, decisión.

Una amenaza era un tema serio en el que debía involucrar a la policía.

No conocía a ese hombre y el encuentro fue inesperado y aterrador. A pesar de que no me apetecía nada, debía hablar con Archer. Después de todo, esta situación la causó él.

Necesitaba respuestas, y necesitaba que Archer me tranquilizara. ¿Ves? Seguía confiando en él a pesar de todo. ¿Cómo podía ser? ¿Qué había mal con mi cerebro que no pillaba las señales de alarma?

Pensé en ir a su despacho, que casualmente Eliza mencionó durante la conversación sobre a qué restaurante ir a comer. Estaba justo en la esquina. ¿Coincidencia?

Pedí la cuenta y me fui sin haber probado nada. La ansiedad me consumía, me estaba comiendo por dentro con cada paso que daba, con cada respiración.

El edificio de Archer no era tan grande como todos los que lo rodeaban. Tenía más años que Eliza, pero eso le daba un encanto aparte. No sé, me gustaba. La arquitectura moderna, con todas esas líneas rectas y el cristal, me parecía fría, sin alma.

No ocurría lo mismo con este edificio.

Con su fachada de ladrillo rojo oscuro, adornada con detalles de piedra caliza y hierro

forjado, tenía un aire especial. Las ventanas grandes y altas estaban enmarcadas con molduras de madera oscura.

El vestíbulo del edificio era más que imponente, con el suelo de mármol blanco veteado en negro y el techo, de altura monumental, decorado con frescos en tonos dorados y terracota.

Había una joven sentada detrás de un escritorio que me sonrió amablemente y preguntó a dónde iba. Dudó un segundo antes de darme las indicaciones para llegar al despacho de Archer.

Tenía que coger el ascensor y, cuando se abrieron las puertas de metal brillante, en dorado y negro, subí. El viaje fue corto, suave y silencioso.

Y luego estaba caminando por el pasillo hacia el despacho. Una secretaria debía estar detrás del escritorio, pero no estaba. Dudé entre esperar y entrar; la ansiedad por la reacción de Archer al verme no era tan grande como la que sentía después de la amenaza de ese hombre, así que toqué con los nudillos la puerta de madera y entré.

Lo primero que llamó mi atención fue la luz que inundaba la habitación. Grandes ventanales de cristal permitían que la luz natural se derramara sobre los muebles de madera oscura.

La mesa de despacho, maciza y de roble, estaba perfectamente organizada con papeles y varios objetos, mientras que detrás de ella, había una silla tapizada en cuero marrón profundo. Sin ocupar.

Una pared estaba ocupada con estanterías repletas de libros antiguos y volúmenes encuadernados en cuero. Sobre otra, había un gran retrato en óleo de Cantrell Manor.

Me gustaba. Era justo como me hubiera imaginado el despacho de Archer. Me dejó sin aliento, justo como él. Me gustó tanto que mi cerebro no registró lo más importante de la habitación:

A Archer.

Estaba allí, en la parte derecha del despacho, donde había un sofá, un par de sillones y una mesa de café.

Y no estaba solo.

La mujer era joven, guapa y estaba elegantemente vestida con un vestido de seda negro que le ceñía la figura de manera tan perfecta que sentí envidia.

Ella me estaba sonriendo, con una mirada que mostraba que se sentía cómoda en este lugar, como si tuviera todo el derecho del mundo de estar aquí. Quizá lo tuviera ¿qué sabía yo de la vida de Archer?

Miré a Archer y sus ojos se encontraron con los míos. No hubo ni sorpresa, ni furia por invadir su territorio. Solo indiferencia.

—Margot, qué sorpresa —dijo.

No respondí inmediatamente, mi mente estaba procesando la nueva información. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué hacía allí, en su despacho? ¿Era su novia? ¿Archer se acostó conmigo cuando había otra mujer en su vida?

¿Cómo de bajo podía llegar este hombre para conseguir lo que desea?

La mujer, al ver mi incomodidad, se levantó sin perder esa sonrisa perfecta.

—Margot, un placer conocerte, por fin. He oído tanto hablar de ti —dijo ella.

—Della —gruñó Archer.

Ella se encaminó hacia mí con la mano alargada:

—Adelaide, pero me puedes llamar Della.

No tuve otra opción que apretar su mano mientras ella seguía mirándome, sonriendo, mostrando tanta alegría al conocerme.

¿Qué diablos?

—Ignora a Archer, es muy gruñón cuando las cosas no salen como le gusta —continuó ella.

—Lo sé —murmuré.

—Un placer conocerte, Margot, en serio, me moría de ganas de…

—Della, ¿no te ibas? —dijo Archer.

Me quedé parada, observando cómo la mujer ponía los ojos en blanco.

—Nos vemos mañana —dijo, y después de despedirse de Archer con una sonrisa, se encaminó hacia la puerta.

La cerró con un suave clic, que fue el comienzo de un largo silencio.

—¿A qué has venido, Margot? —preguntó, sus palabras fueron frías, como si fuera una completa desconocida, no la mujer que le permitió… ¡Jesús! Qué tonta fui y, por lo visto, seguía siendo.

Dudé antes de hablar, porque en serio, ¿acaso Archer parecía un hombre al que le importaría que alguien me estuviera amenazando? Quizás le daría las gracias a ese señor y le enviaría más detalles sobre cómo y dónde llevar a cabo sus amenazas.

—Es solo una amiga —dijo, suponiendo que mi silencio tenía algo que ver con Della.

¿Qué podía decir?

¿Qué me había dolido al verlo con otra mujer? ¿Qué me iba a atormentar sola pensando en ellos dos juntos?

¿De qué serviría eso? Ya sabía que eso era lo que Archer quería para mí.

Dolor. Tortura.

Lo miré fijamente, preguntándome si hablar o guardar el silencio.

—Parece buena chica —dije finalmente.

Archer suspiró, levantándose lentamente del sillón. Parecía estar incómodo de repente.

—Lo es.

Resoplé, no pude evitarlo.

Archer se acercó un paso más a mí, su voz tensa y desafiante.

—¿Acaso lo dudas?

—Honestamente, Archer, me importa un bledo si es buena chica o la villana que se roba la Navidad.

Por un momento, Archer pareció a punto de explotar, pero se controló, respirando profundamente. Se acercó a mí y me miró directamente a los ojos.

—Margot, ¿a qué has venido?

Sacudí la cabeza.

—A nada —dije, sonriendo tristemente.

El hombre en el restaurante había dejado claro lo que iba a pasar. Y ahora, la verdad es que ya daba igual. Será lo que debe ser.

¿Quién era yo para luchar contra lo que el destino me tenía preparado?

Capítulo 16

Margot

El vestido me apretaba, como si cada costura me recordara que estaba atrapada en algo que nunca pedí. Era todo en mi cabeza, porque el otro día lo había probado y se ajustaba a mi cuerpo como un guante. Era perfecto.

El problema no era el vestido.

El problema era la razón por la que lo llevaba.

La boda.

Eliza estaba a mi lado, sonriendo, ajena a todo lo que estaba pasando. Le sonreí de vuelta porque era lo que se esperaba de mí, ¿no? Me casaba con el hombre que amaba. Eso era lo que Eliza sabía, lo que debía saber. Lo hacía para que ella fuera feliz. No importaba que mi propia felicidad se me escapara entre los dedos.

Mi reflejo en el espejo me resultaba casi irreconocible. Me veía como una muñeca de porcelana, hermosa, perfecta. No quería estar allí. No quería hacer eso. Pero lo hacía. Lo hacía porque no tenía opción. Si me detenía, todo se vendría abajo. Y Eliza... ella no merecía eso.

Era lo que me había repetido toda la noche y la mañana: era por ella. Que sería un precio demasiado grande de pagar era otra historia. Que pasara lo que tuviera que pasar, ya estaba harta de luchar contra el destino.

Mi corazón latía más rápido cuando oí la puerta abrirse. El tiempo avanzaba, y yo no quería.

Rose entró. Llevaba un vestido que haría que más de un hombre tuviera pensamientos indecentes en la iglesia. También llevaba una sonrisa en los labios y preocupación reflejada en los ojos.

La conocía lo suficiente para saber que estaba a punto de decirme algo, algo que no quería escuchar, pero que, según ella, necesitaba.

Eliza aprovechó el momento para ir a buscar algo que se le había olvidado.

—Margot —la voz de Rose fue suave, como si intentara no romperme—. Sé que esto no es lo que quieres. Sé que no estás feliz.

Respiré hondo y le sonreí.

—Estoy bien, Rose. En serio. Soy fuerte, puedo con todo.

Rose se acercó a mí, cerró la puerta detrás de ella con un leve suspiro de frustración. No se iba a conformar con mis mentiras, lo sabía.

—Margot, esto no tiene que ser así —me dijo, acercándose más, tomando mis manos con fuerza—. Hay formas de salir de esto. No tienes que casarte con él. Podemos irnos, podemos, no sé, podemos hacer algo.

Mi estómago se revolvió. No sabía qué sentía, solo un nudo insoportable. La boda estaba a punto de comenzar y el peso de todo eso me aplastaba, como si las paredes de Cantrell Manor se estuvieran cerrando sobre mí.

—¿Y qué haríamos, Rose? —mi voz se rompió, aunque traté de mantenerla firme—. ¿Huir? ¿Dejar que Eliza perdiera Cantrell Manor?

No podía hacerle eso, ella era la única persona en este mundo que haría lo mismo por mí.

Rose me miró fijamente, con una mezcla de rabia y compasión. Se veía tan desesperada como yo, pero también tan decidida.

—Hay formas de luchar. No tienes que ceder.

La pena me invadió, pero había algo en sus palabras que me hizo sentir como si pudiera respirar de nuevo, aunque solo fuera un segundo.

—Rose, estoy luchando por Eliza. Eso es algo, ¿no? Para Archer, yo solo soy una pieza en su juego, y pronto se aburrirá de mí. Esto es solo una formalidad, un trámite que algún día terminará firmando los papeles de anulación —dije.

Mis palabras debían convencerme a mí misma, no a Rose.

Rose apretó sus labios, como si quisiera decir algo más, pero se detuvo. Sus ojos se desviaron hacia el vestido, hacia la habitación decorada con esmero, hacia el futuro que parecía inevitable. Yo también lo sentía: inevitable.

—¿Y si él no es lo que creías, Margot? —su voz sonó baja, como si temiera que alguien pudiera oírla—. ¿Y si hay algo más que no hayas visto? ¿Algo que podría cambiarlo todo?

Claro. Rose era una romántica, pero sus palabras no hicieron que me sintiera mejor. No quería escuchar más promesas vacías. Mi alma estaba tan cansada de esperar que las cosas mejoraran, tan cansada de luchar.

Ya estuve ahí, ya me hice ilusiones, ya soñé con la vida perfecta al lado de un Archer que me amaba con locura. Y me llevé una gran decepción, una más en la larga lista de todas las que había sufrido en mi vida.

—No puedo más, Rose —respondí, mi tono más frío de lo que pretendía—. No sé qué me duele más, si la boda, la amenaza o saber que él jamás me verá como yo quiero ser vista. Ya está. Todo lo que quiero es que esto termine, para buscar la mejor manera de sobrevivir a los próximos años.

En ese momento, se abrió la puerta y Eliza entró, con la misma sonrisa en su rostro como si eso fuera el día más importante de su vida.

—Algo prestado —dijo, cogiendo mi mano y colocando en mi palma un anillo pesado.

Era brillante, y eso era lo único bueno que podía decir. Pesado, grande y feo, con unos símbolos grabados en negro. Una banda gorda de color cobrizo.

—Con este anillo, mi bisabuelo le pidió matrimonio a la bisabuela. Ella no se lo quitó ni

una sola vez en su vida y fue la mujer más feliz del mundo. Y eso, mi querida Margot, es lo que quiero para ti. Es lo que tendrás: toda la felicidad del mundo. Y mientras tengas este anillo en tu dedo, lo tendrás.

Ahora Eliza se parecía a Rose. Solo ella ponía tanta fe en los objetos, como si ese anillo fuera capaz de hacer que Archer me amara o de deshacerse de la amenaza de ese hombre.

Pero sonreí, cogí el anillo y me lo puse en el dedo gordo, que era el único en el que entraba.

—Ya es hora —dijo Eliza, con una voz tan llena de emoción que me dolió el alma.

La miré, incapaz de hacer nada más que asentir. Rose me miró por última vez, con esa expresión que decía todo lo que no podíamos decir con palabras, y sonrió.

Eliza se adelantó y Rose se quedó atrás para ayudarme con la cola del vestido, aunque hubiera preferido que no. Tropezar y caerme por las escaleras era una buena maldita excusa para cancelar la boda.

Claro, si no fuera porque yo ya estaba casada con Archer.

Suspirando, acepté mi suerte y bajé.

∞∞∞

Había llegado a tiempo, y no me gustaba. Quería hacer que Archer sudara, que se preguntara si venía o no, si debía enviar a alguien a buscarme o tal vez venir a traerme él mismo.

Los invitados estaban dentro, esperando. Yo estaba en una salita a dos pasos, esperando.

Y en ese momento, escuché los primeros acordes de la música de la ceremonia.

El peso de lo que venía me presionaba el pecho. Eliza me llamó desde la puerta, ansiosa, con esa sonrisa de que no sabía nada de la tormenta que había dentro de mí.

El camino hacia el altar pareció interminable.

Lo hice sola porque yo estaba sola en el mundo. No tenía a nadie.

El vestido de novia pesaba el doble. La gente susurraba. La gente miraba. Parecía un mal sueño, uno del que no podía despertar.

Así que avancé. Paso tras paso. Como si no tuviera otra opción. El altar estaba tan cerca. Y Archer, allí, esperándome, mirándome como si… No sabía qué significaba su mirada porque nunca la había visto antes.

Pero dejé de pensar, de sentir, en el momento en que llegué frente al altar y él cogió mi mano. Fue como si estuviera viendo una película, como si fuera un espectador cualquiera, pero aun así, haciendo lo que se esperaba de mí.

Y de repente, el cura preguntó:

—¿Aceptas a este hombre como tu esposo?

Mi mente gritó *no*, pero mi corazón me recordó que estaba haciendo esto por Eliza.

—Sí.

El *sí* de Archer fue serio, en esa voz grave, y me entró por los oídos, se deslizó hasta mi corazón, donde se enroscó como una serpiente.

Estaba atrapada y no había escapatoria.

∞∞∞

El salón estaba lleno de risas, conversaciones y el tintinear de copas, pero yo no escuchaba nada. Solo veía caras que no reconocía, voces lejanas. Todos estaban allí, celebrando mi boda, pero para mí era como si fuera una escena de una obra rodeada de personas que no me conocían.

No me importaba nada. Ni los invitados, ni mi nuevo marido, ni admirar el ambiente. Bueno, la decoración un poco sí que me interesaba, porque nos había costado un poco elegir los colores correctos.

Las mesas con flores blancas, los platos que brillaban bajo la luz de los candelabros... Todo parecía tan bonito, como si estuviera dentro de un sueño.

Las conversaciones fluían, pero yo no podía encontrar mi lugar. Me sentía atrapada entre mi vestido ajustado y las miradas curiosas que me seguían a cada paso. Me sentía rígida, incómoda. Los hombres me miraban como si no estuviera allí, y las mujeres me analizaban con sonrisas que no lograba entender. En algún momento, alguien me ofreció una copa de vino, pero mi mano tembló ligeramente al recibirla. La gente seguía hablando, riendo, pero yo solo quería desaparecer.

Archer estaba allí, junto a mí, desde que cogió mi mano frente al altar.

La distancia entre nosotros era enorme, aunque él estaba sentado a mi lado. Cada vez que nuestros brazos se rozaban, sentía una punzada de tensión, como si esa pequeña caricia no fuera un simple accidente. El roce de su piel contra la mía me hacía darme cuenta de lo mucho que nos habíamos alejado, de lo que ya no era.

El primero de los toques accidentales sucedió cuando, al intentar tomar la copa, mi brazo rozó el suyo. Por un momento, su mano quedó cerca de la mía, sus dedos rozaron la parte interior de mi muñeca.

Fue un gesto tan simple, pero la sensación quemó mi piel. Me sentía incómoda, como si no supiera qué hacer, y Archer me miró por un segundo. Esperé que dijera algo, lo que fuera, pero no dijo nada.

Su mirada parecía vacía, distante, y me di cuenta de lo mucho que necesitaba escuchar su voz. Un *todo estará bien*. Un *tranquila, no te pasará nada*.

El momento pasó y me aparté un poco para evitar cualquier toque accidental.

Fue en vano, porque ocurrieron otra vez, y no pude evitar que mi cuerpo siguiera reaccionando a esos pequeños momentos.

Cada vez que se inclinaba hacia mí para hablar con alguien, su brazo pasaba cerca del mío. Cada vez que alargaba la mano para coger la copa o un cubierto. Cada vez que se levantaba.

El silencio entre nosotros crecía, pero estaba lleno de pequeñas chispas, de momentos

fugaces que me dejaban con los nervios a flor de piel.

El tiempo pasaba tan despacio y yo solo necesitaba salir de ahí, escapar de las miradas, de la incomodidad que se acumulaba en mi pecho. Me sentía atrapada en el vestido más bonito que había llevado nunca, en una vida que no reconocía como mía.

La música comenzó a sonar, una melodía suave, y el pensamiento de bailar con Archer me dio náuseas, pero al mismo tiempo sabía que debía hacerlo. Él se levantó, y sin decir nada, me ofreció la mano.

No sé si lo hizo por costumbre, por educación, o porque, en algún lugar profundo de él, sentía algo por mí.

¿Ves? Era boba, la esperanza seguía viva en mi corazón.

Acepté su mano y me levanté. El primer paso hacia la pista de baile fue un acto mecánico, porque toda mi atención estaba concentrada en el calor de la mano de Archer.

Moví mi cuerpo torpemente, pero de alguna forma nos encontramos en el centro, él con su mirada fija al frente, yo mirando el suelo.

En silencio.

Nuestros cuerpos estaban muy cerca ahora, pero no había conexión. Solo la presión de su mano sobre la mía, la suavidad de su palma que me hacía pensar que tal vez, solo tal vez, esto no tenía que ser así.

Pero luego, su respiración se hizo más pesada, y la incomodidad volvió a apoderarse de mí, a medida que el espacio entre nosotros se llenaba de palabras que ninguno de los dos podía o quería decir.

Poco después, la música se detuvo, y el banquete continuó. Archer me soltó, y aproveché que se parara a hablar con uno de los invitados para volver a mi asiento.

La velada avanzó, la música sonó, y la gente se divirtió, algunos buscando conversación, otros simplemente disfrutando del champán. Pero yo no podía dejar de mirar a mi marido.

Archer estaba hablando con varios hombres, sus manos moviéndose con confianza mientras la risa fluía alrededor de él. Me sentía atrapada en una burbuja, observando todo desde lejos, deseando estar a su lado, disfrutando de su risa, disfrutando con él.

Y entonces la vi.

Della.

Ella entraba en el salón, su risa ligera y despreocupada resonando más fuerte que la música. Fue imposible no notar su presencia. Tenía una de esas sonrisas fáciles, de esas que nunca se sienten forzadas, y su postura era tan segura de sí misma.

Tan perfecta.

Tan no como yo.

Se acercó a donde estaba Archer y, por alguna razón, mis ojos siguieron sus movimientos.

¿Celos? Obviamente.

Archer le sonrió, la saludó con una familiaridad que me molestó demasiado. No pude evitarlo. La imagen de ellos dos juntos, conversando como si fueran viejos amigos, como si no hubiera nada raro, era demasiado.

Ella lo miraba fijamente, se inclinaba hacia él mientras hablaba, y, aunque la conversación no parecía nada especial, mi estómago dio un vuelco.

¿Era celos porque lo amaba?

¿Era simplemente inseguridad?

No estaba segura.

Todo lo que podía hacer era mirar, y eso me estaba matando más que cualquier otra cosa. La forma en que Archer la miraba, tan relajado, tan natural, era algo que yo nunca había visto en él, y definitivamente no cuando se trataba de mí.

Mi corazón se aceleró y un nudo se formó en mi garganta.

Pude ver cómo sus manos se tocaron por un segundo mientras él le pasaba una copa de champán, cómo se reían juntos de una broma que parecía privada.

Y me sentí fuera de lugar. En ese mismo instante, todo lo que había hecho, todo lo que había sentido, me pareció absurdo.

¿Por qué me estaba preocupando?

¿Acaso Archer no había dejado claro que no quería nada que ver conmigo?

Lo había hecho. Al final, Archer nunca fue mío. Ni siquiera ahora, horas después de haberle dado el sí, quiero, cuando llevaba su anillo en mi dedo.

Nunca lo será.

A ver si se me quedaba grabado en la mente, en el corazón, de una vez.

Mi cuerpo se tensó al ver que él se inclinaba un poco más hacia ella, su atención completamente centrada en Della, mientras yo estaba sentada ahí, en la mesa, observando.

Parecía como si ellos dos se hubieran casado hacía horas. Mi corazón latía desbocado, y la rabia se mezcló con la tristeza, todo en un revoltijo imposible de deshacer.

Rose me observaba desde su sitio, como si sintiera lo que está ocurriendo, pero no dijo nada.

No había palabras que pudieran aliviar esa sensación de ser reemplazada, de ser invisible a los ojos de Archer.

Y entonces, cuando Archer se fue a saludar a otro grupo, Della lo siguió con la mirada. Ahora éramos dos buscando la atención de mi marido.

No obstante, cuando los ojos de Della se encontraron por un instante con los míos, no pude evitar sentir que ella sabía algo que yo no.

∞∞∞

Me sentía como una sombra intentando escapar de la luz. Después de lo que vi entre

Archer y Della, el aire parecía más denso, más pesado. Necesitaba escapar un momento, respirar. Las voces y risas del banquete me resultaban insoportables, así que me escapé con una disculpa rápida y me alejé hacia el pasillo, en busca del baño.

Pero cuando pasé junto a la biblioteca, escuché voces. No era mucho, sólo un murmullo al principio, pero cuando me acerqué un poco más, reconocí la voz de Della.

¡Oh, no!

No en la biblioteca. No con Archer.

Él no lo haría, no sería tan despiadado de llevar a su novia/amante/lo que fuera al mismo sitio donde yo me había entregado a él.

¿No?

Era Archer, el mismo que se había pasado años enteros haciéndome la vida un infierno.

Haría eso y más.

Pero entonces escuché otra voz, el mismo timbre grave de los hombres Cantrell, pero no era la voz de Archer.

Era la voz de Dean.

—¿Qué diablos quieres que haga? —la voz de Dean bajó, casi imperceptible, pero cargada de frustración.

—Sabes lo que quiero. No es tan difícil, Dean —respondió Della, y su tono era directo, desafiante.

Me detuve en seco, mi respiración también se detuvo por un segundo. Algo en el aire cambió, y no sé si era por la manera en que hablaban o por lo que intuía que estaba pasando.

—¡No es tan simple! —gruñó Dean, y yo me asomé un poco más, porque sí, porque la curiosidad mató al gato, y no pasaba nada; ya tenía a dos hombres que querían verme muerta.

La puerta estaba entreabierta, y no pude evitar escuchar. Mis pies estaban pegados al suelo, mi mente me gritaba que me alejara, pero algo dentro de mí me impulsaba a quedarme.

Tampoco pude evitar echar un vistazo dentro.

Della dio un paso más, tan segura de sí misma, tan intensa. No la conocía, pero se le veía tan natural. Era como si todo a su alrededor se desvaneciera, dejando sólo a Dean y a ella, solos en el mundo.

—Lo has hecho todo más complicado, ¿no es así? —su voz baja ahora, casi un susurro que llega a mis oídos, y el tono cambió.

Ya no era sólo enfado, era algo más. Algo que no me gustaba, algo que me hacía sentir incómoda.

El silencio siguió, y fue entonces cuando vi cómo Della colocaba su mano en el pecho de Dean. Sus dedos rozaron su camisa, y por un segundo, los dos se quedaron allí, mirándose como si…

¿Fueran dos enamorados?

Pude escuchar el latido de mi propio corazón en mis oídos, y ellos seguían mirándose.

¿Qué diablos?

—No, Della —murmuró Dean, pero su voz era más suave de lo que debería haber sido. Sus palabras no eran una advertencia, eran un susurro lleno de deseo.

¡Oh, vaya!

El silencio fue absoluto en ese momento. Los dos estaban tan cerca que pude sentir la tensión a través de la puerta entreabierta. La habitación parecía haber quedado en suspenso, como si todo lo demás ya no importara.

Obviamente, ¿no?

Y luego, vi cómo sus labios se acercaban.

Un roce. Un toque. Tan fugaz, pero lo suficiente para que mi corazón se detuviera. El beso fue breve. Y en el momento en que sus labios se separaron, el concurso de miradas siguió, pero solo por un breve instante.

Porque Dean, vaya con Dean, agarró a Della y le dio un beso de película.

No quería ser testigo de esto. No quería saber lo que estaba viendo, pero algo me retuvo, algo me mantuvo allí, atrapada en ese instante que no quise presenciar.

Cuando finalmente me doy cuenta de que no estoy haciendo lo correcto, me aparto rápidamente. La imagen de ellos dos, ese beso robado y lleno de pasión, se queda conmigo. Y una parte de mí sabe que todo esto va a ser más complicado de lo que había imaginado.

Me tomé un minuto para calmar mi respiración acelerada, cuando la voz de Della resuena de nuevo.

No podía moverme, por lo menos no hacia adelante. El sonido de sus voces me arrastró de vuelta hacia la puerta entreabierta.

—No puedo seguir así, Dean —dice Della, su tono ahora cortante, directo—. Esto no es un juego. Quiero que lo hagamos oficial, que todo el mundo sepa que estamos juntos.

La voz de Dean se oye más grave, pero vacilante, como si estuviera luchando contra algo que no puede controlar.

—No puedo. No puedo, Della —responde, y hay un suspiro de desesperación en sus palabras—. Archer me lo ha dejado claro. No mientras no tenga la situación bajo control.

Un silencio tenso se instaló entre ellos. Podía imaginar el choque de sus miradas, la lucha silenciosa que debía existir entre ambos. Y yo seguía allí, parada como una estatua, escuchando cómo se deshacía la idea de algo que, al principio, parecía sencillo.

—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Seguirás las órdenes de tu hermano por cumplir con esa promesa? —dijo Della, su voz ahora más suave, pero aún llena de exigencia—. No me importa lo que él diga. Me importa nosotros.

Dean se río, pero no era una risa alegre. Era amarga, llena de frustración.

—No se trata de eso. Es más complicado. Tu padre... —Hace una pausa, y puedo escuchar cómo se le escapa el aliento, como si estuviera eligiendo bien sus palabras—. Tu padre, Della... está presionando. Si no tenemos cuidado, las cosas se pondrán feas para todos. Y no puedo arriesgarme a que eso suceda. No contigo, no con mi familia.

El padre de Della. Una promesa de Archer. Una situación complicada que mi marido no controla.

Hmm, interesante.

Por lo visto, yo no era la única involucrada en un lío.

Della se quedó en silencio por un segundo, y luego su voz cambió. Ya no había rabia en ella, solo una decisión fría, calculadora.

—Entonces, haz lo que tenías que hacer. Hazlo por Archer, por tu familia, por mi padre. No lo hagas por ti, válgame, Dios, eso era impensable para los Cantrell. Todos por uno.

El silencio siguió a las palabras de Della, la tensión se intensificó aún más. Della dio un paso hacia él, más cerca, lo suficiente para rozar su brazo.

—Haz lo que sea necesario y yo haré lo mismo —susurró Della.

Esas palabras sonaron como una despedida y esperaba estar equivocada, pero entonces Della besó a Dean.

Un beso breve, urgente, cargado de promesas no dichas, una caricia furtiva que pareció un grito silencioso de desesperación.

El mundo se detuvo.

No podía con más problemas, más tristeza, más desesperación. Quería ver a alguien feliz, por Dios, ya estaba sufriendo yo suficiente para medio mundo.

Y Dean, bueno, no era mi persona favorita, pero me gustaba más que Archer. Hacía buena pareja con Della, no sé, se veían casi perfectos juntos.

No quise ser testigo de su conversación tan personal, tan íntima, pero ocurrió y ahora me sentía mal por ellos.

Escuché el sonido de tacones y me dio tiempo a acercarme a la puerta del aseo antes de que Della saliera de la biblioteca.

No me vio.

Estaba llorando.

¡Maldita sea! ¿Por qué la vida no podía ser fácil?

Entré en el aseo y cerré la puerta con un clic suave, dejando atrás la imagen de Della y Dean. Pero la tristeza se queda en mi mente, se añade a la mía y convierte el día de mi boda en el día más triste de mi vida.

Bueno, excepto el día en el que perdí a mis padres.

Capítulo 17

Margot

La noche de bodas no podía ser diferente al día, ¿no?

La habitación del hotel estaba sumida en la oscuridad, y el silencio era tan denso que casi podía oír mi propia respiración. Las sábanas eran suaves, pero no me reconfortaban.

Archer estaba allí, en la cama, a unos centímetros de distancia, pero tan lejos como si estuviera en otro mundo. No me miraba, no me tocaba.

Desde que nos marchamos de Cantrell Manor, no me habló. Fue Eliza quien me informó que la noche de bodas la pasaríamos en el hotel y que por la mañana iríamos de luna de miel.

En el coche, me acompañó mi nuevo marido, que conducía como si estuviera solo. Me entretuve mirando por la ventana, pensando.

Al llegar al hotel, mi corazón dio un vuelco al escuchar a la recepcionista llamarme señora Cantrell.

Ahora era Margot Cantrell.

Alguna vez (o cien) había escrito ese nombre, lo había practicado por si acaso. Sonaba bien, ¿no?

El silencio de Archer continuó arriba, en la habitación. Dejó la maleta que Rose había preparado para mí a los pies de la cama y luego se encerró en el cuarto de baño. Tuve que sentarme a esperar a que saliera para que pudiera ayudarme con los botones del vestido.

Verás, ese era un vestido de novia. Era más que bonito, estaba hecho para la novia y para el novio. Se ajustaba a las curvas, mostraba lo justo y luego ponía a prueba la paciencia de los dos con la larga fila de pequeños botones de seda que tenía en la parte de atrás.

Iba desde el cuello hasta la parte baja de mi espalda.

La idea era bonita y me hubiera gustado explorarlo en otras circunstancias.

Ahora solo le pedí a Archer: —¿Podrías ayudarme con los botones, por favor?

Se había quitado el traje y vestía pantalones de pijama de color gris y una camiseta blanca. Nada fuera de lo normal, ¿no?

No sabía si debía sentirme aliviada porque no quería consumir nuestro matrimonio o enfadada.

No sacó ni una palabra mientras sus dedos desabrochaban los botones. Ni una sola.

Luego se metió en la cama y yo me fui al cuarto de baño. Ahora estábamos allí, él en la parte derecha de la cama y yo en la izquierda. Silencio total, excepto el de nuestras respiraciones.

A pesar del día cansado que tuvimos, ninguno dormía. Ninguno estaba listo para ponerle fin al silencio.

Cerré los ojos e intenté dormir, pero me invadieron los recuerdos de la otra noche.

La manera en la que Archer me miró en la biblioteca después, esa incomodidad, ese rechazo que no supe cómo manejar y que no entendía. La manera en la que mi mente decía algo y mi corazón se empeñaba en contradecir.

Seguía esperando algo, una señal. ¿Por qué?

Miré a Archer y seguía allí. En la cama, con la espalda hacia mí.

Finalmente, me moví, con cautela. Mis pies tocaron el suelo frío, y al caminar hacia la ventana, la luz de la luna se reflejó en la habitación. Era tarde y en la calle no había mucha gente, ni coches. Silencio afuera, silencio dentro y ruido en mi mente.

No sabía cuánto tiempo había pasado mirando y pensando, pero cuando me giré, lo vi. Archer estaba despierto. Su postura era tensa, la mandíbula apretada, la mirada vacía. Algo le molestaba, pero no lo suficiente como para decírmelo a la cara.

—¿Y ahora qué? —le pregunté, y mi voz salió más dura de lo que quería.

Archer no respondió de inmediato. Siguió mirándome en silencio.

—¿Cómo esperas que funcione esta farsa? —continué, sin saber bien por qué lo preguntaba. Tal vez quería respuestas. Tal vez quería saber si algo había cambiado.

Tonta hasta el último segundo. Sí, esa era yo.

Su voz, cuando finalmente habló, estaba vacía, como si estuviera conversando con la cajera del supermercado.

—No sé —respondió, su tono frustrado—. Encontraremos alguna manera para que la abuela no sospeche nada.

Sus palabras me golpearon como si fueran un puñetazo. Me di la vuelta y respiré profundamente.

No quería ver su rostro. No quería ver nada.

—¿Y no sería mejor decirle la verdad? —pregunté, más para mí misma que para él—. ¿Por qué seguimos con esta farsa de matrimonio? ¿Por qué no contarle que lo hicimos por ella y fingir solo fuera de Cantrell Manor?

Estaba buscando una salida, incluso si era una tan pequeña que no valía de mucho. ¿Qué obtenía yo sí Eliza averiguaba la verdad? Pues tendría un aliado dentro de la casa. No tendría que fingir delante de ella que estaba enamorada de Archer…

Vale, había que admitir que me sería mucho más difícil fingir que no lo estaba, ¿no?

Mi pregunta quedó flotando en el aire, sin respuesta. Cansada, me senté sobre la silla junto a la ventana. Entonces me di cuenta de que no importaba.

Había luchado antes contra el destino y no me había servido de mucho. Bueno, para ser honesta, sin los años que pasé atenta a cada gesto, a cada movimiento de Archer, no hubiera sido capaz de apañarme tan bien en el mundo. Sola. A los dieciséis años.

Me quedé ahí, en la silla, envuelta en la oscuridad, y Archer, en la cama.

No hacía nada. No se acercaba. No me hablaba.

El reloj avanzaba, y con él, la sensación de que este silencio podría ser eterno.

∞∞∞

Me desperté en la cama.

No recordaba cuándo me había metido, pero estaba sola. La puerta del cuarto de baño estaba cerrada, y supuse que Archer estaba allí dentro. Después de la noche de bodas, la noche fallida de bodas, me sentía algo mejor.

No mucho, pero me había resignado. Había que vivir el día como si fuera el último, y para mí eso era verdad. No sabía cuándo se le iba a cruzar el cable a Archer ni cuándo ese hombre decidiría poner en marcha su plan de hacerme pagar.

Al levantarme de la cama, vi que Archer había pedido el desayuno. Como el día anterior no había comido nada, me acerqué a la mesa. Estaba de pie, con una taza de café en la mano y un croissant en la otra, dándole un mordisco, cuando Archer salió del cuarto de baño.

El pedazo de croissant me impedía hablar, así que lo mastiqué mientras intentaba buscar algo que decir.

—Buenos días —dijo Archer—. Deberíamos marcharnos en treinta minutos. ¿Podrás estar lista a tiempo?

Solo necesitaba diez.

Tenía hambre, esa fue mi excusa para asentir en lugar de darle los buenos días y no decirle algo sobre el tono que estaba usando. Yo era su esposa legalmente; en la realidad, no sabía qué era, pero no era su empleada para que me hablara con ese tono.

Terminé el croissant y, aunque todavía tenía hambre, me llevé la segunda taza de café al cuarto de baño. Y sí, estuve lista en diez minutos, pero no salí del baño hasta dos minutos antes de la hora prevista.

Estaba tentando la suerte o, mejor dicho, picando al león.

Además de boba, tenía un deseo anormal de morir.

Archer iba vestido con vaqueros y traje y cogió las maletas, la mía y la suya, sin decir una palabra. Me pregunté si uno podía quedarse mudo o sordo por tanto silencio.

Por alguna razón, no pasamos por recepción para hacer el check-out y fuimos directamente a un todoterreno negro que estaba aparcado frente al hotel.

Subimos y listo, nos marchamos de luna de miel.

Ya sabía que no iba a ser ningún lugar soleado donde tumbarme en la arena y trabajar en mi bronceado, porque en mi maleta solo había vaqueros, camisetas y algún que otro vestido.

Tampoco pregunté, porque Archer empezó a hacer llamadas dos minutos después de arrancar el coche. Organizó su agenda con su secretaria, habló con su abogado, tuvo una conversación breve con un hombre que le pidió un aumento de sueldo, y llamó a Beau para

encargarle un informe de mercado.

Cuando habló con Dean, recordé lo que pasó en la boda y, obviamente, no pude mantener la boca cerrada.

—Están enamorados —dije.

Archer apartó la mirada de la carretera por un breve momento y me miró, pidiendo una explicación.

—Della y Dean.

—¿Y? —fue su respuesta.

—No sé, quizás deberías dejar que sean felices, ¿no crees?

—Margot, no te metas en situaciones que no te incumben —gruñó.

—¿Ah, no? Soy una Cantrell ahora, ¿quieres decir que lo que pasa con los miembros de la familia no me incumbe?

—Nunca serás una Cantrell —declaró.

Y eso fue el final de nuestra conversación. Y también de la poca esperanza que tenía de llevarme bien con Archer.

Después de unas horas en las que no paramos en todo el camino, llegamos a nuestro destino.

Una cabaña rodeada por un mar de árboles. El silencio que reinaba allí era diferente al de Cantrell Manor. Allí, entre las montañas y los susurros del viento, todo parecía más simple, menos cargado. Como si, por un instante, el peso del mundo no me alcanzara.

Pero luego miré a Archer y esos breves segundos de paz desaparecieron como si nunca hubieran existido.

La cabaña era pequeña. Las paredes de madera, grandes ventanales por los que se veía cómo el sol se reflejaba en el lago cercano, el aire fresco y limpio.

Archer continuó, como ya me había acostumbrado, sin decir nada. Yo tampoco hablé. Pero el simple hecho de estar en el mismo lugar, compartiendo el mismo espacio, hacía que mi pecho se sintiera como si tuviera encima un tractor.

El interior de la cabaña era bastante acogedor. Había una chimenea encendida que iluminaba tenuemente el ambiente, un sofá, una mesita de café y una estantería con libros. No había ido a ver el resto, pero por lo que había visto, había una cocina lo suficientemente grande, un cuarto de baño y un dormitorio. Solo uno.

Al principio, todo fue raro. Archer desapareció con las maletas en el dormitorio y yo fui a ver qué había en el frigorífico. Había comida suficiente y variada. Me preparé un café porque era una adicta; me tomaba al menos tres antes de entrar a trabajar, y ahora eran las dos de la tarde y solo había tomado dos.

En el último momento, decidí prepararle uno a Archer y llevé las dos tazas al salón, donde me senté en el sofá. Mis ojos se fijaron en la chimenea, la madera estaba cuidadosamente apilada, lista para ser encendida.

La contemplé por un momento antes de tomar la cerilla y encenderla, dejando que las llamas comenzaran a bailar suavemente.

Mi marido me encontró allí poco después y, para mi sorpresa, vino a sentarse a mi lado.

Era la primera vez que estábamos solos. Bueno, la noche anterior no contaba, porque… no sé por qué no.

Archer se sentó con las manos entrelazadas sobre sus piernas, mirando al fuego. Había algo extraño en ese momento, como si estuviéramos esperando que algo sucediera, pero ninguno de los dos sabía exactamente qué.

Finalmente, Archer se movió. Su voz rompió el silencio, algo suave, como si no quisiera que las palabras fueran demasiado grandes.

—¿Veneno o laxante? —preguntó, sin mirarme, como si fuera una pregunta normal. Y lo era para nosotros.

—Ninguna —respondí honestamente, mirando el fuego también—. La ricina, por ejemplo, no deja rastro, pero es casi imposible de conseguir, a menos que quieras arriesgarte a comprarla en el mercado negro. No me importas tanto como para vender un riñón por ella. Y el laxante, claro, es una opción más sencilla, pero no se me ocurrió. Lo siento, tendrás que tomar el café como te gusta. Negro como tu corazón.

Archer giró lentamente hacia mí, sus ojos fijos en los míos por un largo momento. La intensidad de su mirada era un contraste con el ambiente tranquilo que nos rodeaba. Algo dentro de mí se estremeció, pero no dije nada.

—Es raro, ¿verdad? —dijo él, con una ligera sonrisa en sus labios.

—¿Hablar de asesinarte? Para mí sí, para ti creo que no.

El hecho de que pudiéramos hablar de esto era extraño. Pero, en el fondo… me gustaba. ¿Síndrome de Estocolmo?

—Creo que se nos ha ido de las manos esta situación —dije al fin, y mis palabras sonaron más sinceras de lo que imaginaba.

No era por la boda, ni siquiera por sus amenazas. Era todo lo que habíamos vivido, las decisiones que tomamos cuando los dos éramos demasiado pequeños para saber cómo iba a afectar nuestras vidas.

Archer asintió, como si entendiera, aunque sabía que no podía comprender del todo. Nadie podía.

Nos quedamos en silencio un rato, el crepitar del fuego siendo la única compañía en la cabaña. El sonido del viento fuera era suave, y el lago reflejaba la luz de la puesta de sol, creando un paisaje tranquilo que parecía contrastar con la tormenta de pensamientos en mi cabeza.

Archer se levantó entonces, sin decir nada, y se acercó a la ventana. Miró hacia afuera, a la oscuridad, como si algo en el paisaje lo llamara.

—¿Te gustaría salir a dar un paseo? —me preguntó sin voltearse.

¿Perdona?

—Sí —respondí, la palabra saliendo más fácil de lo que pensaba—. Bueno, no si tienes

pensado ahogarme en el lago o empujarme dentro de un barranco.

Cuando Archer se volvió, sus ojos reflejaban la diversión que ya había leído en su sonrisa. Mía, para mí.

Se acercó y, de nuevo, mi mente se fue por las ramas. La cercanía no se sentía obligada ni forzada. O sea, ¿le gustaba? ¿Había alguna posibilidad?

¿Podía ser más tonta?

—No, nada de violencia si prometes no buscar alguna planta venenosa —dijo.

Entrecerré los ojos y lo pensé durante un momento.

—¿Por acaso has visto una planta de unos veinte o treinta centímetros de altura, con hojas grandes, lobuladas y bordes dentados? —pregunté.

Archer siguió mirándome, no me contestó y tampoco dejó de verse divertido.

Me puse de pie diciendo:

—Bueno, pues vamos a dar ese paseo y si encontramos la planta, ya te diré lo que hay que hacer.

Era broma, obviamente.

La planta en cuestión, el ricino, no crecía en los bosques. En los jardines sí, porque, de alguna manera muy extraña, la gente consideraba que el ricino era una planta que se veía bien en los jardines. Bonita y letal.

En cuanto salimos, el aire fresco nos envolvió.

Fue una caminata tranquila, sin presión, sin más expectativas que las que nacían del simple hecho de estar juntos. Ninguno de los dos dijo mucho. No necesitábamos más palabras. Había algo en ese momento, algo que no sabíamos cómo definir, pero que, por alguna razón, nos permitía estar juntos sin el ruido de nuestras propias expectativas.

Y mientras caminábamos, el sol se escondió y las estrellas aparecieron. Parecían más cercanas, más brillantes que las que veía cada noche que me sentaba en mi ventana para mirarlas.

Disfruté del paseo y del respiro antes de que todo lo demás volviera a convertirnos en enemigos mortales.

Después ocurrió algo muy extraño.

Archer preparó la cena. No se trataba de meterse en la cocina y preparar algún plato complicado, no. Simplemente sacó algunas cosas del frigorífico y puso la mesa en la pequeña isla de la cocina. Pero lo hizo mientras yo estaba en el cuarto de baño y me tomó por sorpresa, tanto que olvidé preguntar si iba a terminar la noche con dolor de estómago o peor.

En fin, cenamos y Archer empezó una conversación, ya sabes, normal, pero es que nosotros no éramos normales. No podíamos hablar sobre amigos o trabajos, sobre familia o planes de futuro, y mucho menos sobre el pasado.

Al final, hicimos una lista de las peores películas que habíamos visto.

Por un breve momento olvidé qué nos había pasado, qué me había hecho, y fui una mujer normal. Cenando. Hablando. Pasándolo bien. De hecho, podría decir que este momento, solo

nosotros dos, fue mejor que el de nuestra boda.

Pero luego él dijo que iba a dar otro paseo y yo me fui a la cama. Dudé mucho antes de coger una almohada y una manta e irme a dormir al sofá. No sé, no quería compartir la cama con Archer. Quizás podríamos ser amigos, y no tenía sentido arruinar lo que podía pasar durmiendo juntos.

∞∞∞

La cabaña era perfecta.

Lo que al principio pensaba que iba a ser una pesadilla se transformó en algo más cómodo. A medida que pasaron los días, Archer y yo aprendimos a estar cerca sin que todo se sintiera como un acto de guerra.

En la mayoría del tiempo, pude olvidar por completo las razones por las que estábamos allí, en ese lugar, en esa situación.

El segundo día fue extraño. Me desperté con el cuello adolorido y envuelta en el aroma del café que Archer estaba preparando.

—Buenos días —dijo, acercándose al sofá y entregándome una taza blanca de humeante café.

Murmuré algo, creo que dije buenos días, hipnotizada por su aspecto. Y es que, no hay que olvidar que Archer era un hombre guapísimo (por la mañana, más, y creía que eso era posible porque había hecho un pacto con el diablo), y yo era una boba (o mejor dicho, una mujer desesperadamente enamorada).

—¿Quieres sentarte en el porche y tomar el café allí? —preguntó.

Asentí y se llevó el café. Mientras él iba hacia el porche, yo me puse de pie, y envuelta en la manta, lo seguí.

La atmósfera no podía ser más perfecta. Tranquila, el paisaje boscoso, el lago… todo eso me hizo sentir un tipo de paz que no creí que experimentaría tan pronto, ni con Archer a mi lado.

Incluso Archer parecía más relajado allí, tomando su café poco a poco, mirando el lago y preguntándome sobre lo que podríamos hacer los siguientes días.

Caminatas. Pescar. Comer. Dormir. Y poco más.

—Esto es bonito, pero una elección rara para una luna de miel —dije, y conseguí arruinar la paz del momento.

—¿Más café? —preguntó, poniéndose de pie.

Sacudí la cabeza, a pesar de que sí quería más. Entró en la cabaña y no regresó.

¿Acaso mis palabras le recordaron la razón por la que estábamos aquí?

Por un momento pensé en ir dentro y preguntarle qué diablos le pasaba. Obtuvo lo que quería de mí, ¿no? ¿Por qué se comportaba como si no?

Porque me odiaba… claro, lo había olvidado.

Cuando entré, no estaba. Tomé una ducha, me vestí y me preparé un desayuno para llevar, que fui comiendo poco a poco mientras paseaba por el bosque. Estaba tan sumida en mis pensamientos y en admirar la belleza de la naturaleza que perdí la cuenta del tiempo y del camino.

—¡Oh, no! —exclamé, mirando alrededor y viendo árboles, árboles y más árboles.

Y como si no tuviera suficiente, el cielo empezó a cubrirse de nubes oscuras. Esta era mi suerte. Ni Archer ni ese hombre tenían que preocuparse por acabar conmigo, de eso me encargaba yo solita.

Es que…

Después de caminar un poco, me di cuenta de que no tenía sentido. Estaba dando vueltas a lo tonto y me perdía más. Lo mejor era buscar un lugar donde cobijarme de la lluvia y esperar, por si acaso Archer se daba cuenta de que me había marchado y venía a buscarme.

No encontré nada, excepto ramas que pensaba amontonar para meterme debajo, pero afortunadamente no hizo falta, porque de repente vi a Archer caminando hacia mí.

Tranquilo. Paseando, como si estuviera en su propio jardín.

Casi… no, casi no lloré de verdad al verlo.

Era una tontería, pero me sentí como si fuera mi héroe, que me acababa de salvar de una muerte segura.

Y caminé, casi corrí, hacia él. Me detuve a un paso de él y su sonrisa hizo que me diera un vuelco el corazón.

No dijo nada, solo me sonrió.

—Podría besarte —dije.

—¿Y por qué no lo haces?

Y antes de recordar todas las razones por las que no debía hacerlo, me incliné hacia él. Me puse de puntillas, apoyé las manos en su pecho y presioné los labios contra los suyos.

El beso fue algo torpe por un segundo, pero espabilé cuando sentí las manos de Archer en mi cintura.

Nos besamos hasta que me mareé. Después del beso, sus labios recorrieron mi mejilla hasta mi oreja.

—¿Quieres más?

¿Era tonta? Sí.

¿Le dije que sí? Obviamente.

Y así empezó todo. Le permití que me tomara. Le entregué mi cuerpo sin pensar en cómo había terminado la primera vez.

Terminé desnuda en medio del bosque, besada por un hombre que me odiaba pero que aun así se las arregló para besarme suavemente, para deslizar sus manos por mi cuerpo con suavidad. Me hizo gemir de placer, gritar su nombre.

Terminé desnuda en sus brazos, el áspero árbol a mi espalda y mis brazos y piernas

alrededor de Archer.

Me sentí viva. Me sentí como nunca.

Y mientras él se dejaba llevar y se enterraba dentro de mí, mientras tenía su cara en mi cuello me permití ser feliz.

Fue una situación jodida, desde el día que nos conocimos hasta ahora, pero bueno, la vida era una montaña rusa y ya era hora de disfrutarla.

Deslicé las manos por el cabello de Archer mientras él presionaba sus labios contra mi mejilla, y luego, una vez más, sobre los míos.

—Creo... —empezó a decir, pero me apresuré a ponerle la mano sobre la boca.

—No digas nada. Lo vas a arruinar, y no quiero. Joder, nunca en mi vida me he sentido tan bien, tan en paz, y lo que sea que vayas a decir lo va a arruinar, así que cállate.

Mi mente se quedó en blanco cuando me sonrió, y ni siquiera me di cuenta de cuándo me puso de pie. Más o menos desperté cuando lo vi recoger mi ropa del suelo y sacudirla.

—Hay bichos en el suelo —dije.

No dijo nada. Quizás porque yo se lo había pedido, pero sí que hizo algo. Se quitó la camiseta y, después de dejar caer mi ropa, se acercó.

¿Sabes lo que hizo? Me vistió con su camiseta como si fuera una niña pequeña.

Oh, ¿acaso has olvidado que era una boba enamorada?

Obviamente me derretí a sus pies, estaba preparada para prometerle mi esclavitud eterna.

Lo bueno es que no la pidió.

Abrochó sus vaqueros y, después de recoger mi ropa, me esperó pacientemente mientras me ponía las zapatillas.

Y, como si tuviera algún plan maquiavélico para jugar con mi mente, me cogió de la mano antes de tomar el camino de vuelta a casa.

También habló.

Habló más que en todos los años que vivimos bajo el mismo techo. No de grandes cosas, sino de tonterías: pequeñas conversaciones sobre el clima o las caminatas que podríamos hacer, sobre libros y animales. Incluso habló sobre lo que significaba una alimentación adecuada.

Y no sabía si él había cambiado de verdad o si simplemente estaba intentando crear una atmósfera menos cargada de presión, más propicia para darme el golpe final. Lo cierto era que, por primera vez, me sentí como si estuviera con una persona interesante.

Buena.

Inteligente.

Atractiva.

Interesada en mí. En mi opinión. Que se sentía atraída por mí.

Ah, sí, había vuelto la Margot que creía en los cuentos de princesas y príncipes encantadores.

El día siguió sin mayores cambios. Pasamos el tiempo explorando los alrededores, caminando entre los árboles, a veces en silencio, otras veces conversando sin profundizar demasiado. Fue raro, extraño, pero no incómodo

La noche trajo lluvia, una cena a la luz de las velas y a mí en la cama con Archer.

No puedo decir que me lo propuse o algo. No, fue idea de él.

Estábamos recogiendo la mesa cuando de repente me empujó contra la encimera y me besó. De ahí a la cama no sé cómo llegué, pero sé que lo disfruté.

Archer se tomó su tiempo en demostrar todo lo que podía hacer, lo que podía hacerme sentir. La primera vez sentía que iba a perder la cabeza, pero la segunda fue una clase intensiva de lo que yo podía hacer y mi marido era un buen profesor, con mucha paciencia.

Descubrí que no había nada que no estuviera dispuesta a hacer o al menos intentar.

Capítulo 18

Margot

La luna de miel iba mejor de lo que había esperado. Hicimos un pacto sin palabras, sin reglas, excepto una: no hablar de nada que pudiera provocar una discusión o recordar el pasado.

Y lo conseguimos. Fueron dos días como nunca. Paseamos, cocinamos, dormimos juntos.

Todo cambió cuando Archer salió a correr en la lluvia y yo preferí quedarme dentro donde estaba seco y hacía calor. En mi aburrimiento me aventuré a explorar la cabaña por mi cuenta.

Ya lo había visto todo, más o menos. La cocina bien equipada, la sala con su chimenea crepitante, el dormitorio acogedor. Pero luego descubrí una puerta en la cocina, medio oculta en la despensa.

No supe por qué me sentí impulsada a bajar, ni siquiera por qué esa puerta me atraía tanto. Es que era el comienzo perfecto de una película de terror o el final cuando la tonta protagonista bajaba a un sótano donde descubría oscuros secretos.

Eso si era afortunada. Si tenía mala suerte encontraba ahí abajo su muerte.

La curiosidad fue más fuerte que yo, que mi deseo de seguir viva.

Al principio, me costó un poco abrir la puerta, que estaba algo atascada, pero cuando lo hice, la oscuridad del sótano me envolvió de inmediato. La única luz provenía de la bombilla tenue que colgaba del techo. Bajé las escaleras con cautela, y el crujido del suelo de madera envejecida acompañó cada uno de mis pasos.

—Y es así como termina mi vida —murmuré, avanzando.

Cuando mis ojos se ajustaron a la penumbra, comencé a ver detalles que me detuvieron en seco. Había estantes llenos de cajas, algunas apiladas, otras abiertas, todas cubiertas de polvo.

Bueno, no había ningún criminal con un hacha esperando ni ningún esqueleto enterrado. Recientemente. Solo Dios sabía lo que estaba debajo o en las paredes.

Respiré aliviada y me acerqué a una mesa del fondo. Había un montón de objetos dispersos: fotos, juguetes, y objetos que, por alguna razón, me parecieron profundamente familiares.

Mis manos temblaron un poco cuando toqué una foto enmarcada sobre la mesa. El rostro de unos niños sonrientes, niños que reconocí perfectamente. Beau, Dean y sosteniendo mi mano, Archer.

Los cuatro juntos. Nuestros padres. Eliza. El abuelo, la abuela.

—No puede ser —susurré para mí misma, mientras mi mente comenzaba a procesar lo que estaba viendo.

Era imposible.

Pero la imagen estaba allí, tan clara como el cristal. Una foto de nuestros padres, abrazados junto a nosotros, en una fiesta.

Algunas fotos mostraban a mis padres sonriendo junto a un niño pequeño con el cabello oscuro y revuelto: Archer. Las otras fotos eran de Cantrell Manor, de mi madre y mi padre conversando con otra pareja, los padres de Archer.

Yo jugando, compartiendo un helado con Beau, golpeando con un globo a Dean, columpiándome con Archer. Los cuatro en la orilla del lago pescando. Los padres atrás alrededor de una fogata.

Mi respiración se aceleró, y de repente el aire se sintió más denso, como si una niebla invisible hubiera invadido el lugar.

No recordaba este lugar, no recordaba a Archer ni a sus hermanos. No recordaba nada antes del accidente.

¿Cómo era posible?

—¿Margot? —la voz de Archer, suave, pero firme, me hizo girarme de inmediato.

Estaba en la puerta del sótano, observándome con esa mirada que siempre tenía cuando no quería que los demás supieran lo que estaba pensando. Pero ahora sí vi una mirada familiar, una que había visto en los últimos días cuando él pensaba que no lo estaba mirando.

Una mezcla de preocupación y algo más, algo que no pude identificar.

Me sentía atrapada.

En este pequeño rincón del mundo, en el que creía que al fin podía ser feliz, el pasado volvió para joderme. Y la cabaña, que parecía un lugar donde quizás podría encontrar algo de paz, ahora estaba llena de recuerdos que no sabía que existían.

Recuerdos de mis padres y de los suyos.

Me quedé en silencio, el marco con la foto de todos en mis manos.

Archer se acercó lentamente, sin decir nada, hasta que estuvo junto a mí. Había una tensión entre nosotros, y aunque me gustaría gritarle, preguntarle por qué nunca me dijo nada sobre esto, no lo hice.

—No lo entiendo —dije al fin, mi voz fue baja.

—El trauma, Margot, te hizo olvidar los primeros años de tu vida —respondió finalmente, sus palabras un susurro que pareció demasiado suave para ser dicha por el Archer que yo conocía.

Había culpa en su mirada y algo más que no pude leer. Pero, por alguna razón, no me sentía preparada para enfrentarlo.

En ese momento, el silencio fue mi amigo. En ese y en los siguientes. Me quedé con la mirada perdida durante no sé cuánto tiempo. Mi mente estaba en un caos absoluto cuando

finalmente miré a Archer.

Estaba allí, de pie como una sombra, con la mirada fija en mí. No era la mirada de quien me despreció durante años, ni la de quien me había herido sin piedad una y otra vez. Y sin embargo, su mirada me decía mucho más de lo que estaba dispuesto a contar.

O de lo que estuve demasiado ciega para ver hasta ahora.

Los recuerdos llegaban como fragmentos rotos, pero no quería creer en nada.

—No puede ser —musité, casi para mí misma.

Archer hizo un paso hacia adelante lo que me hizo alzar la vista, pero no pude mirarlo directamente. ¿Cómo podía mirarlo después de todo lo que había creído? ¿Después de todo lo que pensaba que sabía sobre él?

—Te lo dije —dijo con voz suave—. El trauma, Margot. Te hizo olvidar los primeros años de tu vida.

El dolor en su tono me sorprendió.

Nunca lo había oído hablar así, nunca había escuchado ese atisbo de... ¿remordimiento? ¿Desesperación? Los años que nos separaban no eran nada comparado con lo que sentía en ese instante, pero las palabras que salieron de su boca me hicieron dar un paso atrás.

—¿Cómo puede ser? —mi voz tembló, y no supe si era por la rabia o la incredulidad—. ¿Por qué nunca me dijiste nada? ¿Por qué no lo recuerdo?

Archer mantuvo su distancia, pero su mirada era suave y sabía que si me acercaba y le pedía un abrazo no lo dudaría.

—Porque no sabías cómo explicártelo—respondió al fin—. No lo sabía antes y tampoco lo sé ahora.

No entendía, no podía. Mis recuerdos me traicionaban, las piezas del rompecabezas se negaban a encajar. ¿Archer, el chico que siempre me había tratado con frialdad, el que me culpaba por la muerte de sus padres, de alguna manera había sido bueno?

—¿Ahora? —pregunté, la confusión de mi voz era palpable, casi una súplica para que me lo explicara todo.

¿Qué significaba todo esto? ¿Cómo podía ser que todo lo que había asumido sobre él estuviera equivocado?

Archer se frotó la nuca, como si las palabras que necesitaba no había manera de encontrarlas.

—Estabas perdida, Margot —dijo con una calma que me quebró por dentro—. Después del accidente, te cerraste. Dejaste de hablar, de reaccionar, te sumiste en un silencio profundo. Los médicos lo intentaron todo, pero al final renunciaron. Y yo no —pausó, y vi cómo sus ojos se nublaban de dolor—. No pude aceptarlo. Y no supe cómo ayudarte hasta que un día te grité y reaccionaste. Te dejaba en paz, te trataba con cariño y no me hacías caso. Te molestaba u tus ojos brillaban. No quería verte sufrir, Margot, pero fue la única manera, el único método que dio resultados.

Me quedé en silencio, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Estaba más allá de

alucinar con lo que me estaba contando. Yo no recordaba nada de eso.

Nada

¿Cómo?

¿Cómo pude equivocarme tanto, podía mi mente borrar mis memorias?

Archer no era el monstruo que había creído. Solo era un chico roto que había perdido a su familia, igual que yo. Y de una manera muy jodida mi mente eligió una solución muy extraña para ayudarme a sobrellevar la perdida de mis padres.

—Te traté mal, lo sé. —Su voz era firme, pero también venía cargada de arrepentimiento —. Pero lo hice porque no sabía qué más hacer. Si no te molestaba, no sabías que aún estabas aquí.

En ese instante, algo en mí se rompió. Todo lo que había creído, todo lo que había guardado en mi memoria, comenzó a desvanecerse, reemplazado por una verdad cruda y dolorosa.

¿Cómo podía estar tan equivocada sobre todo?

Archer no era el enemigo. Nunca lo fue.

Mi cabeza seguía dando vueltas, mi alma seguía buscando una respuesta que no tenía.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué me amenazaste con hacerle daño a Rose? —pregunté.

Archer suspiró profundamente, mirándome con una intensidad que me desbordó. Su respuesta llegó suave, pero estaba llena de algo que no podía identificar.

—Porque no sabía cómo ibas a reaccionar, Margot. Porque no sabías si ibas a creerme. He leído tu diario, ¿sabes? Sé que yo fui la razón por la que te escapaste de casa y no sabes cómo lo pasé al darme cuenta de que en lugar de ayudarte, te alejé de tu única familia. Necesitaba tiempo para…

—¿Para qué, Archer?

—Para hacerte entender que tu lugar está en Cantrell Manor —respondió.

No sabía por qué, pero esa no era la respuesta que quería, la que necesitaba escuchar.

Para hacerte entender que tu lugar está en Cantrell Manor conmigo.

Eso necesitaba escuchar.

Me quedé allí, mis pensamientos a mil por hora.

Archer no era el chico malo de mi vida. Era el hombre por el que sentía algo, que sí, que sabía que era ese algo, pero no quería pensar en ello porque era demasiado jodido.

Claro, ahora dice que tuvo una buena razón por la que hizo todo lo que hizo, pero no sabía si alguna vez podría perdonarlo por todo el daño que me causó.

¿Perdonar y vivir felices y comer perdices?

¿Era posible?

Archer seguía observándome, pero su mirada no era la misma de antes. Ya no había esa

barrera que siempre había percibido entre nosotros.

—¿Y Eliza? ¿Y el abuelo? —mi voz salió más baja de lo que hubiera querido, pero el nudo en mi garganta no me permitía hablar con claridad—. ¿Ellos sabían sobre todo esto?

—La abuela —comenzó, pero su voz se quebró un poco antes de que pudiera continuar —. Ella estaba devastada. Al principio fuiste su mayor prioridad, pero cuando se dio cuenta de que no podía ayudarte fue como si te hubiera perdido a ti también. Te cuidó de la manera que pudo, Margot, pero después del accidente, ella estaba igual de rota que todos nosotros.

—Mis únicos buenos recuerdos de mi infancia son de ella —murmuré.

—No sé, Margot. Uno de los psicólogos que te atendió dijo que a pesar de los avances de la ciencia la mente humana sigue siendo un misterio.

—Misterio suena mejor que tener un cerebro que ha cogido toda mi infancia y le ha dado mil vueltas hasta convertirla en una película de terror.

—Pero ahora lo sabes —dijo él.

Claro, ahora lo sabía y podía trabajar en poner orden en mi vida, en el pasado y en el futuro.

—¿Y el abuelo? ¿Los recuerdos de su mal comportamiento también son erróneas?

Archer desvió la mirada, como si la pregunta lo hubiera golpeado con más fuerza de lo que esperaba. Su rostro se tensó tenso, pero no dijo nada de inmediato. Yo esperé, pero ya sabía lo que iba a decir.

—John no reaccionó bien, tenía sus propios demonios.

—Me culpó de provocar la muerte de mis padres, Archer. Recuerdo sus bofetadas ¿o acaso eso también me lo he imaginado? —espeté.

—No, John, joder, siempre tuve la impresión de que disfrutaba cuando te hacía daño —dijo y luego hizo una pausa, tiempo en el que se acercó a mi—. ¿Bofetadas?

Asentí y vi la furia aparecer en su rostro.

No lo sabía.

Y en ese momento me convencí de que Archer decía la verdad, que esto no era un esquema maquiavélica para hacerme daño.

—¿Entonces, todo el mundo lo sabía que mi cabeza no estaba bien, pero nadie me dijo nada? —pregunté.

—Algo así, sí. Cada vez que intentamos hablar contigo volvías a cerrarte en ti misma y la abuela decidió que podía vivir viendo el miedo en tus ojos cuando yo me acercaba a ti. Dijo que era mejor vivir con miedo a no vivir.

Bueno, eso era algo sorprendente. No sabía si yo sería capaz de tomar tal decisión.

—Entonces, todo el mundo pensaba que yo había perdido la mente y convirtieron mi vida en un infierno porque solo reaccionaba al dolor.

Archer dio un paso hacia mí, y esta vez no me aparté. Estaba demasiado confundida, pero también había algo en su mirada que me hacía dudar de la ira que sentía. Él no era mi enemigo,

no más. Solo era un hombre que, por alguna razón, intentó ayudarme de la única manera que dio resultados.

Y es que ya no estaba segura de nada. Mi vida entera estaba basada en una mentira que mi propia mente había construido.

—Margot —su voz estaba suave, pero decidida—. Lo que ocurrió fue una tragedia demasiado difícil. No fue fácil para nadie. Traté de que volvieras a ser la misma, de alguna manera.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se asentaran en el aire.

¿Por qué no me había dado cuenta antes? ¿Por qué no había visto que, al igual que yo, todos estaban luchando por sobrevivir?

—Pero, Archer, me cuesta creer. O sea, te miro y una parte de mi sigue creyendo que esto es otra de tus bromas destinadas a herirme.

Sus ojos se oscurecieron, y una sombra de culpa cruzó su rostro, pero no dijo nada. Cogió mi mano y me guio hacia la escalera. Subimos y sin que me soltará la mano salimos al porche.

Estaba lloviendo, el aire tan puro que me dolía el pecho al respirar. Y el silencio. Ni coches, ni música, ni cientos de personas caminando y hablando al mismo tiempo.

La naturaleza. Archer. Yo.

Y mi mente retorcida.

—Cuando te trajeron al hospital después del accidente, estabas completamente desconectada. No hablaste, no reaccionaste a nada. Estabas casi como un zombi. No mostrabas emociones, ni siquiera miedo, tristeza o sorpresa. Solo comías si te daban la comida, sin esfuerzo propio. Fue como si tu mente se hubiera apagado para protegerte del dolor de lo que habías perdido. Tu cerebro estaba tan traumatizado por lo que pasó que simplemente no podía procesarlo —dijo Archer.

No recordaba esos días, solo el dolor.

—Los médicos dijeron que tu mente se desconectó de la realidad, porque no podía lidiar con el dolor. No recordabas lo que había pasado, ni el accidente, ni los detalles. Todo estaba bloqueado. El diagnóstico inicial fue que estabas pasando por un trastorno de estrés postraumático muy severo, pero que con ayuda y con tiempo mejorarías. No sucedió. Pasaron meses sin ninguna mejoría y la abuela decidió traerte a casa, quizás eso ayudaría. También falló. La primera noche bajé a por un vaso de agua y te encontré en el jardín. En camisón, descalza a medianoche, Margot, y con una lluvia tremenda. Te grité, te llamé estúpida por salir de casa y te echaste a llorar. En ese momento pensé que por fin había ocurrido, que ya estabas mejor.

—Pero no —susurré.

—No. Uno de los psicólogos dijo que tu reacción a mi maltrato es una respuesta al trauma, que posiblemente, te estabas castigando sola, que el dolor era tan grande que necesitabas más para poder seguir adelante.

—Eso suena como una mente muy, pero muy retorcida —dije.

¿Estaba loca? ¿Era eso lo que había pasado? Qué más daba, si al final tenía una buena

posibilidad de acabar ingresada en un manicomio.

—Lo que pasa, Margot, es que cada persona tiene su propia manera de lidiar con el dolor. La abuela fue la más fuerte de todos, se permitía llorar de noche, cuando pensaba que nadie podía escucharla. Dean no pudo hablar de mamá y papá durante dos años, y Beau no podía dormir si no le ponía el vídeo que grabamos todos en su último cumpleaños. John, ya sabes, él siguió adelante, barriendo todo bajo la alfombra como si no hubiera existido.

—¿Y tú? —susurré, sin poder evitarlo.

Archer se quedó callado por un momento, mirando al suelo, como si las palabras fueran pesadas. Luego, se acercó lentamente. Puso dos dedos bajo mi barbilla y me inclinó la cabeza hacia él. Sentí su aliento cerca de mi rostro cuando empezó a hablar, y su voz, por primera vez, sonó cargada de algo mucho más vulnerable.

—Yo me aferré a la única persona que me necesitaba. Cada vez que escuchaba tu voz, aunque fuera cargada de miedo o de enfado, sentía que había una razón para seguir adelante. No podía salvar a mis padres, no podía volver atrás, pero tú estabas aquí. Pensaba que si te ayudaba, tal vez podría salvar algo de mí, algo que me diera sentido. Porque mi vida no había terminado. La de ellos sí, pero la mía no.

Miré a Archer en silencio, intentando procesar sus palabras. Algo dentro de mí se rompió, como si de repente entendiera lo que había estado buscando, lo que él había estado buscando.

Y a la vez, me preguntaba si realmente él fue la razón por la que regresé a casa.

Sentía una mezcla de emociones. Me debatía entre perdonar lo que me había hecho, en olvidarlo todo, en guardarle rencor y reprocharle no haber buscado un método mejor. No sabía si dejar mi mente retorcida seguir como ahora, enterrar el pasado ahí donde había estado hasta ahora y seguir mi vida.

Como si nada hubiera pasado, pero con Archer a mi lado. Bueno, eso si él me deseaba de esa manera. Que ya habíamos aclarado un punto importante de nuestra relación, pero quedaba otro.

—¿Y qué pasa ahora? —pregunté, y no me refería mi pobre estado mental. Prefería pensar en algo más, por ejemplo, en mi matrimonio con Archer.

—No lo sé, Margot. No sé cómo reparar todo el daño que te hice. Solo sé que quiero que sepas que nunca quise hacerte daño. No sé si tuviera la oportunidad de volver atrás haría las cosas de diferente manera. Solo sé que quiero que estés bien, lo mismo que deseaba antes.

—Entonces somos dos ya que yo tampoco sé qué hacer con todo esto, Archer —dije—. ¿Cómo puedo creer en ti ahora? ¿Cómo puedo creer en mí misma?

—No sé, pero sé que si me lo permites estaré a tu lado —respondió en voz baja, pero con una sinceridad de la que no dudé.

El Archer que conocía, que creía que conocía, estaba desapareciendo ante mis ojos, reemplazado por alguien nuevo. Y me gustaba, especialmente como me miraba y la suavidad con la que sus dedos acariciaban mi barbilla.

—Estoy aquí. Siempre estuve aquí, incluso cuando tú no lo sabías —dijo.

El peso de sus palabras me golpeó con una fuerza inesperada. Me escapé de casa, de él.

Viví sola, en miedo durante tantos años y ahora resulta que solo fue mi mente.

Si pudiera le daría una patada en el trasero a esta parte de mi por hacerme sufrir tanto.

—No sé qué hacer con nosotros —musité, pero en el fondo sí sabía—. ¿Cómo podemos seguir adelante después de todo esto?

Archer me miró fijamente, sus ojos oscuros reflejando una verdad que tampoco fui capaz de ver hasta ahora. Algo oscuro. Algo precioso.

—No lo sé, Margot. Pero sé que no quiero perderte otra vez y esta vez no te dejaré escapar —dijo finalmente, casi en un susurro.

La realidad que conocía se desmoronaba lentamente, y lo que quedaba era algo que no sabía cómo manejar. Demasiado increíble, sorprendente. Demasiado bueno como para ser verdad.

Archer siempre fue mi príncipe, solo que al principio se puso el disfraz de dragón para protegerme.

—Necesito tiempo.

Eso dije cuando las palabras de Archer pusieron mi mundo patas arriba. No quería huir, pero no sabía cómo quedarme, no sabía si debía quedarme.

Cerré la puerta suavemente detrás de mí, y me quedé en el pasillo, respirando profundamente, intentando ordenar los pensamientos que se amontonaban en mi cabeza. No sabía qué nos deparaba el futuro, ni si quería realmente saberlo. Pero había algo que ya no podía negar: lo que sentía por Archer no era lo que había creído.

Y, una vez más, no estaba tan segura de nada.

Capítulo 19

Margot

Estaba sentada en el sofá, las fotos que había encontrado aún en mis manos, pero mi mente ya no estaba allí.

Estaba atrapada en una tormenta de pensamientos que una vez abierta la puerta llegaron como si hubieran esperado una eternidad.

El pasado no era lo que yo pensaba.

Menudo mecanismo de defensa de mi mente. Dame tus buenos recuerdos que te hacen llorar por no poder tener a tus padre y toma años de abusos.

Mis ojos vagaron hacia la ventana, al paisaje gris que se extendía más allá, y de repente, me encontré en otro lugar. Un lugar del que no recordaba nada, este mismo lugar.

Era un día soleado, de esos que parecen estar hechos para ser perfectos. Estábamos en la orilla del lago, donde solíamos ir a jugar. Las risas de Beau y Dean resonaban en el aire, mientras jugaban a lanzarse agua unos a otros.

Mi madre estaba cerca, con una sonrisa tranquila, observándonos. Poco más allá estaba mi padre con el padre de los chicos, alrededor de una barbacoa.

—¡Margot! ¡Mira lo que encontré! —me gritó Archer desde la orilla del lago.

Yo me acerqué corriendo, mi vestido de flores balanceándose mientras mis pies descalzos tocaban la hierba fresca. Archer me mostró una piedra brillante que había encontrado en el agua. Era pequeña, pero en sus manos parecía un tesoro.

—Es mía —le dije, riendo mientras le quitaba la piedra de las manos, y él, por un segundo, me miró confundido, como si esperara que él fuera el dueño.

La piedra.

No recordaba si me había dejado guardar la piedra, pero sí muchas otras. Durante mucho tiempo las piedras aparecieron en mi habitación, en mi cama, en mi escritorio, escondidas entre mis muñecas.

No entendía lo que pretendía Archer, que tipo de broma intentaba gastarme. Ahora tenía sentido. Lo qué él quería era que yo recordara.

Luego de la nada apareció otro recuerdo.

Estábamos en mi habitación en la casa de mis padres, en el suelo rodeados de las piezas de un rompecabezas desordenadas. Archer intentaba organizarlas, como si su manera de hacer las cosas fuera la única correcta y yo no estaba cooperando.

Me enfadé y golpeé las piezas con las manos, haciéndolas volar por toda la habitación.

—Eres insoportable! No quiero jugar contigo! —le grité.

Recuerdo la sorpresa, el enojo, la tristeza de su rostro y su comportamiento fue igual al que me había acostumbrado.

No respondió. Se levantó del suelo y se fue de la habitación. No hubo gritos, ni peleas. Se fue y yo me quedé allí, mirando el rompecabezas incompleto, con un vacío en el estómago.

Volví a la realidad cuando escuché los pasos de Archer.

Su rostro estaba serio, muy parecida a la expresión de mi recuerdo.

—¿Sigues pensando en eso? —preguntó.

—Creo que es todo lo que haré durante mucho tiempo. Pensar —admití.

No estaba seguro de si debía continuar reflexionando, conversar o simplemente esperar a que el tiempo aclarara la situación. Mi mente tomó la decisión por mí llevándome atrás en el tiempo.

En Cantrell Manor.

La casa estaba en silencio. Cada día era una repetición del anterior, y cada día, Archer encontraba alguna nueva forma de hacerme sentir pequeña. A veces, me preguntaba por qué me odiaba tanto, por qué no podía simplemente dejarme en paz. Me gustaba pensar que todo lo que hacía era una forma de controlarme, de hacerme reaccionar de alguna manera, como si pensara que yo era su proyecto personal. Su venganza personal.

—¡Margot! —su voz resonó en el pasillo, como una amenaza en forma de palabra. Giré rápidamente, ya sabiendo que esta vez iba a ser importante ya que Eliza había salido con el abuelo.

Lo vi aparecer en la esquina de la sala, con esa sonrisa burlona que me provocaba una mezcla de odio y temor. Siempre me hacía sentir tan impotente.

—¿A dónde crees que vas? —me dijo, adelantándose un paso.

Mi corazón empezó a latir más rápido, pero lo ignoré, como siempre. Si no le respondía, no tendría poder sobre mí. En ese entonces, esa era mi única defensa.

—Déjame en paz, Archer —respondí, sin mucho ánimo. Mi voz salía más tranquila de lo que me sentía por dentro.

Pero él no se detuvo. En lugar de retroceder, dio un paso más cerca de mí, como si estuviera esperando que yo reaccionara. Y lo hice, pero de una manera que él no esperaba.

En un movimiento rápido, cogí el jarrón que Hilda, la ama de llaves había dejado sobre la mesa. A Eliza e gustaba tener flores frescas en toda la casa de agua, pero por lo visto hoy Hilda dejó el trabajo a medias.

Fue una suerte. O no.

Cogí el jarrón y lo derramé accidentalmente sobre su camisa. Bueno, no, de accidente nada. Fue un impulso que sabía que iba a pagar caro.

—¡Vaya! —exclamé, como si realmente fuera un accidente, aunque sabía muy bien lo

que estaba haciendo. —Perdón.

Archer miró su camisa empapada, y por un segundo, sus ojos reflejaron algo que no era enojo, sino un cansancio profundo, como si se estuviera preguntando por qué seguía jugando a este juego conmigo.

—Me lo vas a pagar, Margot —murmuró. Era una amenaza en toda regla, una que iba a cumplir.

A pesar de eso, sentía una satisfacción secreta, porque por una vez, había tomado el control.

Mi mente cambió de recuerdo.

Estaba en el comedor comento mis cereales cuando Archer entró. Se sentó y le dio las gracias a Hilda cuando ella le puso un plato de huevos revueltos en la mesa. Siempre desayunaba lo mismo.

Dean y Beau cambiaban de cereales a tortitas, siempre algo dulce, nunca algo salado o saludable. Eliza desayunaba fruta y el abuelo un café.

Los huevos siempre eran para Archer y Hilda tenía sus manías, como por ejemplo, el de preparar los huevos revueltos en los mismos cacharos. Esta mañana tuve un golpe de suerte y cuando ella salió a abrirle la puerta al repartidor me escabullí en la cocina y eché un poco de azúcar a los huevos batidos.

Hubiera sido mejor algo ingrediente, pero el azúcar era lo que encontré en tan poco tiempo. Le eché unas tres cucharadas. Y ahora estaba esperando a ver los resultados.

Nada.

Archer tomó el primer bocado y nada. Su expresión no cambió. Comió y en cuanto Hilda entró en el comedor le dio le agradeció por los huevos.

Mi venganza falló.

—Margot.

Archer dijo mi nombre en voz baja, casi como si estuviera susurrando un secreto, pero ni siquiera me molesté en mirarlo. Solo seguí comiendo mi cereal como si nada. Además, él solo me hablaba para molestarme y nunca durante el desayuno.

Y tampoco se me acercaba. Hoy lo hizo. Lo vi ponerse de pie y caminar hasta mí. Lo perdí de vista cuando se detuvo detrás de mi silla. Luego se inclinó y me susurró al oído: —La sal hubiera sido más eficiente.

Después se marchó y no solo eso, no recordaba que pasara nada extraño durante los próximos días. Al final mi venganza tuvo éxito, pero era extraño cuando la victima no sufría nada y se lo tomaba bien.

Luego estaba el recuerdo que no era un recuerdo. Era lo que vivía en mi mente constantemente. Día y noche.

Esa noche el pasillo de Cantrell Manor estaba en silencio, las sombras se alargaban, y el eco de mis pasos resonaba más fuerte de lo habitual. Había una tensión palpable en el aire, y por alguna razón, sabía que algo iba a suceder.

Lo sentía en el fondo de mi estómago, ese cosquilleo inquietante que me provocaba una sola persona. Archer.

Estaba caminando hacia mi habitación y no pude evitar notar que Archer se acercaba, saliendo de la oscuridad, con esa sonrisa provocadora que siempre me hacía sentir que él estaba un paso adelante.

Me preparé para lo que venía.

—¿De dónde vienes a esta hora, Margot? —su voz sonó baja, casi un susurro, pero yo la reconocí perfectamente.

Y suspiré sabiendo que lo que fuera que me tenía preparado era duro.

No le respondí porque sabía que solo buscaba una reacción mías. De todos modos iba a seguir adelante con lo que tuviera planeado.

Pero no pude evitar mirarlo, y allí estaba, de pie frente a mí, sus ojos brillando en la penumbra, con esa mirada intensa. Me sentía atrapada, y lo odiaba por lo que me hacía sentir, pero al mismo tiempo, esa ira no era tan pura como pensaba.

Había algo más. Algo que había florecido un tiempo atrás.

Intenté seguir adelante, pero Archer me bloqué el camino con su cuerpo.

—¿Qué quieres? —espeté sin que lo pudiera evitar.

Era como si una parte de mí quisiera enfrentarlo, pero otra quería ceder y aceptar el castigo.

Archer dio un paso hacia mí, un paso más cerca, y yo retrocedí instintivamente, hasta sentir el frío de la pared detrás de mí. Estaba atrapada, y él lo sabía.

—¿Has salido con el chico de los Powers? —preguntó, y en su tono había una mezcla de burla y algo más, algo que no podía identificar.

Mi corazón latió con fuerza, pero lo ignoré. Siempre latía así cuando Archer estaba cerca y nunca cuando estaba con Mark, el chico de los Powers. Era mi amigo o algo.

Era apasionado de la lectura y nos conocimos en la biblioteca, solo compartíamos el amor por los libros y eso mismo Archer odiaba. Las pocas veces que vino a traerme algún libro nos sentamos en las escaleras del porche y hablamos.

No mucho tiempo. Poco, solo minutos porque conversar con alguien me agobiaba demasiado. Además, luego me tocaba lidiar con el enfado de Archer y no quería, no necesitaba más problemas.

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, sentí un tirón en mi cabello. Archer me había cogido la coleta y en fondo sabía que esta vez no era ninguna broma. Me atrajo hacia él, y me bloqueé.

Su rostro estaba demasiado cerca, sus ojos brillaban con una intensidad que no había visto antes. Su cuerpo estaba demasiado cerca.

—Déjame en paz, Archer —dije, aunque sabía que mis palabras no tenían mucho poder. Mi cuerpo, mi mente, todo en mí quería salir corriendo, pero algo me mantenía allí, en ese pasillo oscuro, sin poder moverme.

—No, Margot —respondió.

No había burla en su expresión esta vez. No era el chico que siempre me causaba daño, el que me hacía llorar.

Era no sé, diferente. Si era peor o mejor todavía no lo sabía.

El silencio entre nosotros se hizo insoportable. Ni él ni yo decíamos nada. Todo estaba en el aire, como si el mundo entero hubiera dejado de moverse. El sonido de mi respiración fue lo único que escuchaba, y mis manos temblaban ligeramente atrapadas entre mi cuerpo y la pared.

Y entonces, sin previo aviso, Archer bajó la cabeza y me besó.

Fue un beso abrupto, lleno de confusión, y no fue como en las películas, donde todo es suave y perfecto. Fue como una explosión en el pecho, como si algo que llevaba años reprimido en mí, algo que ni siquiera sabía que existía, se hubiera liberado de golpe. Mi cuerpo reaccionó sin pensarlo, y por un segundo, me dejé llevar por el impulso.

Pero lo que ocurrió después no fue lo que esperaba. El beso fue como una chispa que encendió algo dentro de mí, algo que nunca había sentido antes. Era como si, al rozar sus labios, todas las emociones contenidas salieran a la superficie: el miedo, el odio, la confusión, pero también algo mucho más profundo.

Me aparté de él bruscamente, mi respiración acelerada, y sentí que la tierra se movía bajo mis pies.

—No —susurré, aunque ya no sabía si me lo decía a él o a mí misma. —Esto no.

Archer me miró, con una expresión que ni siquiera intenté leer. Él también estaba jadeando, y la tensión entre nosotros había aumentado de manera insoportable.

—Margot, yo —dijo, pero yo ya me había dado la vuelta, corriendo rápidamente hacia mi habitación, sin mirar atrás.

Cuando llegué, cerré la puerta de golpe, eché el cerrojo y me dejé caer en el suelo, abrazándome las rodillas, temblando. Mi mente daba vueltas como un torbellino, tratando de procesar lo que acababa de suceder.

No podía quedarme allí. No podía estar en ese lugar, atrapada. No lo entendía, pero algo había cambiado dentro de mí. Todo se había distorsionado.

Tenía que escapar.

Lo conseguí. Me escapé solo para encontrarme de vuelta diez años después envuelta en un lío mucho más grande que ser besada por el chico que me atormentaba.

Estaba casada con él.

No era el villano de mi vida, era mi héroe (un poco raro, pero héroe al fin y al cabo).

Estaba enamorada de él.

—¿Podemos volver a casa? —pregunté.

Archer asintió.

Capítulo 20

Margot

La puerta de la habitación principal de Cantrell Manor se cerró detrás de mí con un sonido sordo. Eliza se encontraba frente a la cama, mirando las sábanas con una expresión extraña.

No sabía lo que estaba pensando, quizás era tristeza.

Ella había pasado años allí, primero sola y luego con el abuelo, y ahora se empeñaba en que debía ceder la habitación principal a Archer y a mí, porque, bueno, porque era lo que correspondía.

No dije nada. Ya no. No era mi lugar y se lo había dicho por lo menos cien veces desde que había llamado para decirme que estaba preparando las habitaciones.

—Es lo que es, Margot —dijo Eliza finalmente.

—Una tontería —dije y escondí una pequeña sonrisa cuando Eliza me miró como si fuera una niña de cinco años que dijo una palabrota.

Me quedé quieta, observándola.

Ella era una mujer fuerte, una mujer que había sobrevivido a mucho, pero ahora parecía pequeña en esta habitación. Entendí que había tomado la decisión correcta y Archer también. Era nuestro deber proteger a Eliza. Esta era su casa, su único lugar seguro y no debía perderlo.

—Lo que corresponde —murmuró, más para sí misma que para mí, mientras arreglaba un cojín sobre la cama.

No sabía qué más decir.

Archer no estaba aquí, por supuesto. Regresamos porque yo se lo pedí y él simplemente me lo dio. Tuvo extra-cuidado conmigo durante el camino, sentí su mirada constantemente, incluso cuando debía prestar atención a la carretera.

—Estoy bien —le dije en un momento a lo que Archer me miró como si tuviera rayos x y estaba leyendo lo que había en mi mente, en mi corazón.

Llegamos y se marchó en el momento en el que dejó las maletas en la entrada de Cantrell Manor.

A mi nuevo hogar, bueno, viejo.

Eliza caminó hacia la puerta, sin esperar a que yo dijera nada más. Con cada paso que daba, sentía una tensión que nunca había existido antes. Como si en algún momento, todo hubiera cambiado.

—Eliza, yo —empecé.

—Nada, querida. Confía en mí —dijo con una leve sonrisa que llegó a sus ojos.

Asentí sin decir nada. Miré la habitación, el gran espejo que reflejaba mi rostro, y la cama que desde esta misma noche iba a compartir con Archer.

Eliza salió de la habitación y cerró la puerta detrás de ella. No estaba cómoda. Claro, cuando era una niña pequeña soñaba con dormir en esta habitación, soñaba con despertarme por la mañana y arreglarme mirándome en el espejo mágico del tocador, ese que perteneció a la madre de Eliza.

Ahora estaba aquí y no me parecía justo. Quizás porque todo lo que creía saber era una gran mentira. El matrimonio con Archer no era de verdad, no era un compromiso de amor y fidelidad. Era un acuerdo de negocios. Pero lo que yo sentía era real y empezaba a creer que sus sentimientos también.

Algo había cambiado en la cabaña y al regresar a Cantrell Manor tenía la esperanza de seguir el cambio, de encontrar, por fin, el rumbo correcto hacia una vida normal. Feliz.

Le di la espalda a la habitación y salí al pasillo.

Solo había silencio y me ponía de los nervios. No sabía qué hacer con todo ese vacío que sentía en mi interior, que me seguía a través de Cantrell Manor que para mí, siempre había sido más una prisión que un hogar. Y ahora sabía que no era de verdad, pero no podía relajarme.

Sentía el peso del pasado, más fuerte que nunca.

El silencio y mi inminente crisis de ansiedad se rompió cuando escuché pasos en el pasillo, y me giré para ver a Rose acercándose. Su rostro, reflejaba la preocupación que no quería o no lograba ocultar.

Aunque no me lo dijera, sabía que algo la tenía inquieta. Yo.

—Margot —dijo su voz era suave, casi cautelosa—. ¿Estás bien?

No respondí de inmediato.

Me quedé observando el piso, como si pudiera encontrar alguna respuesta en la madera que se extendía ante mí.

¿Cómo podía estar bien cuando todo lo que creía saber era una mentira? ¿Cómo podía estar bien? ¿Cómo no dejarme llevar por la desesperación cuando sentía más de lo que debía por Archer, cuando no sabía si esos mismos sentimientos eran correctos?

—Sí, estoy bien —dije finalmente.

Rose se acercó un poco más, y por un instante, me sorprendí al darme cuenta de que sus ojos estaban llenos de la misma preocupación que había visto en los ojos de Archer.

Obviamente, la boda con Archer era un punto importante y entendía porque Rose estaba preocupada, pero podía decirle que él ya no era mi enemigo. O por lo menos no de la manera que yo pensaba.

No obstante, dudaba contarle la verdad a Rose.

—No tienes pinta de estar bien, Margot —me dijo.

Entonces sonreí.

—En serio, Rose —respondí—. Hay demasiado en juego, Rose. Y Archer, bueno, vamos a decir que él no es como yo pensaba. No sé lo que realmente está pasando o lo que va a pasar, pero sé que no voy a luchar contra ello. Voy a vivir mi maldita vida porque ya es la hora.

Ella se alejó un poco, como si estuviera evaluando mis palabras y la posibilidad de un ataque cerebral. Al final, ella suspiró.

—Lo amas —dijo, al fin, con una firmeza que no me esperaba.

Asentí y ella sacudió la cabeza, no sé si en desaprobación o porque no podía creer lo tonta que era su mejor amiga.

—Pero no te olvides de lo que realmente está en juego. No Cantrell Manor. Tú, Margot, tu vida, tu futuro, tu felicidad. Tú vales más que este montón de piedra y madera.

Lo sabía muy bien.

Antes de que pudiera responder, Rose dio un paso atrás, y como si tuviera un poder especial, borró la preocupación de su rostro.

—Ahora cuéntame, ¿qué tal la luna de miel? —dijo.

Le sonreí y le agarré la mano para entrar en la habitación. Ahí, en ese gran dormitorio le conté sobre mis días en la cabaña con Archer.

Con mi marido.

Pero la verdad no. Como siempre, las cosas graves, las mantuve para mi misma.

La tarde la pasé con Rose y luego paseando por el jardín para calmar mis nervios. No sabía por qué estaba tan nerviosa, pero me sentía mal. Agobiada como si un gran peligro estuviera achechando en las sombras.

∞∞∞

Archer

La puerta del refugio estaba abierta, y el aire fresco de la tarde entraba, moviendo las hojas de los árboles cercanos. No sé por qué, pero algo en el ambiente me hizo sentir incómodo desde el primer momento. No era solo que Della no estuviera allí, ni que la tarde se sentía diferente, más fría, como si algo estuviera por ocurrir.

Había recibido el mensaje de Harley mientras conducía y a pesar de que quería quedarme con Margot aquí estaba. Ella me necesitaba o eso pensaba yo. Su primera vez sabiendo la verdad de vuelta a Cantrell Manor no debería estar sola.

¡Maldito Harley!

Una reunión. No me apetecía ni un poco. Estaba cansado de sus juegos, pero sabía que no podía ignorarlo y tampoco podía quedarme esperando. Así que vine

El refugio, que siempre había sido un lugar de paz para Della, ahora me parecía extraño. Incluso los animales estaban en silencio.

De repente, lo vi. Harley, de pie en la sombra de los árboles. Como siempre, tan tranquilo, tan seguro de sí mismo. No había nada en su expresión que sugiriera que esto fuera a ser una conversación cualquiera.

—Hola, Archer. Qué puntual —dijo.

Me hizo un gesto con la mano, pero no pude dejar de notar cómo su sonrisa no llegaba a sus ojos. Era como si hubiera visto a través de mí antes de siquiera decir una palabra.

Gruñendo me detuve a bastante distancia de él.

—¿Qué quieres, Harley? No tengo mucho tiempo.

Harley, con una calma insoportable, como si todo fuera una charla trivial, me sonrió.

—Negocios, Archer. Ya te he dicho que no pararé hasta conseguir lo que deseo y tú debería entenderlo, ¿no?

Algo no estaba bien. Había algo más peligroso detrás de sus palabras. Era como si estuviera demasiado excitado para lo que estaba a punto de suceder.

—Se acabó, lo sabes, ¿no? Las condiciones del testamente de John fueron cumplidas a pie de letras y ya no puedes hacer nada.

Cantrell Manor estaba a salvo, la abuela también y si tuviera algo de tiempo, Margot también. Estaba perdiendo tiempo con Harley, pero quise darle esta última oportunidad de hacer las paces. Por Della y por mi hermano.

Pero lo que yo quería no era lo mismo que quería Harley.

Antes de que pudiera reaccionar, un par de hombres se me acercaron. Rápido, demasiado rápido. Ni siquiera vi cómo llegaron. Sentí cómo me rodeaban, cómo me sujetaban, y entonces una mano me tapó la cara con algo mojado. Luego empezaron los golpes.

Puños. Patadas.

No pude hacer nada. La oscuridad llegó cuando recibí un golpe fuerte en la cabeza, y lo único que pude oír fue el sonido del aire luchando por entrar en mis pulmones y el martilleo de mi corazón en mi pecho.

Entonces escuché la voz de Harley: —Creías que podrías quitarme lo que debía ser mío. Pero nadie puede, Archer. Nadie.

Las palabras me retumbaban en la cabeza. No podía pensar, no podía respirar. Mi cuerpo se retorcía de dolor, mi mente no encontraba forma de luchar contra el pánico que estaba a punto de desbordarse.

Margot. No podía dejarla desprotegida. Debía luchar.

No podía. Lo intenté. Solo podía escuchar el latido de mi corazón y sentir el dolor. Luego, el silencio total.

Estaba atrapado.

∞∞∞

Margot

La noche había caído y yo estaba sentada en el sillón en mi nueva habitación, el teléfono en la mano, sin saber si debía llamar o esperar. Había intentado llamarlo varias veces, pero solo escuchaba su buzón de voz.

Eran ya cinco llamadas y no sabía qué iba a pensar Archer de ello. Podía considerar que yo era muy molesta, ¿no? Ese tipo de esposa que en cuanto el marido lleva más de cinco minutos tarde pierde los nervios.

Pero no me gustaba la sensación de vacío que se acumulaba en mi pecho como tampoco me había gustado la mirada de Eliza durante la cena. Menos mal que Rose estaba ahí para relajar un poco el ambiente.

Por lo visto se había metido en la biblioteca y estaba leyendo un libro sobre la historia de la familia Cantrell. Había alguna mención sutil sobre brujas y eso para Rose es suficiente. No parara hasta desenterrar todos los misterios, los secretos de los Cantrell.

No sabía si eso era bueno o malo, pero esta noche nos mantuvo un poco ocupados.

No era la primera vez que Archer no venía a cenar, por lo menos eso dijo Eliza.

No obstante, me encontraba atrapada entre la preocupación y algo que no quería admitir. Esa sensación de que me estaba alejando de nuevo, como si todo lo que habíamos construido entre nosotros fuera una ilusión.

Mi mente comenzaba a hacer su trabajo, como siempre.

¿Y si había ido a ver a otra mujer? No, no podía ser eso. No ahora.

¿Y si había vuelto a jugar conmigo como antes? ¿Si lo que compartimos era solo otra broma? No podía soportar esa idea, pero no podía sacármela de la cabeza.

Necesitaba saberlo.

Me puse los zapatos y bajé al garaje. Eliza me dijo que podía coger cualquier coche excepto el de los chicos. O sea, Dean y Beau que habían reemplazado los coches de juguetes con los de verdad, los caros y veloces.

Eso era un tema que no me interesaba mucho y había estado pensando en otra cosa cuando me contaron cual era de uno y otro. Solo recordaba que el Mercedes negro era de Eliza y que llevaba meses sin conducirlo.

Fue mi elección y conduje directamente a la oficina.

Quizás había tenido una reunión que se había extendido más de lo esperado, como era normal. Pero, al llegar, bajé al garaje y no había ni rastro de él. Ni un solo coche estacionado cerca.

Algo no cuadraba.

Podría haber tenido la reunión fuera de la oficina o estaba en alguna habitación de hotel o cenando con alguna mujer preciosa, pasándolo bien y riendo sobre lo divertido que fue hacerme creer que estaba loca.

Archer lo había conseguido una vez más. Le permití convencerme de que mi propia mente me había jodido. Era bueno, maquiavélico, pero bueno.

Llamé a Dean, buscando alguna respuesta. La voz al otro lado de la línea me pareció tranquila, casi demasiado tranquila.

—Seguramente está en la oficina, Margot. A veces se queda trabajando hasta tarde.

Una risa nerviosa escapó de mis labios. ¿Hasta tarde? Ya eran las once de la noche.

—Su coche no está en la oficina.

—Margot, está trabajando. Archer es así, siempre tan metido en su trabajo. Pronto aprenderás que pierde la noción del tiempo.

Algo en su tono no me convenció. Dean podía ser evasivo cuando quería.

¿Pero qué estaba pasando? Mi estómago se retorció ante la posibilidad de que realmente estuviera jugando conmigo otra vez. ¿Y si estaba con alguien más? Es que Archer era un hombre guapo, inteligente y rico. Era imposible que estuviera soltero justo cuando el abuelo falleció, soltero y disponible para casarse conmigo.

Suspiré, apretando el teléfono con fuerza. La preocupación se mezclaba con los celos, y esa angustia interna se iba volviendo cada vez más difícil de manejar. Me sentía estúpida por pensar lo peor, por dudar de él, por confiar en él.

Mis pensamientos eran un lío.

—¿De verdad crees eso? —pregunté a Dean.

Dean, más firme ahora, como si quisiera cortar la conversación, dijo: —Margot, relájate. Archer está bien. A veces se toma más tiempo de lo que esperamos, pero no te preocupes. Ya lo verás mañana.

—Mañana.

Claro, como si fuera tan normal.

Obviamente, lo nuestro no era un matrimonio normal, de hecho, nada de lo nuestro era normal, pero Archer se fue y dijo que volvería para cenar. Era muchas cosas y podía encontrarle muchos defectos (creo), pero nunca me mintió o eso quería creer.

Colgué, pero la ansiedad no se desvaneció. Volví a casa, conduciendo despacio atenta a los coches aparcados, a los sonidos de ambulancia. Una vez incluso seguí un coche de policía pensado que iba a acudir al lugar de un accidente. Por si Archer hubiera sido víctima de uno.

Ya.

Regresé a casa pasada la medianoche y pasé el resto de la noche dando vueltas en la cama, mirando el teléfono, esperando que sonara. Pero no sonó. Y la madrugada se alargó, arrastrando mis pensamientos en círculos, cada vez más oscuros.

Eran las seis de la mañana cuando bajaba las escaleras. Me había duchado y vestido a

esperar a Archer. Necesitaba café y el sonido del timbre me asustó además de impedirme a llegar a lo único que podía poner en función mi cerebro y mi cuerpo.

Fui a abrir porque sí, a pesar de que estaba agotada mi mente sabía que a esta hora solo podían ser malas noticias. Abrí la puerta esperando ver a un oficial de policía, pero vi a Della que entró, su rostro pálido y su cuerpo rígido, como si hubiese corrido una maratón.

No traía una sonrisa ni un saludo, solo una expresión que me heló la sangre.

Archer.

—Della, ¿qué pasa? —pregunté.

—Necesito a Dean —dijo ella mirando hacia la escalera.

—Ok, eh…

No sabía si Dean estaba en casa o no, decía que iba a salir después de cenar. Además, él tenía un apartamento en la ciudad y a veces se quedaba ahí a dormir.

—No está, vale —dijo Della—. Tienes que ver esto. Ahora.

No dijo más, solo me entregó su teléfono.

—Esta mañana he ido pronto al refugio —empezó.

—¿Refugio?

—Sí, un refugio de animales. Últimamente por la noche entran unos chicos para molestar a los animales e instalé unas cámaras para pillarlos. Los he comprobado y he visto que…

Las palabras se le atragantaron en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Algo horrible había ocurrido, pero no estaba segura de sí era mi problema o no. Además, ya tenía suficiente o eso creía yo.

Cuando pulsó el botón para mostrar el video, mi estómago se encogió, y un nudo en la garganta me hizo tragar saliva con dificultad.

El video comenzó a reproducirse con Archer entrando al refugio y caminar hasta una zona arboleada. Un hombre lo esperaba ahí, el mismo que me había amenazado.

—Este hombre me amenazó —murmuré.

—Es —Della dudó—. Es mi padre.

En el vídeo Harley y Archer tuvieron una conversación antes de ver como unos hombres rodeaban a Archer. Lo golpeaban hasta dejarlo inmóvil en el suelo. Lo cargaron en un coche sin que él moviera un solo musculo.

—¿Dónde lo llevaron? ¿Qué es lo que quiere tu padre de Archer?

Della miró al suelo, murmurando: —No sé. Siempre ha odiado a los Cantrell, pero no pensaba que fuera a cometer un delito.

—¿Dónde crees que lo llevaron, Della?

—No lo sé. Pero no tiene sentido. Lo que mi padre quiere es la mansión y ahora ya no tiene ninguna posibilidad. No sé qué es lo que pretende al hacerle daño a Archer.

Mis pensamientos se volvieron un caos.

¿Qué tenía planeado ese hombre para Archer? Como no era adivina lo mejor era dejar este asunto en las manos de los profesionales.

—Tengo que llamar a la policía, Della.

Della me miró suplicante: —Margot, no, por favor. Sé que es difícil, pero no le hará daño a Archer y puedo ir a hablar con mi padre. A eso venía, a pedirle a Dean que me acompañé.

—Ya le ha hecho daño a Archer, ¿no lo has visto?

La sensación de pánico seguía oprimiéndome el pecho mientras el vídeo se terminaba con el coche que llevaba a Archer alejándose.

Antes de que pudiera procesar completamente lo que significaba, escuché pasos en la escalera.

Dean bajó, su expresión seria y nos miró a las dos hasta que Della corrió a sus brazos. Entre suspiro y suspiro le contó lo que había pasado.

—Margot, tranquila. No tienes que llamar a la policía. Yo me encargaré de todo —dijo.

Las palabras salieron de su boca con una seguridad que, aunque me dio un pequeño alivio, también me hizo sentir incómoda. ¿Por qué estaba tan seguro de que podía manejarlo? ¿Acaso sabía más de lo que me estaba diciendo?

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Dean avanzó hacia mí, colocó una mano sobre mi hombro y me dijo con una voz muy calma: —Confía en mí, Margot. Sé lo que estoy haciendo. No hace falta que llames a la policía. Yo me voy a ocupar de todo, ¿sí? Tú solo relájate. Archer va a estar bien. Solo tienes que esperar.

Su tono era firme, pero yo no confiaba en sus palabras. Me mordí el labio, pero no dije nada más. No podía discutir más en ese momento, y mi mente, ya llena de pánico, no podía procesar con lógica lo que estaba pasando.

—Está bien, Dean.

Él asintió y cogiendo a Della de la mano se marcharon. Me quedé en la entrada hasta que Eliza apareció.

—Margot, ¿estás bien? —preguntó.

Asentí, intentando sonreír.

—¿Seguro?

—Sí, no he tomado café todavía y me cuesta arrancar, ¿sabes?

—Entonces vamos a buscarte una taza —dijo Eliza.

Me cogió del brazo y juntas caminamos hasta el comedor donde ya estaba la mesa puesta. Esto era algo a que me iba a costar acostumbrarme. Prefería desayunar en pijamas, en mi sofá mirando por la ventana o viendo una serie.

Después de un largo desayuno donde me debatí entre contarle lo que estaba pasando a Eliza y mantener el secreto para evitarle una preocupación, subí a mi habitación. Primero me equivoqué y entré en mi antigua habitación que Eliza ya había convertido en una de huéspedes.

No podía pensar en eso ahora, no podía pensar en nada.

El sonido de mi teléfono interrumpió el caos que se estaba formando en mi cabeza. Miré la pantalla y vi un mensaje de texto. El número desconocido me hizo dudar un segundo, pero la curiosidad fue más fuerte. Abrí el mensaje y lo que vi me hizo detenerme en seco.

Una foto de Archer.

La imagen era reciente, mostraba su rostro, cansado y herido, pero reconocible. El corazón me dio un vuelco.

El mensaje que acompañaba la foto era el típico que veías en las películas: *Ve sola. No avises a nadie. Si haces algo, o traes a alguien contigo, no lo verás de nuevo.*

La dirección que seguía en el mensaje estaba escrita no me parecía conocida. Un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras leía una y otra vez las palabras que me hundían aún más en la desesperación.

Las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos, pero no podía permitirme llorar. No podía. Sabía que debía actuar rápido porque Dean había fallado. Tenía que hacer algo por Archer, no podía quedarme parada.

Miré la dirección una última vez antes de memorizarla.

De repente, la voz de Dean apareció en mi mente, como un eco: *Confía en mí, Margot*.

Pero algo no me cuadraba. ¿Y si me estaba llevando a una trampa? ¿Y si todo esto era un plan más grande?

Con el teléfono en la mano, las dudas seguían arrasando mi mente. No podía confiar en nadie, ni siquiera en mi misma, pero tampoco podía quedarme sin hacer nada.

Me puse la chaqueta y cogí el bolso, decidida a enfrentar lo que sea que estuviera esperando en ese lugar. Pero, al salir por la puerta, una última pregunta me atormentaba: ¿estaba realmente tomando el control de la situación, o me estaban arrastrando hacia algo del que no podía escapar?

Capítulo 21

Margot

La dirección estaba escrita en el mensaje, clara y sencilla.

Así que me escabullí fuera de Cantrell Manor y cogí el coche de Eliza sin que nadie me preguntara a donde iba. Si no tuviera mil cosas en mi cabeza me hubiera preguntado por qué Rose no bajó a desayunar. Beau tampoco.

Conduje ignorando las pequeñas alarmas que iban sonando en mi cabeza, las mismas que aumentaron el volumen al llegar a la zona industrial. Ya ni te digo como estaban cuando la dejé atrás y pasé a calles desiertas y edificios que parecían abandonados desde hacía años.

A lo lejos, una gran fábrica se perfilaba en el horizonte, sus ventanas rotas y su estructura deteriorada por el paso del tiempo, pero aún imponente, como si guardara secretos detrás de sus muros. Temía que esa fuera mi destino final

Y sí, mi navegador me dijo exactamente eso.

Frené frente a una entrada lateral donde dos hombres esperaban. Su presencia no me pareció extraña; al contrario, parecía casi como si fuera una invitada a algo que ya estaba previsto.

Ninguno de ellos mostró sorpresa al verme, ni siquiera una expresión de desdén. Era como si todo estuviera perfectamente planeado, como si nada de esto fuera una sorpresa para nadie. Claro, como si no tuviera el corazón yendo a mil por hora.

Me bajé del coche y con piernas que no sabía cómo podían aguantarme de lo mucho que temblaban, caminé hacia ellos. Uno de ellos se acercó a la puerta y con una sonrisa apenas perceptible en su rostro dijo: —Bienvenida. Adelante, por favor.

Lo miré, aún sin comprender del todo lo que estaba pasando, pero su tono calmado, casi cordial, debía tranquilizarme, hacerme creer que no había nada que temer.

Me acompañaron sin prisa, guiándome hacia el interior de la fábrica. Los pasillos oscuros y vacíos reflejaban un aire de abandono que daba escalofríos.

Al llegar a una sala grande, que parecía estar en el corazón de la fábrica, me hicieron esperar unos minutos. Sola.

Y yo no me marché. ¿Era valiente o tonta?

El lugar estaba tan silencioso que el crujido de mis propios pasos era lo único que se escuchaba. La luz tenue que venía de una lámpara solitaria no ayudaba a disimular la sensación de inquietud que me comenzaba a invadir.

Poco después, la puerta de una habitación cercana se abrió, y apareció Archer. Caminó despacio hacia mí mientras se escuchaba como alguien echaba el cerrojo a la puerta. Estábamos encerrados aquí, pero no podía pensar en eso.

Solo pude quedarme ahí parada, observando a Archer caminar. No se veía mal, se veía peor. Su ropa estaba manchada y rota, su rostro hinchado y magullado igual que los nudillos de sus manos.

Él me miró, pero no podía entender su expresión, como si estuviera esperando algo, como si el tiempo se hubiera detenido en ese preciso instante.

—Archer, ¿estás bien? ¿Qué está pasando?

Él no respondió de inmediato, tardó tanto en hacerlo que avancé hacia él y levanté una mano temblorosa hacia su rostro. Archer inclinó la cabeza y descansó su mejilla sobre la palma de mi mano. Cerró los ojos por un segundo.

—Ahora estoy bien —dijo.

∞∞∞

La fábrica estaba envuelta en una penumbra inquietante. Los ecos de los pasos resonaban en los pasillos vacíos, y el aire estaba impregnado de un frío que parecía calar hasta los huesos. El sonido de las viejas vigas crujía suavemente, como si la estructura misma estuviera susurrando secretos del pasado.

Llevábamos horas ahí encerrados, la noche estaba cayendo y todo era como una escena de una película en la que todos sabían que iba a terminar mal. Pero yo me sentía segura.

¿Por qué? Sencillo. Estaba sentada en el suelo frío, pero me rodeaban los brazos de Archer, su mano jugaba con mi cabello.

No hablamos mucho porque le costaba, no lo quería decir, pero estaba segura de que tenía algunas costillas rotas. Pero ahora sabía suficiente sobre el culpable de todo esto. Harley, el padre de Della, que era un hombre rico, excéntrico y cruel.

Odiaba a todos los Cantrell porque Eliza no quiso casarse con él en su juventud e hizo lo imposible para vengarse. De alguna manera se hizo amigo del abuelo y fue Harley el que le convenció de poner esa condición en el testamento.

Ellos creían que no iban a encontrarme a tiempo para casarme o si lo conseguían yo no iba a aceptar. No obstante, ahora la situación había cambiado y Harley perdió la cabeza.

Archer no me dijo qué era lo que planeaba Harley, dijo que no lo sabía, pero era mentira. No sabía como pude darme cuenta, pero era verdad. Archer me mintió.

Estaba herido así que no dije nada, simplemente me senté ahí con él y esperé.

Era de noche cuando la puerta se abrió y Harley entró.

Lo observé desde el suelo como se acercaba con calma, como si esto fuera un picnic. Entonces Archer se puso de pie y yo lo imité.

—Este lugar tiene su propio carácter. Te das cuenta de que no hay nada que se pierda

aquí. Las viejas fábricas, las viejas casas, todo tiene su historia. Solo hace falta saber cómo leerla —dijo.

¿A quién diablos le importaba?

Archer cogió mi mano y la apretó como si quisiera darme ánimos o asegurarme de que todo iba a estar bien. Hizo poco, todavía sentía ese nudo en el estómago, ese que aparece cuando te das cuenta de que estás en un problema grave.

—Della me dio una sorpresa, ¿sabes? No pensaba que fuera a tener tanta determinación. Hay algo en ella que la hace especial, algo que incluso yo no había anticipado. Pero bueno, las sorpresas son lo que nos mantienen alerta, ¿verdad?

Fruncí el ceño. ¿Della estaba involucrada? Quizás esta era la razón por la que Archer seguía siendo prisionero. Pero no, Dean no traicionaría a su hermano. Ni por una mujer, ni por nada.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Qué tiene que ver Della en todo esto? —pregunté.

Harley se detuvo frente a una vieja máquina oxidada, como si estuviera más interesante que la conversación que estábamos teniendo. Luego de un largo silencio se giró lentamente hacia nosotros.

—Lo que pasa con las cosas valiosas es que siempre hay alguien que las aprecia más que los demás. Cantrell Manor ha sido un símbolo para muchas personas. Para tu familia, Archer. Pero, al final, es solo una propiedad. Una que se puede transferir, como cualquier otra cosa en este mundo, que puede llegar en las manos correctas si uno está dispuesto a pagar el precio.

—¿Qué estás diciendo, Harley? —preguntó Archer.

Harley sonrió como si estuviera disfrutando del juego y seguramente lo estaba haciendo.

—Solo que todo lo que se construye, tarde o temprano, se debe reestructurar. Las piezas no siempre encajan, pero uno puede reorganizarlas— dijo, acercándose un poco más a nosotros y mirando a Archer—. Ya sabes lo que dicen, hijo, a veces los caminos más largos son los que nos llevan al mejor destino.

Miré a Archer, tratando de leer su expresión, pero todo estaba tan cargado de subtexto que no podía decir si él había entendido lo que Harley decía. Yo sí y no podía ignorar lo que estaba insinuando.

—¿Qué es lo que realmente quieres, Harley?

Harley me miró fijamente, sin apresurarse a responder, como si estuviera eligiendo las palabras más sabias para ese momento.

—Nada en este mundo es permanente, Margot. Las cosas se transforman, evolucionan. Las decisiones que tomamos hoy dictan el futuro. Tú has tomado tu decisión y luego Della tomó la suya. Ahora, el futuro es algo que Della entiende muy bien. Es joven, pero sabe cómo moverse, cómo hacer que las piezas encajen cuando llega el momento.

Sentí una punzada en el pecho y me acerqué más a Archer.

—Lo que no entiendes, Archer, es que el juego ya ha terminado. Has creído que tenías control, que las cartas estaban a tu favor. Pero te has equivocado. Todo lo que creíste tener ya no

te pertenece. Y en este tablero, cuando el futuro se define, no siempre es el que tú imaginas. Ahora, tanto tú como Margot, ya no sois más que piezas sacrificadas en una jugada que no sabíais leer. Y por desgracia, el final es más cercano de lo que pensáis.

Con una última mirada, Harley dio media vuelta y comenzó a alejarse. Cada paso suyo resonaba con una certeza inquietante, como si estuviera dejando atrás algo más que simplemente una conversación.

—Archer, ¿qué está pasando? —susurré, la voz tensa, cada segundo pesado como plomo.

La única respuesta de Archer fue apretar mi mano con más fuerza, empujándome hacia atrás, protegiéndome instintivamente con su cuerpo, aunque las heridas que llevaba marcaban su movimiento. No importaba, su determinación era más fuerte que el dolor.

Entonces, Harley desapreció por la puerta y un grupo de hombres entró. Los dos que ya habían estado antes, más tres más, con pasos decididos. Entre ellos, uno llevaba un bote grande y comenzó a verter un líquido por el suelo y las paredes.

El aire se impregnó de un olor familiar, peligroso, que hizo que el corazón me diera un vuelco.

—¡Archer! —grité, sintiendo cómo el miedo comenzaba a apoderarse de mí.

Archer apenas me miró, sus ojos enfocados en lo que se avecinaba. A pesar de su estado, se lanzó hacia uno de los hombres más cercanos, buscando frenar lo inevitable.

—¡Corre! —gritó Archer, mientras luchaba contra dos de los hombres.

¿Correr? ¿Dónde? El camino hacia la puerta estaba bloqueado por dos hombres que estaban disfrutando de la pelea entre Archer y los otros. Atrás no había nada, solo paredes de cemento y ventanas a una altura de dos metros.

Yo no podía traspasar paredes ni volar, así que no, no corrí. Además, no podía moverme.

Entonces, lo escuché. Un sonido extraño, que solo había escuchado en las películas. Los hombres echaron a correr, algunos fuera de la habitación y otros dentro, buscando cobijo detrás de las columnas.

De repente, más hombres irrumpieron en la sala, pero estos iban vestidos de azul. La policía.

Todo ocurrió rápidamente, el sonido de los disparos retumbando en el aire, los gritos y los movimientos caóticos. Archer y yo estábamos en medio de toda esa locura. De alguna manera, estábamos más alejados, pero él me gritó algo, que apenas pude entender.

¿Tumbarme?

No lo sé.

El ruido era insoportable, y de repente, sentí un dolor punzante en mi abdomen, un golpe frío y feroz que me detuvo en seco.

Entonces lo vi.

Archer.

Estaba mirando hacia mí, pero su rostro había cambiado. Había algo en sus ojos, algo que

nunca había visto. Miedo. Un miedo tan profundo que entendía perfectamente porque yo también lo había sentido.

O eso pensaba.

—¡Margot! —gritó Archer, y entonces tuvo otra sorpresa al escuchar su voz llena de una angustia que igualaba el miedo que había visto en sus ojos.

Estaba mirando el techo de la fábrica, tan alto que me pregunté si alguna vez se limpiaba. Obviamente ahora no, porque estaba abandonada.

Luego, el rostro de Archer apareció en mi campo de visión. Ah, mucho mejor. Sus ojos eran más bonitos que un techo polvoriento y lleno de telas de araña.

—Margot, quédate conmigo —dijo él.

Era bobo. No iba a ninguna parte, tenía demasiado sueño. Mis ojos empezaron a cerrarse, lista para dormir, pero de repente sentí una urgencia, algo que necesitaba decirle a Archer, algo que había estado años intentando no sentir.

—Te quiero —susurré, mi voz tan baja que pensé que no me había escuchado.

—Margot. ¡Jesús! —gruñó él.

En sus ojos vi la verdad que ni siquiera había tenido el valor de pensar. No podía moverme, pero su rostro me lo decía todo.

Ya no había tiempo.

Ya nada podía hacer para cumplir mi sueño.

Una familia. Archer.

Todo perdido porque… ¿por qué?

¿Por qué me dio una otitis y mis padres me llevaron a casa? ¿Por qué condujeron durante una tormenta y tuvieron un accidente? ¿Por qué mi mente no pudo con el dolor, con la culpa, y distorsionó mis recuerdos?

No era justo.

Quería mi sueño, mi oportunidad de cumplirlo.

Mis ojos se cerraron mientras sentía las lágrimas deslizándose sobre mis mejillas, escuchando la voz de Archer suplicándome que aguantara.

Capítulo 22

Archer

Cada segundo se alargaba como si la vida hubiera decidido detenerse en este maldito lugar, en esta sala que olía a antiséptico y desesperación. El frío de la pared detrás de mi espalda me atravesaba, pero nada parecía real, nada podía tocarme. No hasta que la puerta del quirófano se abriera.

Margot.

No podía dejar de pensar en ella, en su rostro, en lo que había visto antes de que los cerrara. ¿Cómo pude permitir que llegáramos hasta aquí? ¿Por qué no me di cuenta de que Harley había perdido la mente?

Me pasé las manos por el rostro, sintiendo el agotamiento de los últimos días, de no haber dejado de pensar. Por un momento creí que finalmente había sucedido, que por fin tenía de vuelta a mi Margot.

Desde que nació, desde el instante en que fui con mis padres a visitarlos y su madre la puso en mis brazos, supe que nuestras vidas estaban atadas. Margot abrió sus preciosos ojos, me miró y supe que nuestras almas se habían reconocido.

Era un niño en ese momento y ella un bebé, pero los años pasaron, y se convirtió en una pequeña niña, feliz y risueña, que quería jugar a todo lo que jugaba yo, que quería compartirlo todo conmigo. Era la hermana que mis padres no me dieron.

Luego vino el accidente, y tuve que convertirme en la peor pesadilla de la niña que más amaba en el mundo. ¿Importaba que fuera la única manera de mantenerla con nosotros? No. Creé un infierno para ella y para mí mismo.

Y de repente, ya no sentía por ella lo que debía sentir. Mis sentimientos cambiaron, se volvieron prohibidos.

Y una noche perdí el control y la besé. Esa noche la perdí durante diez años. Esta noche podría perderla para siempre, y no habría ninguna cantidad de disculpas o explicaciones que pudieran traerla de vuelta.

Pero el peor de mis miedos era ver cómo se desvanecía entre mis dedos. La imagen de su cuerpo tirado allí, su respiración débil. Eso no lo podía borrar. Ni siquiera ahora, mientras el dolor punzante de mi culpa me atravesaba, me sentía capaz de respirar como antes.

¿Por qué no la protegí?

Escuché los murmullos a mi alrededor, las voces de los demás tratando de mantener la calma, pero nada de eso llegaba a mí. Dean, Beau, Rose, todos trataban de darme consuelo, pero

no lo merecía.

Della era la que más se preocupaba, la que me decía que no me torturara cuando ella estaba haciendo lo mismo. Se culpaba por las acciones de su padre y no debía. Éramos responsables de nuestras propias acciones, no de las de los demás.

No podía dejar de pensar en lo que yo había hecho. O mejor dicho, en lo que no había hecho.

—No es tu culpa, Archer —me dijo Dean, intentando sonar firme, pero su voz no me alcanzaba.

¿No era mi culpa?

Yo había sido el que obligó a Margot a casarse conmigo, él que no había visto venir la amenaza, el que había ignorado las señales, el que se había creído invencible. Y ahora, ella estaba en una mesa de quirófano, luchando por su vida, y yo solo podía estar aquí, como un espectador impotente.

Por culpa de Harley, el monstruo que había manipulado todo esto, el que había planeado que llegáramos a este punto solo por una casa. Y yo, tan ciego, no había sabido ver lo que se me venía encima. La responsabilidad de todo eso recaía sobre mí.

Miré a todos, a cada uno de los que estaban ahí, pero mi mirada siempre volvía al mismo lugar: la puerta del quirófano.

¿Qué pasaba dentro?

Della pasó junto a mí y me miró con una mezcla de tristeza y resignación. No sabía cómo calmarla. No sabía cómo calmarme. Si Margot moría, no sabía cómo lo soportaría. La idea de perderla, de perderla por culpa mía, me consumía.

Me acerqué a la puerta del quirófano, parándome justo frente a ella, como si pudiera hacer que todo esto se detuviera con solo mi presencia. ¿Y si no salía de ahí? ¿Y si todo esto fuera un adiós?

Escuché pasos acercándose detrás de mí, la voz de Rose que trataba de llegar a mí. Pero no podía concentrarme en nada más que en ese maldito zumbido en mis oídos, en esa sensación de vacío en mi pecho.

—No la dejes, Archer —la voz de Rose me atravesó, aunque no era suficiente para calmar la tormenta dentro de mí.

¿Dejarla? Haría lo que fuera para tener a Margot de nuevo conmigo. Vendería mi alma. Le traería la luna. Cualquier cosa.

Finalmente, la puerta se abrió. El Dr. Hayes salió, su rostro cansado, pero tranquilo.

—Lo logramos. Margot está estable. Ya no corre peligro, pero necesitamos tiempo para que se recupere. No podemos cantar victoria todavía.

Suspiré profundamente, un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Estaba vivo. Ella estaba viva. Pero la culpa seguía ahí, pegada a mis huesos. No la había protegido.

¿Cómo podía seguir adelante después de todo lo que había pasado?

—Gracias —dije.

No podía dejar de pensar en la imagen de ella, tan vulnerable. No podía dejarla ir, no sin hacer algo para redimirme, para mostrarle que la amaba, que podía hacer algo por ella.

El dolor no se iba a ir de un momento a otro. Pero ahora sabía una cosa: Margot seguía aquí. Y, aunque me costara admitirlo, tenía que aprender a vivir con lo que había hecho, con lo que había dejado de hacer. No iba a permitir que se desvaneciera, no después de todo.

El zumbido constante en la habitación se fue disipando lentamente, y lo primero que sentí fue un vacío. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado desde que el Dr. Hayes me dio la noticia de que Margot estaba fuera de peligro, pero la espera había sido insoportable.

Y entonces un movimiento. Un pequeño y suave suspiro. Era ella.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, y me acerqué a la cama en la que descansaba Margot. Sus ojos aún estaban cerrados, su rostro marcado por los vestigios de lo que había ocurrido. El monitor seguía pitando suavemente, pero yo solo podía escuchar el latido de mi propio corazón.

Vi cómo sus labios se movían ligeramente, como si intentara decir algo, pero la respiración aún estaba entrecortada.

—Margot—susurré.

Sus ojos se entreabrieron lentamente, primero como si estuviera intentando enfocar, y luego, al final, me vio. Un atisbo de confusión cruzó por sus pupilas, pero luego sus ojos se suavizaron al encontrarme.

Eso fue suficiente para mí. Mi cuerpo, que había estado tenso todo este tiempo, finalmente se relajó un poco, aunque la ansiedad no desapareció del todo.

—¿Archer?

Su nombre salió de sus labios como un susurro. Y no pude evitar sonreír, aunque fuera doloroso. El alivio me embargó, y la culpa siguió ahí, pero ahora había algo más. Esperanza.

—Estoy aquí —dije, tomándole la mano con fuerza, sin dejar de mirarla. El contacto con su piel, tan cálido, tan real, me hizo sentir que estaba despierto por fin.

Ella seguía aquí.

Sus ojos se cerraron nuevamente, como si aún estuviera luchando contra la pesadez de la anestesia, pero los volvió a abrir rápidamente, esta vez más alerta. Miró alrededor, como si intentara orientarse.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?

El dolor se reflejaba en su voz, pero la forma en que me miraba me decía que intentaba recordar, intentar procesar todo lo que había sucedido. Intenté no dejar que la ansiedad se reflejara en mi rostro.

—Estás en el hospital. Estás a salvo, Margot. Estás segura —dije.

Ella intentó sonreír, pero fue una sonrisa débil, incompleta. Como si todo el peso de lo que había sucedido no le dejara siquiera fuerzas para reaccionar completamente. Sus dedos se apretaron levemente contra los míos.

—¿Harley? ¿Está...?

El simple nombre de Harley hizo que mi estómago se retorciera. En ese momento, no sabía si debía decirle la verdad o intentar protegerla de más sufrimiento. Harley había muerto. La policía había hecho su trabajo, y lo que había ocurrido en la fábrica ya era parte del pasado.

Miré a Margot, y por un segundo, me olvidé de todo lo demás. Solo existía ella y yo, y el miedo que sentía por perderla.

—Ya no está. Estás a salvo, Margot. Lo que pasó… ya terminó.

—No recuerdo. ¿Cómo llegué aquí?

No sabía por dónde empezar, cómo explicarle todo lo que había sucedido. No sabía cómo las piezas encajaran en su cabeza, cómo su mente iba a reconstruirlas para ella, para hacerlas menos dolorosas.

—La policía. Todo pasó muy rápido, pero ya estás bien. Todo está bien.

Margot trató de mover una mano, y sus ojos se cerraron por un instante mientras su respiración se hacía más profunda, como si fuera a dormirse nuevamente. Quería gritarle que no lo hiciera, que se quedara un poco más porque cada vez que la miraba y la veía con los ojos cerrados creía que la había perdido para siempre.

—La vida a tu lado nunca es aburrida.

Margot. Solo ella podía hacerme sonreír después de todo lo que había pasado. Volvió a dormirse y me dejó solo con mis pensamientos y mis miedos.

Había fallado. No había podido protegerla.

Las horas pasaron.

La abuela intentó convencerme de irme a casa a descansar, pero no lo consiguió. Margot era mi esposa, mía, mi responsabilidad. Si ella estaba aquí yo también.

Me marché solo por una hora cuando Rose llegó a verla. Me fui a un hotel de la esquina a ducharme y cambiarme de ropa.

En algún momento de la noche anterior Dean me convenció de abandonar la puerta del quirófano y dejar a que los médicos me echaran un vistazo. Tenía algunas costillas rotas que iba a molestarme en las próximas semanas, un montón de magulladuras y cortes, pero nada grave.

No las sentía. Ni el dolor ni nada. La culpa era demasiado grande y no había espacio para más.

¿Cómo pude joderle tanto la vida a la persona que más amaba en este mundo?

Al regresar le compré un par de libros y revistas, chocolate también. Compré su favorito, el de menta y un peluche, un oso marrón con ojos verdes. No obstante, ella seguía dormida y volví a mi silla que estaba colocada al lado de su cama.

Despertó despacio y en el momento en el que me vio, sonrió suavemente.

—Hola —susurró.

—Hola.

Y estuvimos ahí en silencio, ninguno habló, había tanto que decir, pero ninguno se atrevió. Yo porque todavía no era el momento y ella, seguramente, por miedo.

Recordaba claramente su confesión. Esas dos palabras que si no fuesen dichas con su casi último aliento me hubieran hecho el hombre más feliz del mundo.

No tuve tiempo de contestarle en ese momento, pero quería hacerlo ahora. Cogí su mano y la levanté hasta mi boca. Presioné mis labios sobre sus nudillos.

—Te quiero, Margot —dije.

No tuve tiempo a descifrar lo que su mirada quería decirme porque el doctor entró en ese mismo momento.

—Buenos días, señorita Cantrell —dijo el doctor Hayes.

—Señora —le corregí.

El hombre me sonrió antes de mirar a Margot.

—Señora Cantrell, está fuera de peligro ahora, pero la quiero descansando y recuperando fuerzas —dijo.

Le agradecí que no dijera más. No quería que Margot supiera lo cerca que estuvo de morir. La bala causó mucho daño, tanto que agotó las reservas de sangre del hospital.

—Gracias, eso haré —dijo Margot.

El doctor se despidió, pero antes inyectó algo en la bolsa de suero que colgaba a su lado. La medicación se mezcló con el suero, fluía lentamente a través de la aguja y la vía intravenosa, dejando que el líquido recorriera sus venas y le diera algo de alivio, borrando las marcas de dolor de su rostro.

Margot cerró los ojos y respiró profundamente. En menos de un minuto ya estaba dormida.

—Todo va a estar bien —murmuré, y no sabía a quién intentaba convencer, a ella o a mí mismo.

∞∞∞

El sol apenas entraba por las ventanas, filtrándose tímidamente a través de las cortinas de la habitación principal de Cantrell Manor. La que debía compartir con mi esposa, pero lo que nadie sabía era que solo quedaba la ropa de Margot en el armario.

Sus vestidos, sus blusas, sus zapatos. Justamente donde pertenecían. Cantrell Manor era su casa, su hogar.

Miré a Margot, sentada en la cama, su rostro pálido, aún frágil. Sabía que no se sentía completamente bien, pero estaba harta de esa habitación del hospital y cuando me pidió que la trajera a casa hice todo lo posible para convencer a doctor Hayes.

Y aquí estábamos.

Pero yo no podía soportarlo más. No podía seguir mintiéndome a mí mismo ni a ella.

Me acerqué a ella lentamente, cada paso un peso más en mi pecho.

¿Cómo le decía lo que debía decir? ¿Cómo le explicaba que me estaba yendo, que ya no

podía seguir con ella, que todo lo que había hecho hasta ahora pesaba demasiado?

Cuando estuve lo suficientemente cerca, miré sus ojos, y no pude evitar ver lo que ya sabía: ella me amaba. Pero ese amor no era bueno para ella. Para ninguno de los dos.

Estaba haciéndome más daño del que creía capaz. Y yo a ella, más de lo que podía soportar.

—Margot, tienes que saber que te amo. No amé a nadie en toda mi vida, pero no es justo. Lo que te hice, todo lo que has sufrido. Debí haber buscado otra opción, antes y ahora. Podría haberte dicho la verdad, pero pensé… no sé qué pensé.

Sus ojos se abrieron un poco, como si no pudiera entender lo que estaba escuchando, como si las palabras me hubieran salido a traición, sin aviso, sin piedad. Vi el dolor en su rostro, el miedo, la confusión.

Trató de levantarse, pero no fue capaz de hacerlo.

—Archer, ¿qué estás diciendo?

El temblor en su voz me atravesó como una daga, pero no podía retroceder. Ya era tarde. Si no lo decía ahora, nunca podría hacerlo.

—No puedo estar contigo. No como te lo mereces. No pude protegerte, Margot. No puedo ser lo que necesitas. Mírame. No pude salvarte esta vez. No lo hice antes y no lo hice ahora.

Sus ojos brillaban con algo entre el dolor y la desesperación, pero yo di un paso atrás, como si supiera que su cercanía me haría cambiar de opinión.

—No, no puedes. No puedes dejarme ahora, no después de todo lo que hemos pasado. No cuando por fin…

—Y yo te he fallado, Margot. Yo te he fallado siempre y no puedo seguir haciéndote daño. Te amo, pero este amor es lo que acabará destruyéndote. ¿Entiendes?

Ella abrió la boca, pero las palabras no salieron. Solo se quedó allí, mirándome, con las lágrimas cayendo lentamente por sus mejillas. Sabía que lo que estaba haciendo era lo peor para ambos, pero no veía otra salida.

—No, no puedo perderte. No después de todo esto, Archer, te necesito. No quiero estar sola otra vez.

El dolor de verla así me atravesó con la misma intensidad de la primera vez que la vi. Pero no podía quedarme. No podía seguir arrastrándola hacia una vida de sufrimiento.

—Lo siento, Margot. Te amo. Pero necesitas ser libre de esto. De mí.

Me di la vuelta, caminando lentamente hacia la puerta, pero antes de salir, me detuve un segundo. Un último vistazo al amor de mi vida que me estaba mirando con dolor en sus ojos.

—Por favor, Archer, no me dejes.

Pero ya era demasiado tarde. El sonido de la puerta cerrándose fue el último eco de mi despedida.

El sonido de mi respiración era lo único que podía escuchar mientras caminaba por el

pasillo hacia la puerta. La decisión estaba tomada. No podía quedarme. El peso de la culpa me aplastaba, y la sensación de que lo había arruinado todo me hacía casi imposible respirar. Pero tenía que irme. Había dejado claro lo que sentía, lo que creía que era lo mejor para los dos. Era lo mejor.

Daba un paso tras otro, y mi mano ya rozaba la puerta, ya casi había llegado al final del pasillo cuando escuché su voz.

∞∞∞

Margot

¿Qué mierda había pasado?

¿A este hombre le habían golpeado en la cabeza demasiadas veces? ¿Su mente decidió retorcer las cosas como la mía?

Es que, en serio, después del secuestro, después de los días en el hospital, el muy cabrón me abandonaba.

¡Me dijo que me amaba!

Ni siquiera tuve tiempo a lidiar con lo que pasó, con el pasado. No sé qué era lo que pensaba que iba a suceder, pero definitivamente no era esto.

Intenté levantarme de la cama y el dolor fue demasiado, pero lo ignoré. Conocía a Archer suficientemente para saber que si se marchaba ahora iba a ser para siempre. Conseguí llegar hasta la puerta y luego a través del pasillo apoyándome en los muebles.

Me detuve al llegar a la escalera y me apoyé contra la barandilla, respirando pesadamente. El dolor en mi pecho era insoportable, pero no podía dejar que se fuera sin luchar.

Afortunadamente había llegado a tiempo. Archer estaba frente a la puerta principal, su mano en el picaporte.

—¡Archer, no puedes irte! —grité todo lo fuerte que pude y no, no fue mucho.

Lo vi girarse lentamente, y ahí estaba, de pie, con su mirada en blanco. Estaba tan cerca de mí, pero a la vez tan lejano. Sus ojos, normalmente firmes, estaban vacíos.

—¡No puedes irte! No te vas, Archer. No me hagas esto. Te amo. Y lo sabes. ¡Lo sabes!

Vi cómo su rostro se endurecía, cómo se cerraba en sí mismo, pero las palabras seguían saliendo de mi boca, como una súplica desesperada. ¡Lo amaba! ¿Por qué no podía verlo? ¿Cómo podía irse cuando todo lo que necesitaba era que se quedara?

—Te lo prohíbo, ¿entiendes? Tienes que quedarte conmigo y ayudarme a cumplir mi sueño. Quiero una familia, Archer. Contigo. Quiero el cuento de princesas, el amor inolvidable. Ya he tenido el amor prohibido y todas las pruebas, no me dejes cuando por fin me toca vivir el final feliz.

Empecé a bajar las escaleras sin apartar la mirada de él.

—Sé que sientes que no has podido protegerme. Pero lo has hecho. Estás aquí, y eso significa algo. Tú me has salvado, Archer. Antes y ahora. No quiero seguir sin ti. No quiero que te vayas. No quiero perderte.

Mi voz temblaba, igual que todo mi cuerpo y mi corazón latía más fuerte con cada palabra que decía. No importaba lo que había pasado, ni todo lo que nos separaba. Lo que importaba era que yo no quería seguir sin él. Él era todo para mí.

—Lo que necesitamos no es perfecto, Archer. Lo que necesitamos es seguir juntos. Lo que necesitamos es luchar por esto. Te necesito a ti. Y yo sé que tú me necesitas también.

Las palabras que salían de mi boca eran más que un simple ruego; era la verdad. No quería ser fuerte. Solo quería que no se fuera, que quedara conmigo, que juntos encontráramos una manera de seguir adelante.

No estaba pidiendo la perfección, solo una oportunidad.

—No quiero que te vayas. Y no voy a dejar que te vayas —dije bajando la última escalera, pero sin soltar la barandilla porque era lo único que me sostenía de pie.

Le extendí la mano, mis dedos temblando.

Y Archer no me defraudó.

En un instante estaba a mi lado y me abrazó. Todo el miedo y la angustia desaparecieron, al menos por un momento. No se marchaba, y eso era todo lo que importaba.

—No puedes dejarme. Ni ahora, ni nunca. Promételo, Archer.

El mundo se detuvo en ese abrazo. No importaba lo que había pasado ni lo que pudiera pasar. Con él a mi lado, no había nada que no pudiéramos enfrentar. Nos teníamos, y eso era lo único que necesitábamos.

Epílogo

Margot

—¡Archer!

No sabía porque gritaba, ya sabía que mi marido no estaba en casa. Y si lo estaba, con lo grande que era Cantrell Manor era imposible que me escuchara. Bueno, sabía porque gritaba.

Porque me moría de ganas de verlo y de contarle las noticias.

Subí las escaleras corriendo y desde nuestro dormitorio entré en el vestidor. Me quité la falda y la camisa que llevaba, dejándolas caer al suelo. Si Archer hubiera estado aquí estaría teniendo un ataque cerebral.

Pues sí, Archer era un maniático del orden. Cualquier cosa fuera del lugar le sacaba de quicio, aunque no decía nada. Solo las devolvía al lugar correcto. Como que le había cogido el gusto a eso de molestarlo, quizás era una repetición del pasado, cuando le molestaba a escondidos.

Ahora lo hacía de frente y lo único que me ganaba era una media sonrisa y un par de castigos en la cama. Castigos de los buenos, de los que me hacían gemir su nombre.

No hacía falta decir que mi vida había cambiado drásticamente en el último años.

Estaba feliz. Había cumplido mi sueño de tener una familia. Ahora era una de los Cantrell, la señora de Archer Cantrell y la vida no podía ser mejor, o eso pensaba hasta esta mañana.

Me puse el vestido sin quitarle la etiqueta en mi prisa de ver cómo me quedaba.

Era sencillo y elegante.

El color, un suave tono pastel, acariciaba mi piel con una suavidad que contrastaba con la emoción que burbujeaba en mi interior. La tela abrazaba mi cuerpo sin apretar, el escote en forma de corazón añadía un toque delicado y femenino, mientras que los detalles en encaje de las mangas aportaban un aire romántico.

Cada vez que movía los brazos, el vestido parecía bailar a su alrededor, reflejando la suavidad y la frescura de la nueva etapa de su vida que apenas comenzaba a descubrir. Y, sin embargo, lo que más me llamaba la atención no era el vestido en sí, sino la nueva sensación de estar mirando hacia el futuro con esperanza.

El futuro que se había hecho aún más real en ese momento.

Estaba viviendo mi sueño.

Justo cuando me estaba ajustando el vestido, Archer apareció en la puerta del vestidor

Sus ojos brillaban como siempre que me miraba. Era mía y solo mía, solo a mi me miraba de esa manera y si añadía una sonrisa entonces estaba perdida.

—¿Dónde has desaparecido? —preguntó.

Me encogí de hombros sonriendo.

No podía evitar sonreír al verlo que era algo que me sucedía siempre y que tenía a Rose harta de nosotros.

Él avanzó hacia mí con paso firme y decidido, y cuando estuvo frente a mí, colocó las manos en mi cintura, acariciando suavemente como si quisiera sentir cada pliegue, cada detalle, de lo que llevaba puesto.

—¿De compras, Margot? —susurró, deslizando sus labios sobre mi mejilla.

Asentí.

—Te perdono porque este vestido te sienta genial —dijo.

Bueno, Archer además de maniático, también era muy observador. Notaba que llevaba un vestido nuevo, que el libro que estaba leyendo o la película que estábamos viendo no me gustaba. A veces pensaba que me conocía mejor que yo misma.

Y mientras sus manos se deslizaban arriba y abajo por mis costados, mientras sus labios trazaban un camino desde mi oído hasta la comisura de mi boca, con una risa nerviosa, me animé a decir lo que me había estado quemando dentro: —Estoy embarazada.

Sus ojos se agrandaron por un segundo, y entonces, sin previo aviso, me levantó en sus brazos y me giró.

—Margot —exclamó, con una mezcla de asombro y felicidad en su voz. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa tan amplia que me hizo sentir como si no pudiera respirar.

—Lo sé, un bebé.

Sonreí, no podía dejar de hacerlo mientras lo miraba con una felicidad tan pura que no cabía en mi pecho, mientras veía la misma brillar en sus ojos.

Pero antes de que pudiera decir algo más, Archer me besó con una pasión que me dejó sin aliento. Era un beso lleno de promesas, de amor, y de toda la esperanza que sentíamos en ese momento.

Cuando finalmente se separó de mí, todavía me mantenía en sus brazos, con su frente pegada a la mía, respirando entrecortadamente.

—Valió la pena —murmuré.

Archer gruñó y me besó de nuevo.

No le gustaban esas tres palabras porque le recordaban de todo el sufrimiento del pasado, pero yo aprendí a aceptarlo. Claro, con la ayuda de mi psicóloga que me hizo comprender que no estaba loca, que el trauma de ver a mis padres morir (que era algo que yo no recordaba) unido a las constantes recriminaciones del abuelo me marcaron.

Ella no estaba muy contenta con la manera en la que Archer me ayudó durante mi infancia o después, pero poco a poco se convenció de que todo lo que él hizo fue por amor. Y es

que Archer me amaba tanto que a veces pensaba que estaba soñando.

¿Sabes lo que es tener el marido perfecto? Yo no lo sabía, alguna idea tenía, pero no estaba preparada para la realidad.

Este hombre me cuidaba más que yo misma. Me llevaba el desayuno a la cama, cuando estaba cansada me preparaba un baño de sales, cuando estaba excitada por algún nuevo proyecto se sentaba y me escuchaba con atención.

Podría pasarme el día entero hablando sobre todo lo que Archer hacía por mí y lo poco que me permitía hacer por él.

Pero ahora había llegado mi turno. Llevaba en mi vientre a nuestro bebé al que iba a cuidar los primeros nueves meses y luego pasará a ser responsabilidad de los dos o, conociendo a Archer, se empeñara en cuidarnos y protegernos.

∞∞∞

Tres años después

Las paredes de Cantrell Manor estaban adornadas con flores y globos.

Miré a Archer, de pie junto a mí, su brazo rodeándome, y su mirada fija en mi barriga, escuchando a medias a Dean.

Miré a Eliza sentada sobre el césped, rodeada de niños, leyendo un cuento. Theo estaba sentado en su regazo como siempre y es que mi precioso hijo estaba loco por su bisabuela. Desde que nació, desde el primer instante en el que Eliza lo acuñó en sus brazos se formó una conexión increíble.

Debería sentir celos que mi hijo prefería a Eliza cuando estaba enfadado en enfermo, pero no. Amaba verlos juntos y tomaba fotos y vídeos constantemente porque quería esos recuerdos para mi Theo.

Theo William. Insistí en ponerle el nombre del padre de Archer y no sé quien fue más impresionado, mi marido o Eliza.

Ella había perdido tanto durante toda su vida, había hecho tanto por mí que ahora intentaba devolverle aunque fuera poco. Quiso buscarse un apartamento en el centro para darme a mi y a Archer la privacidad que se merecía una pareja joven, pero se lo prohibí.

Cantrell Manor era tan grande, tenía tantas habitaciones que podían pasar días antes de encontrarte a alguien. Y ahora ya no pensaba en marcharse, excepto si podía llevarse a Theo con ella.

Miré más allá a las mesas con aperitivos, comida, refrescos y postres.

Miré a la izquierda donde el suelo estaba manchado de confeti de color rosa.

Thea Victoria iba a nacer pronto, aunque yo pensaba que ni mañana mismo fuera demasiado pronto.

El primer embarazo lo viví con ilusión y casi no lo note, pero el segundo vino con todas las molestias del mundo. Las náuseas, el cansancio, la hinchazón. Oh, cómo odié el momento en

el que tuve que quitarme mis anillo de boda porque mis dedos habían doblado su tamaño.

Los llevaba en una cadena colgando alrededor de mi cuello, pero no era lo mismo.

Miré a mi alrededor a mi familia, a mis amigos.

Miré a Archer y no tuve que decir nada, él ya estaba viendo en mis ojos la emoción que estaba viviendo.

Al fin, después de todo lo vivido, lo tenía todo: amor, paz y un futuro lleno de promesas.

La familia que siempre habíamos soñado.

Fin